Nunca
es un
buen
día
para
morir
A. J. RAVEN

Nunca es un buen día para morir

Sígueme en redes sociales:

A.J Raven | Facebook

A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter

índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

1

Llevaba tanto tiempo fuera de juego que cuando la observé a ella y a su cara de muñeca, pelo rubio ondulado y un cuerpo perfecto que reposaba entre aquel lugar de paredes blancas, un pensamiento recorrió mi malograda cabeza. Tan solo duró medio segundo. Lo suficiente para decirme que era demasiado guapa para estar muerta.

Hace una semana, antes de la Nochebuena del 89, recibí una visita que jamás había imaginado que volvería a ver. Antes de nada quiero dejar bien claro que no me gusta la Navidad. Es una de esas épocas del año en la que me gustaría tirarme en la cama a dormir y no despertarme hasta febrero, aunque no me quiero engañar, me da igual si fuera verano, otoño, Semana Santa o en este caso la jodida Navidad, puesto que para mí todos los días son como una de esas canciones de Sabina, las que hablan de soledad y botellas medio vacías que navegan a la deriva en un mar de lágrimas. Contemplar sus caras felices paseando por los puestos de la Plaza Mayor, a las parejas empalagosas que caminan agarradas del brazo mostrando una sonrisa en sus rostros como si el mundo se acabara, es algo que me toca los huevos. Quizás es envida por no tener esa felicidad en mi vida. Sí, es envidia.

Me hallaba en mi ratonera de la calle Laurel, en pleno corazón de Embajadores, haciendo una de las cosas que mejor sé hacer; estar tirado en la cama, con los ojos anclados en el techo de escayola desquebrajado y preguntándome el porqué llevo esta vida de mierda. A pesar de que lo sé, es una pregunta que por mucho que lo intente, no puedo sacarme de la cabeza.

Hace tiempo que la vida me dio la patada y con aquella visita que se presentó, no supe si fue la suerte o la mala fortuna a la que atraigo la que golpeó mi puerta a las diez de una helada mañana de sábado.

Me levanté y caminé hacia la puerta con los ojos entreabiertos, dando un bostezo y con el puño cerrado, esperando a que no fuesen más niños pidiendo el aguinaldo entonando alguna canción navideña con esas voces de pito. Llevan varios días aporreando mi puerta y les he dado el aguinaldo a todos. Estos niños cantarines han dejado mis bolsillos vacíos.

No llevaba puesto de ropa nada más que una camiseta blanca de tirantes y tapando mis atributos unos calzoncillos negros. Si alguien buscaba problemas un sábado, se las vería con alguien con malas pulgas.

—¿Quién es? —pregunté con una voz seca y la cual denotaba que no quería ver a nadie.

—Andrés, abre, tenemos que hablar.

No miré por la mirilla debido a que aquella voz que chocaba contra la madera, me hizo aflorar sentimientos que había enterrado hondo gracias a los buenos psicólogos que solo encuentras en la barra del bar a las tres de la mañana. Me mantuve apoyado en la puerta con la indecisión de abrir o no, pero la voz seguía insistiendo.

—¿Me vas a dejar aquí fuera?

Deslicé los cerrojos, quité la cadena y abrí.

—El fantasma de las navidades pasadas. Tienes muchos huevos de venir hasta mi casa. ¿A qué debo este grato honor, comisario?

—Tienes mal aspecto —dijo con sus dos «pelotas».

—Tú estás más gordo —contesté con las mías—. Dile a tu mujer que te deje de de cebar, te está saliendo papada.

El tipo a quien dije que dejara de comer, era uno de mis antiguos jefes cuando estaba destinado en la comisaría de Villaverde, el comisario Félix Hernández. La última vez que lo vi hace ya varios años, el cabrón estaba más delgado y con más nieve en la azotea. Ahora la panza le había crecido y el pelo se le había ido por el desagüe de la ducha. A comparación con él, mi cuerpo sigue estando en plena forma y todavía conservo el mismo pelo negro desde hace diez años. Las ganas que tenía de estar frente a él, eran las mismas que puedes tener estando delante de una cobra. No era de mi agrado tener bajo el arco de mi puerta a nadie que llevara placa, no en ese momento. Lo mejor de aquella visita inesperada era que iba acompañado con un bombón de no más de veintiocho años. De estatura media y complexión normal, tenía unas preciosas cartucheras por cintura, pelo negro como el azabache corto hasta el cuello, una nariz aguileña y ojos marrones debajo de unas gafas que la daban pinta de intelectual. Toda aquella hermosura la recubría con unos pantalones de cuero, botas, jersey verde y un abrigo negro.

Me la hubiera tirado en el descansillo.

—Y esta monada, ¿quién es?

—Tu nueva compañera —anunció—. La acaban de ascender.

—Soy la inspectora Virginia Otero —dijo con una voz suave.

—Me alegro encanto —manifesté sin quitar la mirada del comisario —. Te recuerdo que me disteis la patada.

—Aquello no fue cosa mía y tú lo sabes, nadie te mandó meterte en esos fregaos.

—Supongo que no has venido desde el otro lado de la ciudad para hablar de los viejos tiempos.

—No, he venido hablar de los nuevos para ti.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que nos ayudes.

Una parte de mí se moría de ganas de saber para qué quería mi ayuda, a pesar de que me lo olía. La otra parte expresaba su deseo de

darle un guantazo, cerrar la puerta y echarme en la cama a dormir con la fulana que tenía enredada entre las sábanas. No quería tener nada con ellos, bastante tiempo les di de mi vida y lo único que recibí a cambio fue una pensión con la que puedo pagar este nido infecto de vigas de madera, una habitación y unas cañerías que huelen a caniche mojado.

Ya que se había presentando sin avisar y me había despertado, escuché lo que tuviera que decir, no nos íbamos a quedar en silencio en el descansillo.

—Sea breve, tengo cosas que hacer.

—Y esas son las cosas…

Aquella frase la proclamó con una sonrisa. No encontraba el motivo hasta que me di cuenta de que el comisario y la muchacha con la que venía, estaban mirando por encima de mi hombro dirección al salón. Me giré para saber qué coño lo hacía sonreír a uno y ruborizar a la otra, y resultó ser la chica con la que había estado saltando en la cama toda la noche cruzando hasta la cocina, contoneando sus curvas y mostrando lo mejor que tiene el género femenino.

—No se pierda comisario y cuénteme qué quiere.

—Quiero que eches un vistazo a la escena de un crimen. Se trata de un suicidio.

—¿Y eso tiene algo que ver conmigo?

—Es Valeria Robles.

—¿La hija de Tomás Robles? —pregunté algo confuso puesto que era la hija de un empresario y político de derechas. Para mí era indiferente que fuera de derecha o izquierda debido a que la política no entraba entre mis aficiones. Para mí son todos unos cerdos corruptos que miran por sus intereses. Lo sé de buena mano.

—Vuelvo a decir que no sé en qué puedo ayudar. Si la chavala se ha quitado de en medio, allá ella. Es su problema no el mío.

—El padre no se cree que se haya suicidado. Nos ha pedido que lo miremos con atención, me gustaría saber qué opinas tú.

—Y su padre está…

—Volviendo de un viaje de negocios.

—¿Dónde ha sido?

—La han hallado en su casa, en el barrio de Usera.

—¿Quién lleva el caso?

—De momento, he puesto a Linares.

—Ramón Linares, ¿el pollavieja? —cuestioné arqueando las cejas.

—El mismo. Ahora es inspector jefe.

El pollavieja era un fulano que no sabía ni mear dentro de la taza aunque se la sujetara con dos manos.

—¿Qué gano yo con todo esto?

—Volver a tener una vida.

—¿Y quién ha dicho que quiera otra vida, comisario? La que tengo me gusta, ¿por qué cambiarla?

—Ambos sabemos que los tipos como tú nunca cambian, necesitan acción. ¿O es qué quieres pasar tu tiempo tirado en el sofá en calzoncillos o la mierda que hagas? Te estoy dando la oportunidad de volver al partido, de recuperar lo que te pertenece. Tú sabrás si quieres jugar o no.

Era una oferta bastante tentadora, como poner un caramelo en la boca de un niño, sabes que lo va a chupar y morder, también era jugosa, como uno de esos coñitos de veinte años que a veces me tiro en el sofá, y eso que tengo cuarenta años pero todavía estoy de buen ver.

El cabrón barrigudo me tenía agarrado por los huevos y apretando. Los dos sabíamos que mi cuenta necesitaba dinero y él un buen poli.

—Si quieres volver al cuerpo, puedo hablar con los de arriba, ya nadie se acuerda de lo vuestro —continuó.

¿Debía de creerle? Ya me hicieron el lío una vez no obstante, ahora no tenía nada que perder, ganar sí pero ¿perder? Ya no me quedaba nada, ni si quiera la dignidad, eso fue un tren que descarriló aquel día que me citaron bajo el puente del poblado chabolista conocido como: La Celsa.

—No sé… No lo veo claro.

—Mira, Linares está ansioso por investigarlo, si no lo quieres nos vamos, eso sí, te voy a decir una cosa, no vas a volver a tener otra oportunidad en tu puta vida.

No contesté, mi mirada estaba anclada en el suelo.

—Veo que estamos perdiendo el tiempo, vayámonos inspectora. Ha sido una tontería haber venido.

Se giraron con la intención de marcharse sin embargo, no lo podía dejar así, había que ser un gilipollas para no coger esa oferta. Si me la estaba jugando, el tiempo lo diría.

—Espere comisario, no tanta prisa, lo quiero por escrito.

—¿No te fías de mi palabra?

—No me fio de ninguna.

—Lo tendrás por escrito.

—Esperarme abajo, en diez minutos estoy, bueno, mejor que sean veinte.

La faena que me esperaba en la cama era lo primero.

2

Usera era un barrio que conozco demasiado bien. La zona pertenecía a la comisaría de Villaverde y era conocido por ser un lugar de navajeros, bragas caídas y amantes de los pinchazos en las venas. Estuve cuatro años antes de que me marchara a Bilbao patrullando sus sucias calles con mi compañero Javier Méndez, asturiano, madridista y una buena persona. Aquellos años fueron lo suficiente para conocer sus entresijos y la miseria que se mueve en aquel barrio caliente del sur de Madrid. Desde que me dieron la patada, no había vuelto a pisar sus aceras ni a entablar conversación con las viejas amistades. Donde tuve más actividad fue en la calle Cristo de la Victoria, la calle en la que se hallaba el piso de Valeria Robles. Una calle larga, ancha, con un carril de subida y otro de bajada, con aceras que se embellecían de árboles y por su cemento se observaban a los gitanos y los payos cantando al ritmo de la guitarra. Los otros ruidos de la calle eran los potentes rugidos de los motores de BMW, Audi y el más importante, la sirena de la patrulla, el único sonido que hacía que un gitano se evaporara como el agua al ser calentada por el sol.

En verano, las aceras se colmaban de corrillos, gitanos y payos entablaban conversaciones bajo la sombra de un árbol, descansando sus culos en sillas de playa y con una cerveza en la mano para lubricar sus gargantas. El paro avanzaba sin piedad a pasos de gigantes y no tenía la intención de parar. La gente, con una soga al cuello debido a las deudas que cada día aumentaban, no les quedaba más remedio que recurrir a la caridad de los servicios sociales. Hacían largas colas sin importar las horas de espera, las lluvias que azotaban, el calor que asfixiaba o cualquier otro fenómeno que brindara la madre naturaleza e incluso, se lanzaban puñetazos y patadas con tal de conseguir un paquete de arroz, dos cebollas y una patata rancia para poder tener algo que llenar en sus inexistentes estómagos o los de la familia.

Algunos regresaban al cobijo de sus irrisorias casas sin llevarse nada en los bolsillos. Si el paro avanzaba rápido, el suicidio le adelantaba por la izquierda. Cientos de casos al día, en general cabezas de familia, se quitaban de en medio debido a que la soga envuelta en su cuello apretaba sin compasión. Pensaban que con su muerte, la soga solo sería una cuerda más de fibras compactas. Sin embargo, lo que eludían era que esas fibras compactas volverían de nuevo a ser una soga para sus familiares.

Los niños cada vez empuñaban un hierro a más temprana edad. Sabían empuñar el arma antes de saber coger un lápiz. No sabían leer ni escribir pero hacer cuentas en un narco piso se les daba de

maravilla. En las calles, se escuchaba decirles que para qué iban a estudiar si al final acabarían sirviendo hamburguesas y patatas fritas en un *Burger King*, que el respeto de verdad se ganaba teniendo —lana en los bolsillos y mujeres en la cama—, y no trabajando doce horas de sol a sol por la miseria de aquel salario de hambre. Las niñas emulaban a sus hermanas mayores. Se enteraban a muy pronta edad que con un movimiento de su fresca y desprovista de cualquier tipo de maleza en su anatomía femenina, podían ganar más dinero que cualquier familia del barrio. De la misma manera, sabían que con esa herramienta podían manejar a cualquier hombre que se les antojara. Los padres, en su mayoría pluriempleados con trabajos basura y que ya no daban más de sí mismos, llevando sus cuerpos al límite de lo imposible, sufrían por esos niños que solo buscaban dinero, coca, ropa cara y chicas aún más caras. Los padres de las niñas sufrían porque ellas querían ser esas chicas caras. La heroína y el sida jugaban un papel importante en la vida de los chavales. Empezaban rápido con el porro, a los doce años ya estaban consumiendo rayas de farlopa y a los quince, estaban quemando *burra* en una cucharilla para inyectársela por sus venas vírgenes. Cuando no tenían dinero para heroína, no dudaban en atracar estancos, farmacias o gasolineras.

Los vagabundos empujaban sus carritos con distintos cartones en el interior, uno para arrojarlos en el suelo de algún cajero para poder cerrar los ojos sin temor a que les dieran alguna paliza, y otro cartón del que jamás se separaba, del que estaría dispuesto a morir, uno que llevaba por nombre Don Simón.

No todo era culpa de los chavales, muchos padres eran peores que ellos. Una mañana, empezábamos un turno tranquilo, uno de los que no te intentan clavar un pincho cada vez que dabas el alto a alguien. Sería cerca de las nueve cuando nos dieron aviso. Un vecino alertó de que había dos chicos que no paraban de gritar y llorar en el número 42 de la calle Ramón Luján. Nos presentamos en unos cinco minutos. Subimos al tercero piso y conversamos con el vecino. Su aportación fue que había hablado con los niños tras la puerta y que estos no la podían abrir. Trasmitimos el aviso a los bomberos para que reventaran la puerta. Una vez que lo hicieron, accedimos al interior. Aquellos niños que no paraban de gritar ni llorar se debía porque hallaron a su madre con los ojos dados la vuelta, una aguja clavada en la vena y una sobredosis mortal de heroína.

A parte de hacer vigilancias en esa calle, había otros lugares en los que ejercer el poder que el estado te entrega. Uno de esos lugares era la Plaza Romana, en la colonia Moscardó. Una plaza en donde su centro había una especie de caseta cuadrada con columnas y un techo, el lugar idóneo para que los drogatas y talegeros se reunieran a hablar de trabajo. Con mi compañero solíamos ir a esa plaza para quitarles

los cuatro porros que se fumaban los chavales que hacían pellas en el colegio de al lado, o iban en busca para comprar a uno de los talegeros que mejor tenía el chocolate. Uno de esos talegeros era conocido como el Alcántara, un pájaro de un metro noventa de altura y cien kilos de sudor y grasa. Al ser miembro de los ultras mantenía su cabeza rapada. Le podías identificar con facilidad por la mancha de nacimiento que le recubría todo el ojo y parte de la mejilla. Según me dijeron, le encontraron muerto en su cama de una sobredosis de cocaína. Una lástima, era un buen tipo.

La muerte de Valeria Robles se produjo en una casa de los patios interiores que dan a la calle. A eso de las once, con una frescura que te estiraba la cara, dejamos el coche al lado de unos cubos de basura. La calle no había cambiado nada. De las ventanas con el toldo verde, se escuchaba villancicos. El videoclub de Dani el «Pelos» seguía en su sitio, el bar la Blanca Paloma, regentada por una familia gitana, continuaba sirviendo desayunos y la relojería, administrada por uno de los clanes, se mantenía ejerciendo de tapadera para blanquear dinero. El portal se hallaba custodiado por varios guardias para evitar que solo los residentes pudieran entrar. En el patio se había creado alboroto. Las marujas que se disponían a ir a la compra con el carrito, hicieron un alto para juntarse y cacarear entre ellas como gallinas a su vez que sus hijos jugaban dando patadas a la pelota contra la pared. La muerte de Valeria se extendió como la pólvora por toda la calle. El clan gitano que dominaba las aceras, al enterarse de quién era el cuerpo sin vida, se habían largado del barrio con la sirena del primer coche patrulla. Subimos los escalones de aquel portal de paredes blancas, barandilla roja y olor a amoniaco, hasta el cuarto piso, puerta A, donde se encontraba nuestro cometido, más bien el de ellos puesto que mis ojos solo estaban de observadores.

Nos adentramos al salón, todo estaba patas arriba. Se observaba que la chica se había corrido una buena juerga. Entre esas cuatro paredes blancas, se encontraba una mesa larga de metal rodeada por dos sofás de color marrón, recubiertos por unos paños que puedes encontrar en la casa de cualquier abuela. Ropa tirada por el suelo; pantalones, camisetas, bragas… Las paredes se adornaban con cuadros de temática religiosa y un olor a naftalina circulaba por el ambiente. Aquel salón daba grima al verlo, y eso que el mío no se queda atrás. La primera impresión que me dio fue que la muchacha no debería de llevar mucho viviendo en esa casa. ¿Quién hubiera dejado esa decoración?

Aparte de que toda esa parafernalia de abuela o de cura me la traía floja, mi mirada se concentró en aquella mesa de metal. Había botellas de alcohol; ginebra, ron, whisky, ceniceros con colillas de tabaco

acumuladas y un espejo manchado de polvo blanco que no era maquillaje.

A su vez que me fijaba en la mesa, el bombón de Virginia y el comisario aparecieron desde el pasillo con dos compañeros más.

—Vaya, dichosos los ojos —dijo una voz.

Me di la vuelta.

—El pollavieja —expresé.

Su apodo se debía a que le gustaba regentar los bares de traviesos cerca de Chueca en busca de algún chaval que le hiciera un favor.

—¿Tú qué coño haces aquí? —cuestionó de mala gana.

—Dejadlo, muchachos —mencionó el comisario—. No quiero una pelea en medio de un caso.

—Tranquilo comisario —dije—. No vengo a pelear.

—No sé que hace este aquí si ya no es de los nuestros.

—Está aquí porque me sale de los huevos —replicó el comisario.

—¿Ya se te ha olvidado que le expulsaron del cuerpo?

—¿Y a ti? ¿Se te ha olvidado quién coño es el que manda? Que yo sepa, yo soy el que tiene los galones de jefe en el hombro.

—Lo siento, pero repito que no debería de estar aquí, es un simple caso de suicidio.

—Tú sigue diciendo mierdas que acabarás en el archivo. Ya os podéis marchar.

—Antes de iros, ¿Quién encontró el cuerpo? —pregunté.

—A ti no te voy a decir nada, no hablo con traicioneros.

Respiré hondo y dejé que mi cuerpo se llenara de calma. No quería liarla en el primer día de colegio. Ya que me habían sacado de mi escondite, era mejor portarme bien.

—Díselo —sentenció el comisario.

—No la encontró nadie. El casero subió a reclamarla el alquiler, fue él quien alertó a la policía. Todo vuestro, espero que os atragantéis —musitó.

El pollavieja se marchó con sus dos perros falderos. No es que me agradara su presencia, me era indiferente sin embargo, lo conocía bien y sé que se moría de ganas por investigar la muerte de la chiquilla.

A quien sí me agradó volver a encontrarme fue a Enrique, inspector de la científica. Era un hombre de mediana estatura pero con una hermosa barriga de pegarle bien a las cervezas y a las tapitas del bar. Su cara tenía una barba espesa blanca con el bigote de color marrón y siempre te hablaba de fútbol. Le hallamos en el cuarto de baño, lugar donde yacía el cuerpo de Valeria. El cuarto no tenía ni una mota de suciedad. Todo estaba recogido. Al lado de la bañera se encontraba una mesa pequeña plegable, encima de esta una botella de vino y un envase de sedantes tipo blíster de seis cápsulas a la que solo le faltaba una.

—¡Coño, cuánto tiempo! —exclamó al verme.

Nos estrechamos la mano.

—Te veo bien —dije.

—¿Has vuelto al cuerpo?

—No, solo estoy de observador.

—¿Y esta chica tan guapa?

—Soy la inspectora Virginia Otero, encantada —expresó en un tono suave.

—Lo mismo digo. ¿Viste el partido del martes? —me preguntó aun sabiendo que no soy de fútbol.

—No has cambiado nada —mencioné con una sonrisa.

—Enrique —intercedió el comisario—. Déjate de partidos y di qué tenemos.

—Valeria Robles, veintiocho años. Se ahogó en la bañera, estaba dentro cuando la encontramos. Al parecer se tomó esas pastillas que mezcladas con el vino, hizo que se relajara y ahogara. Tiene aspecto Anserino. Se puede observar el hongo de espuma en boca y nariz, maceraciones cutáneas sobre todo en la palma de la mano y pies, y algo de saponificación. No hay desgarro en las paredes ni en los músculos vaginales, descarto violación, ni presenta marcas de haber sido agredida. Lo que sí encontramos dentro de su vagina fue un condón con semen.

—Debió de tener algún encuentro en la fiesta —alegó el comisario.

—Espera, ¿qué es eso del sapo? —preguntó la inocencia de Virginia.

—Saponificación. Es cuando el cadáver permanece de forma prolongada en agua estancada o poco corriente, en este caso el agua de la bañera.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera del agua? —continuó Virginia.

—Una hora más o menos.

—¿Hora de la muerte? —inquirí.

—Eso va a ser más difícil. La temperatura del agua hizo que su cuerpo se enfriara y mantuviera ese estado.

—¿Días? —cuestionó el comisario.

—No, tanto sería imposible debido a su aspecto. Si hubiera sido días, las uñas, el pelo y restos de tejido epidérmico flotarían por el agua. Si tengo que decir una hora… Entre las tres y las cuatro de la mañana.

—¿Crees qué se suicido? —siguió el comisario.

—O una intoxicación accidental —añadió Virginia.

—Intoxicación accidental no puesto que ha dejado una nota. Hasta que no le hagan la autopsia no podemos saber más.

—¿Habéis encontrado huellas o restos? —continuó.

—Solo de ella. Sus huellas y cabellos están repartidos por el salón y

el baño. Hemos pasado la luz negra por el salón y el cuarto de baño. El baño está limpio pero el salón tiene una pequeña mancha de semen en el suelo. Nos ha constado verla debido a que hemos detectado que el suelo ha sido limpiado con lejía. He recogido una muestra. Lo comparé con el semen del condón.

—¿Tiene alguna marca de intento de suicidio?

—No, no tiene autolesiones.

—Déjamela la nota—dije.

Me entregó un folio con un par de frases y su firma. En ella ponía:

«No merezco vivir. He hecho muchas maldades a las personas que me querían. Papá, te quiero, cuida de mi hermana».

—¿Qué piensas, Andrés? —me preguntó el comisario.

A simple vista, parecía una nota normal de suicidio, la tradicional nota con una despedida y su firma. No obstante, las alarmas de mi cerbero saltaron al observar que las frases estaban escritas con ordenador y la firma a bolígrafo. Contemplé dos opciones. La primera fue que ya la hubiera escrito antes con esa intención, suicidarse. Pero era raro que no tuviera ninguna marca de autolesiones debido a que antes suele haber tentativas con cortes en las muñecas, quemaduras de cigarrillos o cualquier otra auto-lesión. Eso descartaba que llevara un tiempo buscando quitarse la vida y la segunda, ¿por qué escribirla a ordenador? He lidiado con mucho suicidios cuando estaba en activo y siempre las notas que encontramos estaban escritas con su puño y letra. Los suicidas las escriben en el momento.

—Lo que veo, parece una nota normal de alguien que se quiere suicidar. ¿Qué piensa, inspectora? —la pregunté puesto que quería saber su opinión, era su caso no el mío.

—Todo apunta a que se suicidio.

—No lo creo.

—¿No piensas lo mismo? —me preguntó.

—No, algo huele mal en todo esto. Hace una fiesta, ¿y luego se suicida?

—Será una fiesta de despedida.

—Puede, pero, ¿por qué? ¿Qué la ha llevado a la hija de uno de los empresarios y político más importantes del país a quitarse la vida? Algo grave la tuvo que pasar para suicidarse. No tiene marcas de lesionarse. ¿Y la nota? Está escrita a ordenador y firmada a bolígrafo.

—¿Y qué pasa?

—Qué no me lo trago. Los suicidas no se toman la molestia de escribir a ordenador, lo hace de su puño y letra. ¿Qué tipo de maldades? Debió ser algo fuerte y escandaloso para llevarla a estos extremos.

—¿Adónde quieres ir a parar? —indagó el comisario.

—A que a esta chica, le hicieron firma esta nota. Reconstruyamos

la escena. Valeria monta una fiesta, en la mesa del salón hay seis botellas de alcohol pero solo una copa. En el cenicero hay tres marcas de colillas. Supongamos que en la fiesta había cuatro personas, Valeria y tres más. Ahora, vamos a suponer que una marca de colilla es la que fuma Valeria, eso nos deja dos personas y una copa. Mucho alcohol para tan poca gente, ¿no? Alguien o no bebió, o bebió a morro porque la copa de Valeria está en esta mesita del baño. También tenemos un espejo con cocaína del que no podemos decir cuántos esnifaron puesto que queda los restos. Ahora bien, imaginemos que las supuestas personas de la fiesta se han ido y Valeria está sola en casa, está borracha, se levanta del sofá, camina dando tumbos, chocándose con los muebles del salón, tirando las cosas al suelo, pero en el suelo solo hay ropa y los muebles parecen estar en su sitio, sin signos de haberse movido, y es raro porque cuando yo voy así, me choco con todos los muebles de mi casa. Aparte de que si se hubiera metido todo ese alcohol por el cuerpo, estaría tirada en el suelo y si hubiera logrado llegar a la bañera, no creo que pudiera meterse en ella, se habría resbalado con la cerámica, golpeado quizás en la cabeza y desplomándose al suelo. Alguien la drogó y la introdujo en la bañera para que ella misma se ahogara. Y lo más importante, ¿Quién monta una fiesta, limpia el suelo con lejía y se suicida?

—Pudo haber limpiado cualquier día —expresó el comisario.

—No, aquí no ha habido ninguna fiesta. El salón tendría más suciedad, el suelo estaría lleno de pisadas y quizás algo de alcohol de alguna copa derramada.

—No tiene sentido —dijo Enrique—. En la cocina está la fregona, y no parece haber sido usada.

—Si la hubiera usado—continuó Virginia—. El asesino hubiera dejado huellas al pisar después de fregar.

—No si traes tu propio cubo y fregona. La puerta de entrada no ha sido forzada y ella no tiene signos de forcejeo. Valeria conocía a su asesino. Este la introdujo en la bañera, la llenó hasta al borde y mientras ella se ahogaba, el iría al coche, cogería las cosas para montar la escena, y antes de marcharse friega desde un extremo hacia atrás hasta la puerta.

—¿Y el condón dentro de su vagina? —inquirió Virginia.

—Puede que el asesino abusara de ella estando drogada, por eso Enrique no ha encontrado signos de violación. Toda esta escena ha sido creada para simular un suicidio. El asesino la quiso despachar rápido.

—¿Y las botellas, y las colillas? —preguntó Virginia.

—Es fácil, o las tenía Valeria en casa, o las ha podido comprar. Y las colillas… las ha podido recoger de la calle antes de subir. ¿Habéis examinado su habitación?

—Solo por encima, no creímos que fuera relevante, sabiendo que la escena del crimen está en el baño… —dijo Enrique.

—Joder, es lo primero que teníais que haber hecho. La chica murió en la bañera, pero para saber más de ella, tenemos que mirar su habitación. ¿Puedo examinarla?

—Toda tuya —declaró el comisario.

Anduve con Virginia por un pasillo corto pero estrecho. La habitación de Valeria se hallaba tras la última puerta a la derecha. Su habitación no aparentaba que viviera una mujer, en realidad, no aparentaba que viviera una mujer en toda la casa. Las paredes eran de color blanco y del techo caía un cable con una bombilla en su extremo. En el centro una cama individual apoyada debajo de una ventana que daba al parque Pradolongo. No estaba bien hecha pero denotaba que alguien no había disfrutado entre las sábanas. A su lado una mesilla de dos cajones y en el esquinazo, una silla con ropa. Abrí el primer cajón de la mesilla. No encontré nada que pudiera servir, tan solo tenía revistas de moda. El segundo cajón era para las bragas y el consolador. Encima de la mesilla albergaba una lámpara y un cenicero con colillas de una sola marca, Fortuna.

Esa marca estaba en el cenicero del salón. Ya sabía que marca fumaba Valeria. Las otras eran Gold Coast y Nobel.

En la otra pared, se encontraba un escritorio. Sobre este no había nada más que otra lámpara y un montón de facturas sin pagar. Lo que me extrañó fue que no tuviera un tocador con potingues y colores para la cara. ¿Qué clase de fémina no tiene al menos un par de pinturas? Y sobre todo, ¿dónde estaba el ordenador?

Terminado en la habitación cruzamos el salón. Fue Virginia la que se percató que debajo de sofá, había algo que asomaba.

—Espera un segundo —dijo.

Dio unos pasos hasta el cuarto de baño para regresar con unas pinzas y una bolsa de pruebas.

—¿Puedes levantar el sofá? —continuó.

Elevé el sofá por una esquina y ella lo recogió.

—¿Qué puede ser? —preguntó.

—Es bastante pequeño para saberlo, parece ser un trozo de laminado con aluminio, puede que sea el envoltorio de un condón. Guárdalo y que lo analicen.

Seguido fuimos hasta el baño. Ellos seguían con sus conversaciones.

—¿Cuándo tendrías el informe? —cuestionó el comisario a Enrique.

—Mañana a primera hora.

—Yo esperaré al juez para levantar el cadáver —continuó el comisario—. Vosotros ir a donde tengáis que ir.

—Empezaremos con el casero —mencionó Virginia—. ¿Te parece?

—me preguntó.

—Me parece bien, pero antes veamos al vecino de enfrente, a ver qué nos cuenta.

Dejamos al comisario conversando con Enrique y salimos de la casa. Virginia pulsó el timbre. Esperamos un par de minutos sin que nadie nos abriera. Volvimos a insistir. Los ruidos del interior me dijeron que alguien no quería abrirnos.

—Sabemos que está en casa, somos policías —dije.

—Lo sé —contestó la voz—. Váyanse.

—Solo queremos hacerle un par de preguntas acerca de su vecina —insistió Virginia— Será solo un momento.

Deslizó el cerrojo y entre abrió, asomando media cara de una mujer entrada en años.

—Somos policías —Virginia mostró la placa—. ¿Podría contestar unas preguntas?

—Tengo cosas que hacer.

—Será solo un instante. ¿Vio a alguien entrar por la noche?

—No, no vi nada.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio a ella?

—Unos cuatro días, todo ha estado muy tranquilo, pensé que se había cambiado de casa.

—Entonces anoche, ¿no escuchó una fiesta? —cuestioné.

—Le repito que todo ha estado muy tranquilo. No ha habido ninguna fiesta, no he visto a nadie ni entrar ni salir. Ahora, tengo cosas que hacer.

Cerró dando un portazo.

—Qué gente más amable —expresó Virginia.

—Es normal, no le gusta que estemos revoloteando por aquí, y menos que haya un asesinato. Veamos al casero.

Bajamos hasta el primer piso y toqué la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Policía —contestó Virginia.

La puerta se abrió haciendo un chirrido que destrozaba los tímpanos. A esa puerta había que darle bien de aceite a las bisagras. Un señor con melena, gafas y un bigote con perilla se dejó ver.

—¿Es usted quien avisó a la policía?

—Sí, me llamo Benito.

—Inspectora Otero, este es Hurtado.

—Qué hay —manifesté alzando la cabeza.

—Ya le conté a sus compañeros lo que sé.

—Nosotros queremos saber algo más —repliqué.

—Si es posible y no tiene inconveniente en volverlo a contar para nosotros —manifestó Virginia.

—Subí a preguntarla cuándo me iba a pagar el alquiler debido a

que llevaba tres meses de retraso.

—Tres meses de alquiler es mucho tiempo. ¿Suele retrasarse? —indagué.

—A decir verdad, no. Llevaba un año y medio de alquiler y nunca se había retrasado.

—¿Cuándo entró de alquiler?

—En junio del año pasado.

—¿Cómo sabía que estaba en casa? —seguí.

—La vi subir el jueves pero no la vi bajar. Por eso me extrañó que no me abriera. Siempre que he subido me ha abierto la puerta. El coche sigue aparcado en su sitio. Por eso les llamé a ustedes.

—¿Siempre está atento a quién sube y baja? —inquirí.

—Esto… no piense que soy un cotilla.

—No nos importa si es usted un cotilla o un viejo verde. Al revés, así nos puede dar más información. ¿La vio subir a ella sola?

—Sí.

—¿No vio a nadie subir sobre las dos de la mañana, ¿más o menos?

—A esa hora estoy frito en la cama.

—Háblanos de ella.

—¿Qué quiere saber?

—Pues eso, quién sube y quién baja. Si venían muchos hombres a verla… Esas cosillas.

—Era un chica algo reservada. Tampoco hablábamos mucho. Solo tenemos relación con el alquiler.

—¿Sabe a qué se dedicaba? —preguntó Virginia.

—No, pero sabiendo de quién es hija, supongo que el alquiler se lo pagaría el padre, aunque a mí me da igual mientras me paguen, pero me extrañó que se retrasara, siempre fue puntual con el pago.

—¿Y las amistades?

—Solían venir a verla, sobre todo su hermana. El marido o pareja también venía. Sin embargo, a la hermana hace tiempo que no la veo.

—Háblame del marido o pareja —manifesté.

—No sé mucho, tan solo su nombre, Roberto, si no recuerdo mal. Les oía discutir tanto en casa como en la calle. El marido la amenazaba y la insultaba.

—¿La llegó a pegar? —prosiguió Virginia.

—Que yo sepa, no.

—¿Nunca la vio con la cara marcada? —indagué.

—Si la he visto, no lo recuerdo. Tampoco la voy a ir a preguntar que la ha pasado. No me meto en la vida de la gente.

—¿Cuándo fueron esas amenazas?

—Las últimas fueron el miércoles.

—Denos un segundo.

Aparté a un lado a Virginia para conversar.

—¿Qué opinas?

—Tenemos que ir a por el marido —expresó con seguridad.

—Eso mismo opino yo.

—Oiga —intervino el casero—. ¿Me puedo meter ya en casa? Estaba preparando algo de comer en la sartén y no quiero que se me queme.

—Sí, hemos acabado. Ha sido de gran ayuda.

Cerró la puerta y nos quedamos en el descansillo continuando con nuestra charla.

—¿Tú como lo ves? —me preguntó.

—Hasta que no conozcamos al marido, no podemos saber si es capaz de montar este circo. Vayamos a preguntar qué hizo anoche.

A su vez que Virginia hablaba con algún agente de la comisaría para conseguir la dirección del marido, me fumé un cigarro sentado en un banco de la acera contemplando a la gente que pasaba los cuales, nos miraba con una expresión que delataba que no querían que estuviéramos rodando por su calle.

—Ya lo tengo —anunció Virginia—. Se llama Roberto Martín. Vive en la calle Escalona.

—Eso está en Aluche.

—Exacto. ¿Conoces esa zona?

—No mucho, aunque no creo que sea peor que esta. Pongámonos en camino, yo conduzco.

Nos montamos en el coche de Virginia, un seat Málaga de color granate al que se le iba la dirección a la derecha. Metí la primera y agarré la Avenida de los Poblados. Fue bonito volver a divisar en todo su esplendor la cárcel de Carabanchel, ¡cuántos cabrones habré encerrado entre sus muros! A más de uno se le habrá caído el jabón en la ducha, y a más de uno le habrá gustado.

Seguimos por la avenida y giramos a la derecha por el suburbano de Aluche. Nos metimos por las callejuelas y dejamos el coche en una esquina de la calle Escalona. La calle se hablaba al otro lado del parque de Aluche, un parque que, como el Pradolongo en Usera, por las mañanas era un trinar de pájaros, un aire puro y árboles de hojas verdosas cuyo viento hacía silbar. Sin embargo, al caer la bravura de la noche la cosa cambiaba. El aire puro se volvía tóxico, los pájaros morían, las hojas verdosas se teñían de rojo y el silbar del viento cambiaba por los llantos y gritos desgarradores de gente siendo rajada de arriba abajo. Era las dos de la tarde, una hora en la que supuse que el fulano estaría comiendo. Llegamos al portal y llamé al telefonillo. No obtuvimos ninguna contestación.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó Virginia.

—No hay problema. En este país si quieres saber algo, pregunta en

el bar.

Así hicimos. Nos acercamos al bar de la esquina donde teníamos aparcado el coche. Accedimos a ese bar decorado con temática taurina. Las paredes se colmaban de fotos de toreros, banderas de España y cabezas de morlacos disecadas. Del techo colgaban jamones y chorizos. Detrás de la barra se encontraba un camarero de camisa blanca y chaleco negro. En un extremo había varias mesas con trabajadores tomando el menú del día. Personas que les había tocado hacer alguna ñapa en un sábado. Disfrutaban con su ropa llena de pintura, yeso y otros pigmentos que te da el trabajar en la obra, un cocido madrileño. Miré aquel plato de sopa y el hambre comenzó a darme patadas en el estómago como un bebé en el vientre de una embarazada. En el otro extremo, la máquina traga perras sonaba dando *avances* y varias mesas eran atribuidas a unos viejos quienes se hallaban golpeando la mesa con las fichas del dominó, tomando su copa de Castellana y con sus arrugas caras llenas de felicidad mientras que gastaban la pensión igual que habrían gastado la juventud.

—Disculpe, amigo —le dije al camarero.

—¿Qué va a ser?

—Queremos dos botellines.

—Marchando dos botellines para la parejita.

Los sacó de la nevera y nos lo sirvió con una tapa de chorizo frito a la sidra. Le pegué un buen trago a la cerveza puesto que estaba con la garganta seca y me comí ese choricito que no dejaba de repetir mi jodido nombre. Miré a Virginia y solo se mojó los labios y el chorizo ni le tocó. Puede que no bebiera estando de servicio y que también estuviera a régimen como la mayoría de las féminas. Quién sabe.

—¿Qué tal el chorizo? —me preguntó el camarero.

—De los mejores que he comido —expresé con gusto.

—¡Cómo no va a estar bueno chaval! Lo traigo de la matanza del pueblo.

—Pues debo felicitarte, tenéis buenos cochinos en tu pueblo. Una cosa, a ver si nos puedes ayudar. ¿Conoces a Roberto?

—Conozco a muchos.

—Se apellida…

—Martín —se anticipó Virginia.

—Claro que le conozco. ¿Sois polis?

—Yo no, pero ella sí, y necesitamos saber si sabes dónde puede estar.

—Lo tenéis ahí —dijo señalando a una mesa.

Observé hacia la mesa.

—¿Qué se debe?

—Quinientas pelas.

—Toma.

Le entregué un billete de mil pesetas.

—El cambio para ti, por tu información y por el chorizo frito que me ha alegrado el día.

—Es una propina bastante generosa —mencionó con cara de asombro.

—Sé agradecer a quién me ayuda.

—Gracias a vosotros.

Siempre lo he dicho, si quieres saber de alguien, pregunta en los bares, no falla. Terminé el zumo de cebada cinco estrellas, le volví a dar las gracias a aquel camarero guindilla, y permanecimos observando un minuto al marido.

El fulano no era lo que me esperaba. Supuse que iba a ser un tío atractivo y joven, de esos con el cuerpo cincelado y con los dientes blancos como perlas en cambio, nos encontramos a un calvo con perilla y una edad que no sobrepasaba los cincuenta años. Disfrutaba como aquellos currantes del cocido madrileño. Me entraron dudas, ¿qué tendría el fulano para estar con una chica como Valeria? O la tenía bastante grande, o algo se escapaba a mi comprensión. Seguido de mis conjeturas, caminamos hasta su mesa.

—Hola, Roberto —dije.

Paró de comer la sopa y me miró.

—Hola, ¿qué desean? ¿Quiénes son ustedes?

—Qué educado —declaré.

—Policía —dijo Virginia enseñando la placa.

—¿Qué quieren de mí?

—Queremos hablar de su mujer.

—Ex mujer. ¿En qué lío anda metida ahora esa zorra?

Se le fue la educación.

—Ha muerto —manifestó Virginia.

El hijo de puta no derramó ni una gota de llanto por su ex esposa muerta.

—¿Cómo ha sido?

—La han ahogado en la bañera, pero eso tu ya lo sabías, ¿no?

—Yo qué coño voy a saber. ¿Insinúa qué la he matado? No me gustan esas insinuaciones.

—Si no es así, corrígeme si me equivoco.

—Pues se equivoca. ¡Yo no la he matado!

Elevó la voz y dio un manotazo en la mesa. Los currelas que ya estaban con el postre, junto al camarero guindilla, centraron sus miradas en esta. Los viejos siguieron golpeando la mesa con las fichas y la traga perras continuaba sonando.

—Relájate y baja la voz, si alguien grita, ese soy yo. —alegué.

—¿Dónde estabas anoche? —preguntó Virginia.

—No creo que te importe, guapa. ¿Por qué cojones piensan que fui

yo? ¿Por qué fui su marido?

—Lo pensamos porque sabemos que el miércoles estuviste con ella, la amenazaste de muerte y mira qué casualidad, ha aparecido muerta. ¿Para qué fuiste a verla? —inquirí.

—Me llamó, como siempre cuando necesita dinero. Fui y estuve con ella, discutimos sí, pero no la amenacé de muerte, lo juro. Esa zorra chupa sangre me va a estar jodiendo incluso muerta.

—El casero dice que sí la amenazaste.

—Ese es un viejo entrometido. No la amenacé, de verdad.

—¿La dejaste el dinero?

—No, por eso discutimos. No quise saber nada de sus cosas y me marché.

—¿Cómo y cuándo la conociste? Porque viendo a ambos, no creo que tuvierais las mismas amistades.

—En junio del 87, en las fiestas de aquí del barrio. Me preguntó si la invitaba a una copa y así empezamos. Qué ciego estuve.

—El amor es ciego. ¿Con quién iba ella?

—Sola. Yo estaba en una de las casetas tomando una copa cuando se acercó.

—¿Estabas solo? —cuestionó Virginia.

—Con un amigo, pero él se fue antes.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —continué.

—Casados unos cinco meses. Nos conocimos en junio y en julio ya nos casamos.

—¿Un mes y ya os casasteis? Debiste quererla mucho para hacer semejante locura.

—Sí, Lo hicimos por el juzgado. Estaba enamorado hasta que me di cuenta de que era un persona sin escrúpulos que solo buscaba el dinero. Tuve un taller mecánico que perdí por culpa de su incasable amor por la pasta y su vida de lujo, restaurantes caros, ropa de marca, viajes… Me endeudé y como no pude hacer frente a todo lo que debía, el banco me lo quitó. Ahora trabajo para un taller y mira, mejor, ahora cobro una nómina y he podido ir solventando las deudas. En cuanto el dinero se esfumó, Valeria también lo hizo. Nos divorciamos en noviembre de ese mismo año.

—¿Y no la cortaste el grifo?

—Lo intenté, sin embargo, me amenazaba con dejarme por otro y en esa época, estaba enamorado.

—¿Fumas?

—No suelo pero sí, a veces me fumo un par de ellos.

—¿De qué marca?

—Gold Coast.

—¿Cómo era vuestro matrimonio?

—Parecido a una montaña rusa. Hacía lo que la salía del coño. Ella

se iba de fiesta y no volvía hasta pasado varios días. Venía borracha y drogada. Alguna vez hacíamos algunos planes juntos pero no era habitual, cada vez que la decía de hacer algo los dos juntos se ponía a la defensiva, decía que la estaba controlando y que no era el dueño de su vida.

—¿Y eso es verdad? —cuestioné.

—¡Qué va! Ella era la que controlaba mi vida. Yo me mataba a trabajar y luego ella se gastaba el dinero.

—Dinos qué hiciste anoche entre las tres y las cuatro de la madrugada

—No lo puedo decir.

—Por qué no lo puedes decir —prosiguió Virginia.

—Pues porque no puedo, prefiero que me lleven detenido.

—¿Prefieres ir detenido?

—Sí.

—En ese caso…, inspectora, haga los honores —indiqué.

Lo agarró del brazo, lo puso en pie y colocó los grillos en sus muñecas a su vez que le leía sus derechos. No opuso resistencia. Contemplé esa escena que tantas veces hice mientras mi mano sujetaba la cuchara y la hundía en el plato de sopa que el fulano no había terminado. Llené la cuchara hasta los bordes y tragué. Aunque se había quedado un poco fría, me supo a gloria. No soy cristiano ni nada de eso, pensé que así debía de saber el sudor de Dios. Virginia dio aviso por radio para que viniera una patrulla de la zona a sacar los desperdicios. Al llegar, sacamos al marido del bar entre las miradas de los trabajadores quienes estaban liados con el café y el cigarro. Los viejos no hicieron ningún gesto de mirarnos. Estaban más ocupados en cerrar la partida de lo que estaba sucediendo.

No serían más de las cuatro de la tarde cuando partimos hacia la comisaría. La patrulla había soltado al marido en el calabozo y Virginia tenía que hacer el informe, no me acordaba que había que hacer trámites burocráticos. A la par de que ella rellenaba papeles, mi cuerpo se encontraba en la calle tomando el aire y disfrutando de un cigarro. Di tres chupadas, expulsé el humo y el coche del comisario paró a mi lado. Se bajó y preguntó qué había pasado con el marido.

—Lo tienes en el calabozo.

—¿Fue él?

—No tiene coartada y no quiere hablar. La marca de tabaco que fuma es la misma que una de las encontradas en el cenicero del salón.

—Nosotros le haremos cantar. ¿Y tu compañera?

—Rellenando el papelo.

—¿La dejas sola? La podías haber ayudado —indicó frunciendo el ceño.

—Sí, podía, pero no me funciona bien la mano para escribir.

—Solo te funciona para beber.

—Y para apostar.

—No descuides a tu compañera. Hablamos.

Terminé el cigarro y lo dejé caer al suelo. La inspectora apareció con cara de preocupada.

—Te estaba buscando.

—Salí a tomar el aire.

—Me acabo de cruzar con el jefe. Ya le he puesto al día. Me ha dicho que a las nueve de la mañana, nos quiere ver a los dos.

—¿A las nueve? Un poco pronto. Mi jornada no empieza hasta las once.

—Se puntual. Me voy

—¿Ya te vas? ¿Te espera tu novio en casa?

—Eso no es asunto tuyo.

—Estaba pensando que deberíamos tomar algo en mi casa y luego... Podemos tumbarnos en el sofá, ya me entiendes.

—Vamos a dejar las cosas claras. ¿Ves este cuerpo?

—Sí, una delicia.

—Pues nunca lo vas a tener. Vete haciendo a la idea.

Y se largó dejándome que contemplara su culo y con el corazón acelerado.

3

El despertador sonó a las siete y media. Lo sujeté, lo observé y lo estallé contra la pared. Estuve a punto de no levantarme y mandarlo todo a la mierda sin embargo, era alentador volverme a sentir útil para la sociedad. No me quiero engañar, lo que llevaba antes no se podía decir vida, tumbado en el sofá viendo programas repetidos de Bla, Bla, Bla o La Bola de Cristal para después, echar unas cañas en el bar de Vero y volver a casa a tumbarme en sofá. A veces suelo jugar en el bar una partida de cartas con los viejos mientras me cuentan sus batallas.

A las ocho ya estaba en la calle. El día se había levantado con el pie izquierdo. Las nubes que estuvieron rondando toda la noche por la capital, comenzaron a descargar una lluvia intensa, con relámpagos que acariciaban el cielo y con sus fuertes gotas golpeando la chapa de los coches como si fueran piedras. Pese a todo ese día envuelto en agua y con un viento que arrancaba señales de tráfico, por las calles se divisaban a los chavales que venían de fiesta y las personas mayores que se dirigían a la iglesia a confesar sus pecados. Todavía recuerdo con algo de cariño aquellos domingos que solía pasar en el rastro con Blanca, la mujer a la que no supe cuidar como se merecía.

Abrí el paraguas y anduve luchando contra la tempestad hasta un bar que hallé abierto dos calles más arriba de la mía. Me tomé un café para calentar mi cuerpo. Hacía tanto que no madrugaba que si no tomaba por lo menos un litro de café, no sería persona. Sería un muerto viviente de esos que salen en las películas que vaga sin ningún tipo de rumbos sedientos de cerebro, en mi caso, sediento de café. Al terminarlo caminé hasta el coche, un Kadett GSI de tres puertas y de color negro al que le tengo un gran cariño.

Me planté a menos cuarto en la puerta. Antes de entrar y enfrentarme a todas esas caras, a esos falsos compañeros que renegaron de mí, me acerqué al bar donde desayunan los agentes. No tomé café, ya estaba algo alterado para tomar otro. En cambio, quise contrarrestar el efecto del grano tostado pidiendo un orujo de hierbas. No soy de tomar orujo pero pudo sosegar los nervios para volver a pisar un lugar al que un día llamé hogar.

Para no hacerme esperar lo tragué de un solo golpe y dejé atrás el bar. En la entrada, respiré hondo y anduve hasta la puerta. El agente que preguntaba para qué querías acceder, sujetando entre sus robustos brazos una metralleta y una mirada de estar hasta los huevos de tanto tiempo de pie, me impidió el paso.

—Quieto, ¿Adónde va?

—Me ha citado el comisario, me llamo Andrés Hurtado.

—¿Hurtado a dicho?

—Sí.

—Le están esperando. Antes de pasar, le tengo que dar una identificación.

Sacó una pegatina de visitante y la puso en la parte derecha de mi pecho.

Visitante, eso es lo que era…

Si hubiera puesto observador o alguna otra palabreja, no me hubiera hecho sentir como una basura, como un desecho.

En la comisaría de Villaverde, en la calle Gigantes y Cabezudos, todo seguía igual salvo algunos cambios sin importancia. Tampoco me pasé tanto tiempo fuera de aquellos tabiques pero si lo suficiente para hacerme a la idea de lo que había perdido por estúpido. Las viejas caras que circulaban se sorprendieron al verme. Las nuevas no tenían ni idea de quién era, para ellos era un visitante más, obviando que quien estaba parado fue uno de los mejores policías, o eso es lo que decían superiores y compañeros.

Pero eso era agua pasada.

A pesar de que los nuevos rostros no supieran quien era, las caras de los quinquis que entraban esposados si me reconocieron. He tenido mejor relación con los quinquis de los barrios bajos que con los compañeros, algo normal puesto que de tanto pararlos o detenerlos, al final creas una relación amor odio, un vínculo entre policía y delincuente. En alguna ocasión, sí me dio pena saber que la mayoría de aquellos enfermos para la sociedad habían muerto. La mayoría tenían un potencial para haber logrado algo en la vida sin embargo, aquella mujer llamada heroína a la que nunca la tienes que bajar las bragas, le hicieron perder el control, el cuerpo y los dientes.

Virginia vino a buscarme a la entrada. Contaba con una cara de cansancio, quizás pasara una mala noche al tener cerca a su primer muerto. Si ella hubiera vivido mis noches después de tantos cadáveres a mis espaldas, no creo que hubiera aguantado. Había que estar bastante demente para resistirlo. Si no el tiro te lo pegas tú. Vestía unos pantalones vaqueros que la marcaban toda su exquisita figura y cubriendo sus dotes delanteros que le había entregado la naturaleza, un jersey azul claro. Mi vestimenta era la de todos los días, vaqueros, zapatillas negras, camisa abierta por dos botones y el cigarro colgando de mis resecos y agrietados labios. Que nunca falte.

—Has venido a tu hora.

—Estuve a punto de no hacerlo.

—Menos mal, no me gusta que me dejen tirada.

—Lo mismo digo —dije haciendo referencia a que no se viniera conmigo a mi casa.

—¿Quieres un café? Te invito.

—Nunca rechazo la invitación de una mujer, y menos de un bombón como tú.

—¿Te importaría dejar de llamarme bombón? Para ti soy la inspectora Otero. Que te quiere invitar a un café, no significa que quiera bajarme las bragas.

—Perdona, bombón.

Me arrojó una mirada de las que matan.

Con el café en la mano, seguí su culo hasta la planta baja donde se ubicaba el laboratorio de la científica. Era un lugar lleno de humedades, lámparas que caían de un falso techo, un par de mesas con ordenadores, mesas largas donde harían sus experimentos y estanterías con un montón de productos químicos que no tiene ni la jodida idea de para qué servían. En el laboratorio esperaba el comisario, Enrique y dos jóvenes de veinte años que no sabía de sus nombres. Tampoco me importaba.

—Buenos días —mencionó Virginia.

—Buenos días, —dijeron los demás.

—Qué hay —expresé haciendo un gesto con la cabeza.

—Ya tenemos el informe del forense.

—Cuéntanos —indicó Virginia.

—No hay mucho que decir. La víctima murió por ahogamiento. Los pulmones han aumentado de volumen y se encuentran encharcados de agua. No presenta golpes, ni fracturas externas ni internas. El informe toxicológico revela restos de cocaína, alcohol y *Lorazepam* de las pastillas.

—Suicidio —alegó el comisario.

—No tan rápido, Andrés tenía razón. El forense ha encontrado restos de morfina y un pinchazo en el cuello.

—La drogó con la morfina—mencioné—. Estarían hablando en el sofá y en un despiste de Valeria, le clavó la jeringuilla. La hizo ingerir las pastillas y el alcohol, y seguido la introdujo en la bañera.

—Exacto Andrés, fue la morfina la que la hizo relajarse y ahogarse. Hay restos de las pastillas y alcohol pero no la cantidad suficiente. Las pastillas son potentes, pero la cantidad y el alcohol ingerido es inferior como para hacer la reacción tan rápido.

—¿Alguna huella?

—Sí, aparte de las de Valeria, solo he encontrado una en una copa que no estaba en la mesa del salón ni en la copa del cuarto de baño, esta estaba en el fregadero, y estamos de suerte, está fichado. Se llama Raúl Sandoval. Vive en Usera.

—¿Y por qué esta fichado? —preguntó Virginia.

—Tráfico de drogas, extorsión, robo con fuerza…

—No es nuestro hombre.

—Qué seguro lo dices —alegó Virginia.

—La escena estaba planeada y el tal Raúl, según los antecedentes que tiene, será el típico cierra bares que le pega bien a la coca. Nuestro asesino tiene que ser alguien más astuto. ¿Alguna huella en la nota de suicidio?

—No, pero el grafólogo ha comparado la firma con unos recibos que recogimos ayer en casa de la víctima. Tal como dijiste, el asesino se la hizo firmar una vez drogada. La presión ejercida en la nota de suicidio es más débil que la firma encontrada en los recibos.

—Ya lo dije, los suicidas no escriben la nota estando drogados. Es su momento de despido.

—He comparado el semen encontrado en el condón con la muestra que recogí en el suelo del salón. No coincide. Lo que sí encontró el forense son restos de tierra en la vagina, y yo en el condón.

—Alguien se lo introdujo dentro.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió el comisario.

—Ese semen es fácil de conseguir. Seguro que se acercó a algún parque donde las parejas se dan amor en el coche, cogió del suelo cualquiera de los muchos que se encuentran tirados, de ahí que el forense encontrara tierra en ambos.

—Pero, ¿cuál es la finalidad? —indagó Virginia.

—No sabría decirte. Hacernos pensar que mantuvo relaciones con su asesino. Pero si hubieran estado ambos muy borrachos, lo más seguro que se la hubiera tirado a pelo en el sofá, pero este no presenta restos de semen. De la ropa tirada en el salón, ¿sabemos algo?

—La hemos analizado. En los vaqueros hemos encontrado restos de coníferas y tierra, eso nos dice que estuvo en algún momento en un parque, nada de sangre ni semen. En las bragas solo hallamos restos de orina.

—Ropa sucia —expresé.—No nos dice nada. ¿Y el trozo que encontramos debajo del sofá?

—Estamos en ello. Es un trozo pequeño y lo estamos analizando con sumo cuidado de no dañarlo.

—¿Por dónde empezamos? ¿Vamos a por Raúl? —preguntó Virginia.

—Sí, a ver qué tiene que decirnos. Después iremos a ver a su padre. ¿Sabemos sí está en casa?

—Sí, llamó para decir que había llegado —declaró el comisario.

—Perfecto. Una cosa más. ¿Ha cantado el marido?

—Como un jilguero. Sin embargo, hemos tenido que soltarle.

—No jodas, era el principal sospechoso.

—Ya, pero tenía coartada. Esa noche estuvo con una mujer casada, lo hemos confirmado. No quería que se nadie enterara.

—Vaya con el pájaro. Nos perdamos más tiempo. Veamos a Raúl.

—¿Y el padre? —siguió el comisario.
—Vamos por partes, no nos liemos. Primero el chaval.

4

Una vez que habíamos terminado de comer en un bar al otro lado de la carretera de Andalucía, cerca de las cuatro de la tarde y aún con la lluvia que no dejaba de castigar con dureza las calles de Madrid, volvimos al barrio donde habían dado muerte a la chavala en busca del tal Raúl. Tenía que darnos una explicación del porqué estaba sus huellas en la copa de la cocina. El fulano vivía dos patios al lado del de Valeria, enfrente de la churrería del tío Ramón. Aparqué el Kadett subido a la acera y entramos al patio. No había ni un alma. La lluvia no dejaba que nadie se sentara en sus bancos. Un vecino que salía con el paraguas en la mano nos abrió la puerta y subimos hasta el piso de Raúl. Desde el descansillo, se escuchaban al Camarón cantando unos villancicos flamencos. Cada paso que dábamos se escuchaba a aquel gitano de la isla de San Fernando sonar más vivo.

Tuve que aporrear la puerta debido a ese jaleo. En mi quinta patada a la puerta, la voz del gitano de la isla paró y en su lugar, se escuchó la voz de Raúl.

—¿Quién es?

—Papá Noel —dije haciendo uso de mi encanto.

Raúl abrió. Era un chaval rubio con el pelo en forma de pincho y lleno de gomina, ojos marrones y un pendiente en el labio. Nos olfateó de arriba abajo.

—Si tu eres Papá Noel, aquí tengo un elfo para ti —contestó agarrándose la entrepierna.

—¿Es usted Raúl? —preguntó Virginia.

—Lo soy, ¿tú también quieres un elfo guapa?

—Somos policías —dijo mostrando la placa.

El gallito se transformó en un pollo indefenso.

—Si es por la música, si molesta la bajo.

El estúpido había dejado la puerta entreabierta. Arrojé una rápida mirada en el interior. Había dos chicos más recostado en el sofá, una mesa larga, litronas de cerveza, posturas de hachís y bastante nieve de un país en el que nunca nieva. Tenía una buena juerga montada. No sé cómo pudo articular palabra con tanta droga en el organismo.

—Queremos hacerte unas preguntas acerca de Valeria Robles.

—¿Qué la pasa?

—¿No lo sabes? —inquirí.

—No tengo ni puta idea de lo que la ha pasado.

—Ha sido asesinada.

Esbozó una sonrisa.

—No me extraña.

—Y eso lo dices…

El niñato carraspeó. La *gota* de la cocaína le estaba bajando.

—Porque esa chica era una puta que se iba con cualquiera que le dijera una tontería. Y si manejabas coca o dinero, mejor.

—Primero, deberías de mostrar más respeto a los difuntos, no tenga que lavarte la boca con jabón—aludí—. Segundo, ¿tú estuviste con ella?

—A veces la hacía algún favorcillo.

—¿Cómo cual? —preguntó Virginia.

—Pues qué va a ser, eres nueva o tonta. O las dos cosas.

—¡Eh! —exclamé señalándole con el dedo—. No te lo volveré a repetir, respeta a la gente y más si son la autoridad. Contesta a la pregunta.

—Me la *quilaba* a cambio de darla coca y a veces algo de pasta.

—Qué asco —alegó Virginia.

—Es lo que hay, por ti pagaría bastante guapetona.

Esos coqueros quema tabiques nunca aprendían. Les podías dar una y otra vez un correctivo que seguían poniéndose tontos, ¿cuándo van aprender? No tuve más remedio que sacar la mano a pasear y meterle un guantazo en la boca que le hizo sangrar su labio inferior, me faltó el canto de un duro para arrancarle la mierda esa que llevaba en el labio. El drogata se me encaró. Volví a sacar mi dulce mano, lo enganché por el pescuezo, hundí un poco mis dedos y lo empotré contra la pared. Virginia me cubrió bien las espaldas. Se percató que los chavales del interior se acercaban hasta la puerta al escuchar la que se estaba formando. Sacó la reglamentaria y consiguió que retrocedieran.

—Hemos venido de buenas y tú lo has jodido. Ahora gallito de mierda, me vas a explicar qué hacían tus huellas en casa de Valeria Robles. ¿Cuándo la viste por última vez?

—No te voy a decir nada más, madero de mierda.

—¿Quieres comerte la muerta de la chica? Con tus huellas en casa de Valeria y tus antecedentes, puedo hacer que estés un tiempo a la sombra. Pareces un chaval guapete, no creo que dures mucho en el talego sin que te pongan el culo como un bebedero de patos. No seas payaso y dime cuándo fue la última vez que la viste.

Entre tanto griterío, el vecino de la puerta de enfrente, un gitano de cincuenta años salió al descansillo. Al estar de espaldas a él, no supe quién era.

—¡Qué gritos son esos! Payo, suelta al *chavea* si no quieres que te agarre yo por el pescuezo.

Ladeé mi cabeza para que el gitano contemplara mi cara.

—¡Coño! ¡Mira quién es! —exclamó con una mueca en su rostro—. ¡¡Pero si es Andresito!! ¡Joder cuánto tiempo!

—Me alegro de verte, «Tuerto».

El Tuerto no había cambiado mucho. Seguía siendo el mismo delgaducho, de melena grisácea y un ojo que se le iba a los lados. Se acercó y le estreché la mano que me quedaba suelta, la otra se mantenía agarrada al cuello de Raúl.

—¡Cómo tú por aquí! Me dijeron que ya no eras de la *pestañí*.

—Esta gente, que no pueden vivir sin mí. ¿Y tú? ¿Te has cambiado de chabola? Que yo recuerde, vivías en la última torre de la calle.

—Cosas de la vida Andresito, ya sabes, la vida está muy dura.

—Dímelo a mí.

—¿Qué haces con el pobre Raulito? ¿Ya se ha metido en líos?

—Todavía no, pero si no colabora los tendrá, depende de él. De momento venimos a charlar, aunque no está por labor.

—¡Ay, Raulito!, un día acabarás preso o en una caja de pino.

—Tuerto, dile a tu colega que me suelte. Que yo no he hecho ná.

—Andresito, no creo que haya que ponerse así. Seguro que colaborará, ¿verdad Raúl?

—Antes, que quite su mano de mi cuello.

—Te voy a soltar, pero dale las gracias al Tuerto. Si fuera por mí, esto lo estaríamos haciendo en el calabozo.

Lo solté.

—Os dejo para que podáis *falar* de vuestras cosas. Me meto a casa. A ver cuándo bajas a tomar un *buchito* con las viejas amistades.

—Eso está hecho. A todo esto, ¿Cómo están los niños y tu mujer?

—Los churumbeles bien, la mujer murió hace cuatro meses.

—Lo siento.

—Gracias. Eres el único payo que me cae bien, encima siendo madero.

El Tuerto se metió en casa. El drogata comenzó a calmarse.

—¿Te vas a portar bien? —pregunté.

—Qué quieres saber.

—Para empezar, ¿dónde estabas el viernes de tres a cuatro de la madrugada?

—En casa, llevo de pedo desde el viernes con mis colegas.

—¿A qué hora empezó la fiesta?

—Al medio día.

—¿Alguien qué lo pueda corroborar? —cuestionó Virginia.

—Mis colegas.

—¿Esos pringados de ahí? No me valen —mencioné.

—El Tuerto ha escuchado la música.

—Inspectora, toca el timbre del Tuerto.

Virginia así hizo. Este abrió la puerta y preguntó qué pasaba.

—Tuerto, sabes si este chavea estaba el viernes en casa.

—Sí, lleva de fiesta con sus colegas, me tienen hasta la polla con

tanta fiesta.

—Gracias Tuerto.

—A mandar.

Se volvió a meter en su casa.

—Sigamos, ¿cuándo fue la última vez que estuviste con ella?

—Verla el miércoles por la calle, estar con ella en su casa hará una semana. Subí, me tomé una copa con ella y la hice el favorcillo.

—Dinero o coca.

—Ambas. La *gachí* era un pozo sin fondo. Podía esnifar lo que quisiera.

—¿Iba sola el miércoles?

—Sí.

—Antes dijiste que muchos os la ventilabais, ¿quiénes sois?

—Era una forma de hablar. La chica es bastante… suelta. Alguna vez se ha dado un homenaje conmigo y con mis colegas.

—Os la follabais todos —alegó Virginia.

—Y a la vez, pero todo consentido. Lo juro. Era ponerla una línea y venga a chupar pollas. Era una fiera en el colchón.

Le di otra en el hocico.

—Habla bien.

—Eres repugnante. —expresó Virginia con cara de asco.

—Ya, lo que tu digas. No voy a entrar en tu juego que al final pillo más. ¿Tienen más preguntas?

—¿Cómo os conocisteis? —cuestioné.

—De fiesta en la sala Macumba.

—¿Hace cuánto de eso?

—Si le digo la verdad, no me acuerdo. Ella estaba con dos chicas más. Yo estaba con mi *basca* y las entramos. Así la conocí.

—¿Te comentó alguna vez si estaba saliendo con alguien? —inquirió Virginia.

—Salía con un prenda llamado Roberto, pero no debía de quererle mucho para hacer las cosas que hacía. A mí me daba igual que tuviera novio o lo que sea.

—¿Cómo era ella?

—No llegué a conocerla. No soy de su grupo de amigos. No parecía muy habladora o por lo menos conmigo.

—Ya tenemos suficiente—mencioné—. Puedes seguir con tu fiesta o mejor todavía, búscate un trabajo y haz algo de provecho.

Dejamos atrás el patio. Se estaba haciendo tarde así que le comenté a Virginia que si le apetecía resguardarnos de la lluvia y desconectar con una cerveza. Había sido un interrogatorio intenso para ella y divertido para mí. Aceptó mi invitación.

Cruzamos la calle y nos metimos en el bar la Blanca Paloma. Un bar que había frecuentado alguna que otra vez y que era regentado

por un matrimonio gitano de los que ellos llaman de ley, de los que son fieles a las costumbres de su raza.

—Dos cervezas —le dije a la gitana.

—¡Marchando dos cervezas para el payo y su novia!

—No es mi novia —contesté.

—Perdone usted, pues es una paya muy guapa.

—Lo sé.

A Virginia se le pusieron unos colores rojos en sus mejillas. Mi mente me decía que unos días más, y seguro que me dejaría meterme entre sus piernas.

La gitana nos sirvió los botellines y su marido, un gitano de bigote, con un cordón de oro que parecía la cadena del wáter colgado al cuello y una expresión en su rostro de tener muy mala baba, nos puso una tapa de patatas con salsa picante.

—¿Por qué no le hemos detenido? —inquirió Virginia dando un trago a la cerveza.

—Porque él no lo hizo y tiene coartada.

—¿Te fías de las palabras de alguien al que le llaman el Tuerto?

—Si él dice que estaba en casa, le creo.

—¿De qué le conoces?

—Es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo.

—La primera semana que llegué a la comisaría, una noche calurosa de verano, de las peores que hemos vivido, patrullaba con mi compañero Méndez cuando en una calle de estas de aquí detrás, en Marmento López, vimos que Román, el Tuerto, estaba auxiliando a su mujer y pidiendo ayuda. A esta le había dado un desmayo. Paramos y la socorrimos hasta que llegó la ambulancia. Logramos hacer que se despertara. Desde ese instante Román nos dijo que estaba endeuda con nosotros de por vida. Por eso sé que no me está engañando.

—¿Y tú le crees? —cuestionó frunciendo el ceño.

—Para los gitanos, es una cosa muy seria. Que un gitano esté endeuda contigo, lo va a cumplir y no te va a fallar. Por eso ninguno de aquí nos va a agredir o algo por el estilo. Nos miraran mal, eso sí, pero de agredirnos no. Es una cuestión de respeto mutuo. Salva la vida de uno y serás de su familia, es su ley. Un consejo te voy a dar. No dejes que ninguno de estos te coma o estarás perdida.

—¿Y a qué se dedica el Tuerto?

—A la chatarra, a la venta ambulante, lo que pille. Se gana la vida como puede.

—¿Sabes algo de tu antiguo compañero?

Le di un trago a la cerveza y pinché unas patatas. Estaban algo zapateras pero se dejaban comer.

—Dejó el barrio y se trasladó a Asturias, no aguantaba los meses de

verano en Madrid.

—¿Hablas con él?

—Alguna vez nos llamamos. Mañana iremos a ver al padre de Valeria. Paguemos y vayámonos.

Le entregué un billete de dos mil pelas, le dije a aquella simpática gitana que se quedara con el cambio y salimos de la Blanca Paloma. Debido a la manga de agua que permanecía, no había mucho ambiente, quitando a los gitanos pequeños dar palmas sentados en un banco.

—¿Quieres que te deje en casa? —pregunté.

—No hace falta. Cojo un taxi.

—Está diluviando.

—Tengo paraguas.

—¿Me vienes a buscar mañana? —continué.

—Si, a las nueve.

—De acuerdo. ¿No me vas a dar un besito de buenas noches?

—Estate listo a las nueve. Sé puntual.

Se me resistía.

5

De un barrio de miseria y navajeros que roban el bolso de mercadillo a las pobres ancianas para conseguir un triste talego y pañuelos con mocos, pasamos a un barrio donde los bolsos eran de Gucci, las mil pelas eran diez mil y los pañuelos usados se convertían en tarjetas de crédito visa oro. Las casas ya no eran edificios de cuatro o cinco plantas ubicadas en calles mal olientes y en donde la mayoría de los vecinos han estado hacinados en un patio de la cárcel con otras cuatrocientas personas más, no, estos eran chalet rodeados por una valla, sus calles olían a limpio y sus vecinos eran actores, futbolistas o empresarios dentro de una urbanización llamada la Moraleja.

Acontecía el peor día de la semana, el maldito lunes. La lluvia había desaparecido y en cambio, había caído una helada en la noche que dejó las calles y las aceras como una pista de hielo. Monté en el seat Málaga de Virginia y agarramos una atascada y desesperante Emetreinta. El trayecto se hacía silencioso hasta que, pasada las viviendas que estaban haciendo las cuales parecían una plaza de toros, rompí ese silencio. Además de querer conocer a fondo su anatomía, también quería saber cosas de ella.

—Dime, ¿qué le lleva a una chica a meterse en el cuerpo?

—Justicia.

Su contestación me pilló desprevenido.

—Pues me temo cariño, que no encontrarás justicia en este mundo. Lo digo por experiencia. ¿Tienes familia?

—Sí, mis padres y mi hermana viven en Ciudad Real. Mi hermana Susana, está internada en un psiquiátrico con una fuerte depresión.

—Lo siento mucho.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas? ¿Por qué abandonaste la policía?

—¿No lo sabes? Pensé que el comisario te había hablado de mí.

—Solo me ha dicho que eras un buen policía hasta que te torciste.

Un escalofrió recorrió mi espalda y un nudo se aferró a mi garganta como una ladilla al vello púbico al recordar las sombras de mi pasado. Centré mi mirada en el asfalto a través de la ventanilla del coche.

—¿Andrés?

—Fui miembro de los Grupos Antiterroristas de Liberación.

—¿Esos eran los GAL? Policías que luchaban contra ETA.

—Sí, bajo el mandato de Felipe González. Y no luchábamos, los asesinábamos.

Virginia quedó con la boca abierta.

—¿Impactada?

—Un poco. ¿Y cómo es que formaste parte de ellos?

—Conocí a dos compañeros en un bar en el centro de Madrid, un sargento de los picoletos llamado Ramírez, y Velarde, un inspector de los nuestros. Tras varias copas me llevaron debajo de un puente en la Celsa, un poblado chabolista donde se vendía droga. Allí, entre matorrales, jeringuillas y colchones llenos de lágrimas, vendí mi alma al diablo. Me hicieron creer que íbamos a limpiar España de ETA. Me equivoqué, y al final me vi en medio de una orgía de sangre, coches bomba y disparos en la nuca. Dejé mi puesto en Madrid y me trasladé a Bilbao.

—¿Has matado a muchos etarras?

—Sí, y a personas inocentes. Al principio lo veía bien, ¿sabes? Matar a asesinos de compañeros, pero luego se volvió en mi contra, entrando en un círculo del que no se podía salir.

—Debió de ser duro para ti.

—Bastante, no hay noche que no escuche las voces de los muertos llamándome asesino, sombras que se postran en mi cama para señalarme con el dedo y llantos ahogados que retumban en mis tímpanos.

—¿Te arrepientes?

—Sí y no. A veces pienso que lo hice bien, no sabes cuántos compañeros hemos enterrado por culpa de los etarras, sobre todo compañeros de Ramírez. Otras veces pienso que fui más asesino que los mismos etarras. Por eso cuando el comisario me ofreció este caso, lo acepté. Ahora tengo una segunda oportunidad para hacer las cosas bien. Cuando cayó los GAL y procesaron a mi ex jefe Amedo y a su mano derecha, el inspector Domínguez, los de arriba nos arreglaron una pensión a cambio de nuestro silencio. Con eso pude sobrevivir.

—¿Y tus antiguos compañeros?

—Lo último que sé de ellos es que Ramírez regenta un club de carretera y Velarde, es escolta de un empresario de la noche.

—¿Y el presidente sabía de vuestras acciones?

—Claro. También estaban metidos Rafael Vera, secretario de estado para la seguridad y Barrionuevo, ministro del interior.

—¿Fuiste al psicólogo?

—No, no soy de esas clase de personas de contarle mi miseria a un desconocido, por mucho título que tenga colgado en el despacho.

—Antes, dijiste que también a personas inocentes.

—Verás, el poder se le subió tanto a la cabeza a mi ex jefe que un día, mandó a sus mercenarios, unos moros provenientes de África, a secuestrar a un supuesto simpatizante de ETA. Amedo quería conocer el paradero de un etarra. Resultó que le tipo no tenía que ver nada con la banda terrorista. Nos enteramos tarde, cuando ya le habíamos metido una bala en la cabeza en un campo al sur de Francia. Lo he intentado olvidar infinidad de veces pero lo remordimientos y la

culpabilidad es más fuerte que el olvido. Siempre estaré ligado a los GAL, aunque lo olvide, tengo esto que me hace recordad lo que fui.

Me remangué el brazo derecho y le enseñé un tatuaje con el emblema de los GAL.

—Esto me lo hice junto con Velarde, y Ramírez, después de nuestro primer encargo.

—¿Cuál fue vuestro mayor atentado?

—¿No conoces nuestra historia?

—No mucho.

—¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo?

—Cinco años. Me han ascendido hace un mes.

—Eres una cría —expresé con cariño—.El mayor atentado fue en el bar del hotel Monbar, en Bayona. Yo no estuve presente, pero me contaron que fue una masacre.

—¿Tenías mujer?

—Sí, Blanca.

—¿Qué pensaba ella?

—No duramos mucho tiempo, me dejó cuando se enteró de que en vez de ayudar a las personas, me las cargaba. Intenté volver con ella. No hubo suerte. Estuvimos varias semanas hablando. Fue imposible que, por más que la pedí perdón, me perdonara. Rehízo su vida y no la culpo, es más, me alegro por ella. Se merece algo mejor que yo.

—Tenías que haber dicho que no.

—Puede ser, pero dime, ¿quién hubieras preferido ser? ¿A quién matan, o el que mata?

—Hemos llegado —pronunció en un tono serio.

Eran las diez de la mañana cuando nos presentamos en la urbanización. El vigilante, un tipo alto, pelo largo y con barba nos paró en la barrera. Salió de la garita con una carpeta en la mano y preguntó adónde íbamos.

—Venimos a ver al ser Robles —dije.

Virginia enseñó la placa.

—Adelante.

Levantó la barrera y circulamos por las calles donde los dueños de los perros recogen sus mierdas con billetes de mil duros. Cinco minutos nos bastó para llegar al chalet rodeado por una valla. Era de piedra, con una piscina en la parte derecha, una barbacoa y figuritas repartidas por el césped que flanqueaba la entrada a la casa. No le iban nada mal las cosas al padre. Virginia llamó al timbre y una voz de mujer sudamericana se escuchó.

—¿Qué desean?

—Venimos a ver al señor Robles.

—El señor Robles no recibe visitas hoy. Venga otro día.

—De la policía sí recibe visitas —expresé.

—Esperen un segundo.

Alcé la vista al cielo, las nubes grises bloquearon el color azul del cielo.

—Dese prisa, parece que va a llover.

Tras decir esas palabras, unas gotas comenzaron a deslizarse por mi rostro. Al cabo de cinco minutos, abrió la puerta. Caminamos por un sendero de tierra con piedras en sus bordes hasta la puerta de la casa. La mujer nos cogió las chaquetas, nos hizo quitarnos la tierra de los zapatos en la alfombrilla que daba la bienvenida, y nos condujo hasta el salón.

Tomás Robles era un señor de sesenta años. De mediana estatura, brazos y piernas cortos, el pájaro poseía una pinta que se asemejaba a un monje franciscano. Lo poco que sabía de él era que tenía una inmobiliaria llamada «Robla», enfocada a los pisos de lujo con sucursales en todo el país y parte de Sudamérica. Aparte de la inmobiliaria, estaba metido en política con el partido de la gaviota.

—Ustedes deben ser los policías.

—Ahora soy una persona a la que no le gusta que le hagan esperar cinco minutos bajo la lluvia.

—Discúlpeme, estaba en mi despacho en la planta de arriba. ¿Les apetece un café?

—Pues mire, sí, a ver si entro en calor.

—Yo no quiero, gracias —dijo Virginia.

—Siéntense por favor.

—Tenemos la ropa algo mojada.

—No se preocupe. ¡Lucilda!

La sudamericana apareció a la llamada de su amo.

—¿Mandó llamar el señor? —indicó haciendo una reverencia.

—Sí, traiga una toalla para los agentes.

—En seguida.

Trajo la toalla y la extendió en el sofá que tenía pinta de ser de los caros. Mi culo nunca se había sentido tan cómodo. Seguro que no lo había comprado en la tienda de la esquina.

—Antes de nada, sentimos mucho lo de su hija —alegó Virginia.

—¿Cómo va la investigación? —me preguntó.

—Ella es la encargada, yo solo estoy de observador.

La asienta me dejó el café en la mesa. Estaba quemando y por poco lo derramo al suelo. No sé como lo tomarán en su país pero le podía haber echado un poco de leche fría. No creo que al señor Robles le hubiera supuesto mucho gasto.

—Inspectora Virginia Otero —dijo extendiendo la mano para que la estrechara, sin embargo, el padre se la quedó mirando.

—No te ofendas niña, pero mejor hablaré con tu compañero.

—¿Puedo saber el motivo?

—Porque una mujer no puede ser policía. Una mujer tiene que estar en la cocina y cuidando de su hombre.

No llevábamos ni un minuto en aquel salón decorado con objetos que no eran de mercadillo, y la cosa se puso tensa. Virginia supo salir airosa ante la situación. Bravo por ella. Si sigue por esa línea, llegará lejos en el cuerpo.

—Entonces —expresó poniéndose en pie— Aquí no hacemos nada. Que le vaya bien.

—Esperen, ¿se van a ir así sin más? ¿Usted no tiene nada que decir? —me volvió a preguntar.

—Sí, tiene una casa muy bonita, de revista.

—Digo de su compañera.

—Ya se lo dije. Si quiere saber de la investigación, hable con ella sino, puede quedarse llorando la muerte de su hija.

—¿Sabe qué con una llamada puedo hacer que les retiren las placas?

—Lo sé, y mandarían a otro que no sabría ni mear en la taza aunque se la sujetara con las dos manos. ¿Sabe por qué estoy aquí?

—No.

—Porque soy el mejor. Si quiere que continuemos hablando, será mejor que pidas disculpas a la inspectora. Y para su información, yo no llevo placa.

Cerré la boca al padre. Se pensaba que me iba a acojonar por él. El muy imbécil no sabía nada de mi vida.

—Bueno, me he calentado, lo siento.

—Conmigo no tiene que disculparse.

—Niña…

—Inspectora —matizó Virginia.

—Inspectora, acepte mis disculpas. No suelo tratar temas de esta índole con mujeres.

—Aceptadas.

—¿Usted no es policía? —cuestionó mirándome de arriba abajo.

—Lo fui en su día.

—¿Y qué pasó, si puedo preguntar?

—No, no puede.

Este tipo no tenía porque enterarse de nada de mi vida. No estaba para hacer amigos ni contarle mis miserias a nadie. Cuanto menos sepan las personas de mí, mejor. Si quiere cotillear la vida de las personas, que se ponga algún programa de famosos que se tiran la mierda unos a otros.

—Vamos a lo de su hija —continué.

—¿Cómo murió? El comisario no quiso decirme nada. Dijo que ya me lo dirían ustedes.

—La han ahogado en la bañera —expresó Virginia.

La cara del padre no se la veía muy afectada. Si una hija mía la hubieran asesinado, no descansaría hasta meter la pistola por el culo al asesino y vaciar el cargador.

Agachó la cabeza.

—No sé le ve muy afectado.

—La procesión va por dentro.

—¿Sabe si su hija tenía algún enemigo o si debía dinero a alguien? —pregunté.

—No, mi niña era muy querida por todos. Seguro que ha sido su ex marido. ¡Tiene que ir a por ese hijo de puta!

—Ya lo hicimos y está limpio, no tiene nada que ver en este asunto. ¿Su hija tenía algún historial de suicidio o ha visitado algún psiquiátrico?

—¡Nunca! ¿Cómo se atreve a decir que mi hija estaba loca? Jamás ha pasado por un loquero. Mi niña era una chica feliz.

—Entiendo. ¿Usted la quería?

—Pues claro, era mi hija.

—Una pregunta y no quiero que se ofenda o sí, me la suda. Quiero saber si tanto la quería, ¿cómo es que vivía en un barrio como Usera? Salta a la vista que el dinero le sale por los poros, y que un piso en un buen barrio, no creo que le supiera mucho gasto en su cuenta corriente. Si yo tuviera todo su dinero, no dejaría que mi hija pasara ni una noche entre drogatas, putas y navajeros. Lo que me hace suponer que algo pasó entre vosotros, ¿verdad?

—Hará un par de años que estábamos distanciados, sobre todo después de su divorcio con la mierda del mecánico. Su madre murió y yo, debido a mi trabajo estoy siempre ocupado.

—Eso está muy bien, pero ¿no le ofreció usted dinero?

—Por supuesto, pero no lo quiso coger. Una noche vino a casa, no estaba enfadada aunque la noté triste. Dijo que ya no quería depender más de mí y que quería buscarse la vida por ella misma.

—Todo eso después de separarse, supongo.

—Sí.

—¿Y no le preguntó a qué se debía ese cambio de actitud? —inquirió Virginia.

—Desde luego que se lo pregunté pero se mantuvo en silencio. Me devolvió las llaves de casa y se marchó.

Le pegué un buen trago al café. Ni me acordaba que lo tenía encima de la mesa. Se había quedado frío. Me daba igual mientras que la cafeína hiciera su efecto.

—¿Qué opinión tiene del marido?

—¡Bah! Un pobre hombre, ya ve, un mecánico. Solo le he visto unas cuantas veces y me caía mal. No sé que vio Valeria en un tipo

como ese. La dije mil veces que no se casara, pero ni caso. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había forma de sacárselo.

—Tengo entendido que lo que veía su hija, era su dinero.

—¿Dinero? Que va a tener ese dinero si es un mecánico de tres al cuarto.

—Según nos contó, el banco le quitó el taller por las deudas que acumulaba por darle a su hija una vida de lujo.

—Eso es lo que le habrá contado él. Yo le pasaba a mi hija dinero mientras estaban casados.

—¿Cómo era vuestra relación antes de ocurriera ese distanciamiento? —indagó Virginia.

—Siempre he tenido buena relación con mis hijas. Le he dado todo cuanto he tenido.

—¿Hace cuánto qué no hablaba con ella?

—Cuatro meses. La he llamado y no contestaba ni me devolvía las llamadas.

—¿Y cuando hablaba con ella, qué se decían? —inquirí.

—Que estaba bien, que no me preocupara y que estaba trabajando de camarera.

—¿Le dijo en qué lugar?

—No.

—¿Nunca pensó en ir a visitarla a casa? Cuatro meses en mucho tiempo sin ver a una hija que vive a cuánto, ¿veinte kilómetros? —cuestioné dando otro sorbo al café.

—No me dio su dirección.

—Venga, no me tome por estúpido, parece que usted tampoco la quería ver. Seguro que para un hombre de su talla, no creo que hubiera sido un impedimento conseguir su dirección.

—Mire, si quiere saber más, hable con Marta, su hermana. Ambas estaban muy unidas.

—¿Está al tanto de lo sucedido?

—Sabe que ha muerto pero no sabe cómo.

—Si nos da su dirección, se lo agradecemos.

La anotó en un papel que arrancó de una libreta y se lo entregó a Virginia.

—Gracias —contestó.

—Por ahora, esto es todo. Si habla con su hija, no la diga cómo murió. Ya le damos nosotros la noticia.

—¿Les puedo hacer una pregunta?

—Qué sea rápida y fácil —dije

—¿Cuándo podré enterrar a mi hija?

—Eso hable con el comisario, yo investigo muertes, no las entierro. Qué tenga buen día.

Nos marchamos dejando al padre con la espalda encorvada, la cabeza agachada y supongo que meditando en la muerte de su hija. Regresamos al coche. La lluvia hizo todo lo que tenía que hacer y desapareció, dejando un aire gélido y una corriente de agua en la acera que se perdía en la alcantarilla. Mi estómago pedía a gritos que lo llenara.

—¿Cómo lo ves? —pregunté.

—No parece afectado. ¿Piensas que oculta algo?

—Puede ser pero ¿el qué? No tengo ni idea. No hay que fiarse de nadie.

—¿No es mejor que le dé a su otra hija la noticia el mismo?

—No, es mejor nosotros.

—¿Y eso?

—Así vemos la primera reacción. Es importante ver la reacción de las personas, eso te dirá más que sus palabras. Vamos a casa de la hermana. Antes, comamos algo. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Te invito.

—¡Que caballeroso! —exclamó con ironía.

—Sube al coche, bombón.

—Te dije que no me llames bombón.

—Sube al coche.

6

Si el padre vivía en un chalet de lujo, la hermana no se quedaba atrás. Residía en un precioso ático en la Torre de Valencia, un rascacielos en la calle Méndez Pelayo que hacía esquina con la calle O'donnell desde el cual, se divisaban unas hermosas vistas al parque del Retiro. El portero nos dio acceso y subimos en el ascensor hasta la última planta. Caminamos por el descansillo, de pareces forradas en terciopelo rojo con las molduras de madera, un suelo de mármol y un ambiente que desprendía aquel descansillo a limón. Llegamos a la puerta y Virginia llamó varias veces al timbre. Un hombre de aspecto pijo, nos abrió.

—Lo siento, no queremos comprar nada.

Aquel pijo sin educación nos quiso cerrar la puerta. Virginia, siguiendo el consejo que le di, interceptó la puerta con el pie.

—¿Tengo pinta de vender algo? —cuestioné.

—No vendemos nada, somos policías —dijo Virginia.

—Disculpen, pasen. Les estábamos esperando.

Nos condujo por un pasillo ancho hasta el salón.

—Estamos confundidos por lo de Valeria.

—A eso venimos, a aclararlo —expresé. ¿Y tú eres?

—Soy David, el marido de Marta. Ella está en su habitación, voy a avisarla. Pueden sentarse.

David era de esas personas que solo sueltan mierda nada más abrir la boca. Un pijo egoísta y vanidoso de treinta años que vestía un traje, pelo moreno formando una media melena, ojos verdes y una mirada que llegaba a desconcertarte. Era el hijo de Antonio González, otro empresario y líder del partido de derechas.

Nos sentamos en el sofá tan cómodo como el que tenía Tomás Robles en el salón. No me senté en el de casa de Valeria pero no tenía pinta de ser tan cómodo, daba la impresión de que era uno de esos que te dejan el culo cuadrado.

Marta apareció encogida de hombros tras doblar la esquina del pasillo. Mediría alrededor de un metro sesenta. De pelo moreno y cuerpo regordete, ojos marrones y un lunar en la mejilla. Se sentó en un sofá de una plaza enfrente de nosotros. Su cara denotaba que había estado llorando largo y tendido. Su marido permaneció de pie detrás de ella. David sacó un chicle del bolsillo derecho del pantalón, le quitó el envoltorio y se lo llevó a la boca.

—Antes de nada, siento lo de su hermana —dijo Virginia.

—Gracias, ¿cómo murió? Mi padre no ha querido contarme nada. Solo que ustedes me pondrían al corriente.

—Alguien la drogó y se ahogó en la bañera. —alegué.

Marta comenzó a llorar

Su reacción me pilló por sorpresa. Dos de las personas que se supone que la querían, no derramaron ni una mísera lágrima, pero por fin alguien lloraba la muerta de la muchacha. El marido la daba palmaditas en el hombro pensando que así la iba a consolar. Seguido cambié mi fijación para observar al marido. Tenía la misma expresión del padre de Valeria cuando le dimos la noticia. No mostró ningún signo de pena, solo se limitaba a dar palmaditas a su mujer.

—Podemos venir otro día —expresó Virginia.

—No, siento ponerme así.

—No tiene que sentir nada, está en su derecho.

—¿Puedo ir al baño? —interrumpí.

—¿Crees qué es el momento? —inquirió el marido.

—Si quieres te echo la meada en ese ficus que tienes en la esquina.

—No, vaya, vaya. Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda.

—Siga sin mí, inspectora.

—No, le esperamos.

—Mejor, no me quiero perder nada.

No pude aguantar más. Al parecer, el par de botellines que había tomado con Virginia en la comida, no les debía de gustar mi organismo puesto que querían salir cuanto antes de este. Me fue imposible mandar sobre mi vejiga.

Menudo baño manejaba la parejita, se respiraba paz y amor. Las paredes eran laminadas en relieve con un tono grisáceo simulando la roca volcánica, el suelo calefactable con un tono blanco perla, una bañera de hidromasaje, lavabo en mármol negro y un váter que daba pena que se manchara.

Al terminar, no pude resistir la tentación de mirar el armario. Hallé lo normal, crema de mujer, maquilla de afeitar, espuma… Y distintos medicamentos entre ellos la joya de toda casa, pastillas para dormir. Sin embargo, no era la marca encontrada en casa de Valeria.

Me lavé las manos y salí del baño esperando haber expulsado ese par de botellines.

—Tenemos que hacerle unas preguntas, sé que es difícil pero cuanto antes acabemos, antes nos iremos. Así puede llorar a su hermana muerta. —expresé.

—¡Oiga! ¿Cómo se atreve? —exclamó el marido.

Metí un poco de caña con aquellas palabras pero solo fue para sacar las reacciones de su cuerpo.

—Tranquilo, cariño —mencionó su mujer—. Contestaré a todos las preguntas, pero no consentiré que le falte el respeto a mi hermana.

—¿Dónde estuvo el viernes de tres a cuatro de la mañana?

—Durmiendo con mi marido. Vimos una película y cuando acabó,

nos fuimos a la cama.

—¿Los dos juntos?

—Claro.

—¿Cómo era la relación con su hermana? —preguntó Virginia.

—Lo normal entre hermanos, a veces peleábamos pero nos queríamos mucho. No lo contábamos todo.

—¿Alguna vez la habló de si estaba en tratamiento psiquiátrico? —continuó Virginia.

—No que yo sepa, mi hermana no estaba loca.

—¿Cómo era la relación de Valeria con vuestro padre?

—Fenomenal.

—¿Y no le parece extraño que ella viviera en un cuchitril en Usera y usted en este precioso ático? —indagué.

—Eso a usted no le importa —alegó el pijo.

—Estoy hablando con su mujer, usted no se meta —expresé manteniendo mi mirada en la suya.

—Me meto si me da la gana. Está usted en mi casa.

El pijo estaba pidiendo a gritos una tarjeta roja, una buena amonestación de mano. Por el bien de la investigación, no lo hice.

—Valeria no quería depender de mi padre.

—¿Cómo era tu hermana? —indagó Virginia.

—Una chica normal, alegre, divertida. Aunque llevaba un tiempo que estaba algo distraída.

—¿A qué te refieres? —cuestioné.

—No hablaba mucho. Se pasaba el tiempo en su casa sin salir y sin ver a nadie. Ya no salía con nosotros. Parecía deprimida por algo.

—¿Sabes el motivo?

—No, nunca me lo dijo. Cada vez que se lo preguntaba me respondía que estaba bien, que no me preocupara.

—¿Cuánto tiempo llevaba así?

—Diría que… como unos dos años.

—¿Sabe sí tenía trabajo?

—No, estaba en el paro.

—Vuestro padre me dijo que trabajaba de camarera.

Quedó sorprendida.

—Ah, eso no lo sabía.

—¿No lo sabía? Entonces no se contaban todo. ¿Usted nunca la preguntó cómo pagaba el piso? ¿O de qué vivía? —seguí cuestionando.

—Desde luego, a mí me dijo que vivía de sus ahorros.

—¿Qué ahorros?

—No sé, los suyos supongo, a mí es lo que me dijo. ¿Va a investigar su muerte o va a sacar los trapos sucios de mi hermana?

—Para investigar su muerte, tengo que sacar esos trapos sucios, es

duro, pero tenemos que hacerlo. Usted a qué se dedica, por curiosidad.

—Soy restauradora de arte.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?

—Tres meses, vino a casa a comer.

—¿Y por teléfono?

—Un mes.

—¿Podría darme las direcciones de vuestros amigos?

—No hay problema, se lo apuntaré.

Se levantó del sillón y fue hasta un precioso mueble donde reposaba un florero. Abrió el cajón derecho, sacó una libreta, un bolígrafo, arrancó una hoja y apuntó un nombre.

—Tenga.

—Gracias. ¿Solo un nombre?

—Mi hermana no tenía muchas amigas.

—Está bien. También queremos hablar contigo.

—¿Conmigo? —inquirió el pijo.

—Sí, contigo. ¿Algún problema?

—No, ninguno. Si puedo ayudar será un placer. Pero hoy no. Le veré mañana en mi despacho. Ahora quiero quedarme con mi mujer. Marta, apunta la dirección.

Le volví a dar la hoja que me había dado. Anotó la dirección y me la entregó.

—Gracias por atendernos.

En la calle, observé mi reloj. Era algo tarde así que Virginia decidió dejar las cosas como estaban e ir al día siguiente más frescos al despacho del marido. No la invité a tomar nada. Nos montamos en el coche y me dejó en casa.

7

Como la lluvia había dado tregua y en casa solo me esperaba esa ramera llamada soledad, me fui a ver que se cocía por las calles de una capital ruidosa. A veces me gusta perderme, sobre todo al caer el sol y encenderse las farolas para deambular como un explorador sin un rumbo fijo. No soy alcohólico pero si me gusta beber mis cervezas y algún que otro pelotazo, ¿y a quién no en esta maldita ciudad? Das una patada a una piedra y salen bares de debajo. En este país los negocios se cierran los bares. Antes si era asiduo a darle al alpiste, sobre todo cuando abandoné la policía. No lo hacía para mitigar la soledad, lo hacía para acallar las voces de mi cabeza. Solía frecuentar «el Penta», un bar situado en la calle Palma con la Corredera de San Pablo, en el céntrico barrio de Malasaña y en plena movida madrileña.

Tomaba copas y fumaba un poco de *chocolate* mientras escuchaba a Nacha Pop cantar La chica de ayer, dejando que el sonido de la voz y la guitarra de Antonio Vega me hicieran mover el esqueleto para terminar tirándome alguna roquera en el baño.

Me gusta sentarme en la plaza de la Luna, observando con un bote de cerveza en la mano y un cigarro en la otra a las chicas de la calle ofrecer su apretada figura a todo aquel que se cruzara en su camino. Lo mismo ocurría con los chaperos musculosos, esperando que algún señor pidiera de sus servicios contra los cubos de basura en alguna esquina o en algún callejón de mala muerte. Aunque odie la Navidad, sí me gusta contemplar sus calles iluminadas. La que más fascinación me hace es la Gran Vía con esas luces colgadas entre edificios, con esas miles de bombillas formando estrellas o lazos de colores, aunque no se puede comparar a las que pone el Corte Inglés en sus grandes almacenes. Madrid iluminado da vida a una ciudad que nunca duerme y en donde la heroína, prostitución y el crimen corren por las calles de la capital como aguas contaminadas que surcan las cloacas.

Caminé desde mi casa hasta el barrio de la Latina con el aire sinuoso y cortante de las diez de la noche y bajo una luna que no dejaba de de vigilar mis pasos, ¡déjame jodida luna! Solo quiero tener una noche para beber y no pensar. Hice el mismo recorrido que suelo hacer; subir mi calle hasta la avenida Ronda de Toledo donde los domingos ponen el rastro, girar a la derecha en puerta de Toledo para a continuación, continuar por la Gran Vía de San Francisco, dejar atrás la basílica de San Francisco el Grande y girar a la derecha para agarrar la calle Carrera de San francisco. Aunque fuera lunes, el ambiente a fiesta se notaba en las calles. Mis piernas fatigas y mis pies entumecidos por la frescura se pararon en la Cava Baja, en un

pequeño bar cerca del restaurante Esteban. Entré para observar el local. No era gran cosa, como una de tantas tabernas que tiene la capital pero para cenar algo, me valía. Esa noche había partido de fútbol, el Madrid y el Barcelona competían en un partido que había sido aplazado. Las personas que se hallaban en el local, tomando sus bebidas y disfrutando de la gastronomía de este país, se encontraban eufóricos esperando a que el árbitro diera por iniciado el partido. A pesar de que no me gusta el deporte rey, me quedé por el ambiente. Me arrinconé en una esquina como un gato asustado, alejado del televisor. Le pedí al camarero una jarra fría de cerveza y un bocadillo de tortilla de patatas para saciar el hambre me consumía y allí, entre gritos, sudor y la neblina creada por el humo del tabaco, disfruté del bocadillo mientras escuchaba el encuentro. El partido terminó con el equipo blanco alzándose ganador. Tragué tres o cuatro jarras y un chupito de tequila que el camarero me había invitado. Salí dando bandazos, apoyándome en las paredes y en las farolas para no caer de cara contra el asfalto y dejarme los dientes en la acera de la Cava Baja. En una de esas paredes llena de autógrafos de los pandilleros, eché una meada junto a unos chavales que hacían lo mismo. Entre lo que tardé en lanzar toda esa cerveza, entablamos la típica conversación de gente que va con algún trago de más.

Al acabar, dejé atrás a mis nuevos amigos y encendí un cigarro a las doce y media de una noche movida.

Podía haber cogido un taxi para ir hasta casa pero me dije que era mejor volver caminando y que el frío despejara mi cuerpo y mi mente. Deshice el camino por el que había ido. Me alegraba la vista contemplando a todas esas chicas con sus vestidos cortos subirse al taxi para poner rumbo a la discoteca en la que hacer su baile y excitar al macho. Sin embargo, mi vista entretenida cambió al cruzarme con un grupo de ultras. Iban cantando, gritando y algunos de ellos lanzaban sus locas piernas a los cubos de basura, dándole un fuerte golpe y haciendo que rodaran calle abajo. Seguí caminando tranquilo. Uno de ellos que se había quedado el último, cruzó la mirada conmigo, éramos como dos tigres esperando que uno se lanzara a por el otro. Ya no soy de peleas pero si al chaval se le hubiese ocurrido declararme la guerra, la iba a tener. Tampoco voy a dejar que me pisoteen. Sin embargo, si me hubiera enfrentado a ellos sería una guerra perdida, lo más seguro es que acabara en una cama del hospital absorbiendo la comida por un tubo. El chico bajó la vista y se adelantó para estar con su grupo. A quienes sí miraron eran a un grupo de chavales que se encontraban a fuera de un bar. No hacían nada, solo hablaban de sus cosas. Los cánticos del grupo de ultras cambiaron a gritos e insultos.

Me di la vuelta para ver que ocurría y vi a los ultras correr en

dirección a aquel grupo de chicos. El motivo que les hizo ir como perros rabiosos era que llevaban la camiseta del equipo contrario. Fue nefasto estar cerca de aquella escena. La felicidad que llevaba por las jarras de cerveza se cortó al instante. Los ultras comenzaron a dar a una paliza al grupo de chicos, les daban puñetazos, cabezazos y patadas por llevar la camiseta del Barcelona.

Ya en casa y algo menos mareado, abrí una cerveza para tomar la última, encendí un cigarro, lo dejé apoyado en el cenicero y me quité la ropa. Me acabé el cigarro y la cerveza con los brazos apoyados en la barandilla de la terraza. Aunque el frío continuaba aumentando cada minuto, no me importó. Había sido un día ajetreado, no recordaba el tiempo que hacía que no tenía un día como ese, nadie más que mi persona es la culpable de mi vida anterior.

8

Virginia me despertó llamando al telefonillo a las ocho en punto. Pasé una noche espantosa. La mitad me la pasé en el baño vomitando y con la cara pegada a la taza del váter. Me levanté algo resacoso, con la boca pastosa y sin ganas de hacer nada.

Una hora más tarde, después de tomar varias tazas de café nos pusimos en camino para hablar con el marido de Marta. El despacho se ubicaba en el número 49 de la calle Capitán Haya, en el barrio de Salamanca. Subimos hasta la quinta planta. Su secretaria, una mujer de unos cuarenta y pico años nos detuvo.

—Venimos a ver a David —expresó Virginia.

Mi persona no estaba para articular palabra, en ese instante solo quería descansar los párpados. Era mejor guardar saliva para hablar con el pijo. Ya estoy mayor para las salidas nocturnas.

—¿Tienen ustedes cita?

—Nos dijo que viniéramos a verle —continuó Virginia.

—Sin cita no va a poder ser.

—Somos policías —expresó mostrando la placa.

—Un momento.

La secretaria pulsó el interfono que tenía a mano izquierda, encima de una mesa ordenada e impoluta. La voz de aquel pijo mencionó que podíamos pasar. El despacho parecía más el salón de una casa de lujo. Tenía una mesa de mármol delante de un ventanal con vistas al Paseo de la Castellana, un cuadro de Picasso adornaba una de las paredes grisáceas y figuras de todo tipo repartidas por cada rincón. Hallamos al pijo sentado en la silla de su mesa y haciendo como que trabajaba pero en verdad tenía una revista de tías en pelotas debajo de todos sus papeles. Al vernos se levantó.

—Buenos días agentes.

—Buenos días —dijo Virginia.

Ni saludé, todavía seguía con algo de resaca y toqueteando sus adornos.

—Será mejor qué no toque eso, es muy valioso. ¿No le enseñaron a no tocar las cosas ajenas?

—¿Esto valioso?

Eran dos caras unidas.

—Sí. Son las caras de Rama y Sita, fabricadas en bronce. Las compré en la India. Su precio es como tres sueldos de usted.

—¿Esta mierda? Pues no parece tan cara, en el rastro tienes todas las que quieras por menos de cinco talegos.

La coloqué en su sitio no fuera que el pijo se alterara y mi horno no

estaba para bollos.

—Bueno, háblanos de Valeria —proseguí.

—Qué quiere saber.

—¿Cómo la veías tú?

—Ahora que mi mujer no nos escucha, Valeria era una cabra loca. Le gustaba mucho la fiesta, meterse, ya sabe.

—¿Siempre ha sido así?—cuestionó Virginia.

—Sí, pero desde hace dos años, ha ido a más.

—Su mujer nos dijo que llevaba esos dos años que parecía deprimida, ¿sabes por qué pudo ser?

—Si mi mujer no lo sabe, no lo voy a saber yo que soy el cuñado.

—¿Cómo era su relación con ella?

—Pues como le he dicho, de cuñados.

—¿Puedes concretar más? —inquirí.

El pijo sacó un chicle del bolsillo, le quitó el envoltorio y se lo llevó a la boca. Era la segunda vez que le veía mascar esa goma.

—Es la segunda vez que le veo comer chicle. ¿Es aficionado?

—Son chicles con azúcar, la tengo baja por eso los mastico.

—¿Qué relación tenías con el marido de Valeria?

—Poca. No le he visto mucho, Valeria no le traía demasiado.

—¿Cómo una chica pudo acabar casada con él?

—No lo sé, ¿amor? Dinero podría ser, porque según contaba Valeria, no le iban mal las cosas con el taller. Lo que sí sé, es que él estaba enganchado a ella. Su relación era como el veneno.

—¿Dinero? Pero si su padre está forrado. ¿Por qué buscar dinero en otro lado?

—No tengo ni idea.

El pijo se quedó en silencio, solo mascando el chicle.

—¿Le importa si fumo?

—No, adelante.

Saqué un cigarro del paquete y lo encendí. Seguido, le ofrecí uno al pijo.

—¿Le apetece uno?

—No, gracias, no fumo.

—¿Dirías que Valeria era una drogadicta? —preguntó Virginia.

—No, eso no. Que la gustaba meterse, sí, pero de ahí a ser un drogata… es pasarse.

—¿Su mujer sabe esto?

—Claro que lo sabe.

—Es un detalle que no mencionó —expresé.

—Póngase en su lugar. Su hermana está muerta, no creo que sea plato de buen gusto decir que le gustaba la cocaína y acostarse con cualquier hombre. Valeria no sabía estar sola.

—¿Usted estuvo con ella? —cuestioné.

—No, yo estoy enamorado de mi mujer.

—Sabe una cosa, no le creo. ¿Me vas a decir que Valeria, siendo tan guapa como era y vamos a decir algo… ligera, tú no te la follaste?

Volvió a mantenerse callado y comenzó a mascar el chicle con más intensidad. No hizo falta que respondiera, con seguridad el pijo se había beneficiado a la chica.

—Estoy esperando una respuesta.

—De eso ya hace mucho.

—¿Su mujer lo sabe?

—No, y espero que esto quede entre nosotros.

—Intentaré que no se me escape. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Lo que dijo mi mujer, la vez que vino a casa a comer.

—Eso es todo, gracias por su ayuda.

A pesar de que quedaban por interrogar a la amiga de las hermanas, mi mente comenzó a pensar, ¿y si la muerte de Valeria había sido un suicidio? Puede que se le fuera de las manos la situación o quizás todo fue montaje orquestado por ella, ella misma se pincho la morfina y seguido escribió la nota de suicidio. Puede que ella misma se metería el condón en la vagina y colocara la mesita con el vino y las pastillas pero ¿por qué? No tenía ningún sentido que hiciera semejante paripé para quitarse la vida, lo podía llegar a entender si hubiera intentado incriminar a alguien. Quizás tanta fiesta la hizo volverse loca.

Algo se nos estaba escapando así que decidí cambiar el rumbo de la investigación para centrarnos no en su muerte, sino en qué la ocurrió en esos dos años.

9

Esa misma tarde de martes, nos pusimos a investigar a la amiga. Se trataba de una chica llamada Laura Agenjo. Vivía en Vallecas, en la avenida del Payaso Fofó, cerca del estadio del Rayo Vallecano. Hicimos lo habitual, dejar el coche subido a una acera y llamar a su telefonillo.

No obtuvimos contestación. Miré mi reloj y las agujas estaban a punto de dar las cinco de la tarde. Íbamos a regresar al coche cuando el portal se abrió, dejando ver a una chica que vestía unas mayas que le hacían un culo de infarto y en su mando derecha llevaba la correa con el perro. Tuvo que ver como llamábamos a su piso a través de la cristalera tintada del portal.

—Hola, a qué piso van.

—Buscamos a Laura Agenjo.

—Soy yo.

—Soy la inspectora Otero. Este es Andrés Hurtado.

—Vienen por lo de Valeria.

—Sí, veo que está al corriente —expresé—. ¿Podemos hablar?

—Voy a sacar al perro, si me quieren acompañar al parque.

—No tenemos inconveniente —alegó Virginia.

Mi cara expresó una mueca de desgano. Con el frío que continuaba haciendo y ni si quiera el doble calcetín me mantenía caliente, tuvimos que ir a sacar al perrito. No es que tenga nada en contra de los animales, es más, he aprendido que son mejores que la mayoría de las personas que, cuando les das la espalda, te clavan un puñal pero joder, no me apetecía ir a un parque hacer los interrogatorios en pleno mes de diciembre. No me hubiera importado que fuera en su casa o en un bar con un café en la mano. Mejor hubiera sido en su cama.

El parque se encontraba al otro lado de la calle, cerca del estadio. Anduvimos unos setecientos metros entre árboles, arbusto y arena hasta una zona con una fuente con la escultura de una mano gigante y unos bancos alrededor. Nos sentamos en el que estaba más cerca de la fuente y la muchacha soltó al perro para que fuera a oler el culo a sus semejantes.

—Ya me han contado lo de Valeria, su hermana me llamó —dijo Laura—. ¿Sabe quién pudo hacerlo?

—No, todavía no sabemos nada —contestó Virginia. ¿Cómo os conocisteis?

—De pequeñas. Nuestros padres veraneaban en Gandía.

—¿A qué se dedican tus padres? —pregunté.

—Mi padre tiene una pequeña empresa de electrodomésticos. Mi

madre es ama de casa.

—¿Cómo era vuestra relación?

—Con Marta buena, con Valeria… Al principio nuestra relación fue difícil.

—¿Y eso a qué se debe —cuestionó Virginia.

—Era la típica persona que te miraba por encima del hombro. Su familia tiene más dinero que la mía, ella se metía conmigo por eso. Si le soy sincera, yo era más amiga de Marta que de ella.

—Y eso a ti te afectaba, que te dijera que tu familia era pobre —continué.

—Pues sí, tenía unos comentarios que herían.

—¿Dónde estabas el viernes por la noche?

—En casa con mi pareja. Si piensa que tuve algo que ver, se equivoca. Le seré sincera, no es que me dé igual pero tampoco es que me afecte. Yo tengo algo que ella no podía comprar por mucho dinero que tuviera.

—¿Y eso es?

—Felicidad. Tengo un trabajo estable, un novio que me ama y que estamos buscando un hijo. Hace tiempo que me dio igual lo que hiciera con su vida. No tengo ningún motivo para matarla.

—¿Tú trabajas?

—Trabajo y estudio. Por las mañanas cuido niños y por las tardes voy a la facultad. Estoy terminando medicina.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace tres meses, quedamos para comer todos en casa de Marta.

—¿Notaste algo raro en ella?

—Más reservada, algo tímida, pero le repito que me da igual como estuviera. No hablé mucho con ella, solo nos saludamos y poco más.

—Cómo era Valeria antes de volverse reservada.

—Una pija a la que la encantaba ir de diva, de las que no salen a la calle sin ir maquillada. No pensaba nada más que en ella y en el dinero, en ir a restaurantes de lujo, ropa cara, viajes, joyas…

—El día que la viste, ¿iba maquillada?

—No, y lo recuerdo perfectamente, creo que era una de las pocas veces que la he visto sin maquillaje.

La garganta estaba pidiendo a gritos ser lubricada. Al no tener nada a mano para hidratarla observé en derredor en busca de alguna fuente para beber, ninguna a la vista. Opté por secarla más y encender un cigarrillo.

—Disculpe, ¿le importaría no fumar? No me gusta el tabaco y además es dañino.

A estas alturas de la película.

—Más dañino es levantarse a la cinco de la mañana para ir a currar. ¿Cómo era la relación entre las hermanas? Supongo que si eras

más amiga de Marta, te habrá contado.

—Su relación no era tan buena si le han contado eso. Marta siempre ha tenido envidia de ella. Valeria era la guapa, la popular. En cambio a Marta, siempre la han tratado de patito feo.

—Pero ahora Marta es una triunfadora y tiene un buen marido.

—Sí, un buen marido…, que no le mientan. ¿Sabes qué estaban juntos?

—Que estuvieron, querrás decir.

—No, no, que estaban.

Sabía que el pijo nos ocultaba algo. Mi olfato de perro viejo lo intuía.

—Eso no nos lo dijo cuando fuimos a verle. ¿Cómo sabes eso?

—Porque Marta siempre me llamaba cuando ellos se veían.

—Entonces su mujer sabía que tenían un lío —alegó Virginia.

—No es tonta, lo supo desde el principio.

—Hace cuánto de esa la última llamada.

—Un mes.

—¿Sabe sí la noche del viernes estuvieron juntos?

—No tengo ni idea.

—¿Y ella no lo dejó?

—Al principio le dije que lo dejara pero ella no hizo caso, según decía, estaba muy enamorada. Esta última llamada ya me aburría su historia, siempre era lo mismo. Por eso está enganchada a los calmantes y las pastillas para dormir.

—¿Desde cuándo estaban liados? —pregunté.

—David y Marta llevan casados cinco años… Pues unos cuatro.

—Quiero saber, cómo fue aquella comida.

—Normal, nos pusimos al día y poco más.

—Me refiero entre ellos. ¿Notaste complicidad?

—No sé qué decirle, le vuelvo a insistir que me aburría su historia.

—Alguna mirada…, alguna sonrisa…

—Supongo, no sé, no me fijé en eso.

—De acuerdo. ¿Sabes sí Valeria tenía trabajo?

—Sé que hace varios años hizo trabajos como modelo. Le vuelvo a decir, que me importaba una mierda lo que hiciera con su vida.

—¿Podías decirme dónde?

—En una agencia de Madrid, pero no recuerdo como se llamaba.

—Con esto tenemos suficiente, gracias.

Laura se fue a buscar al perro puesto que la estaba liando y ladrando a todo el viandante o corredor que pasara a su lado. A las seis y media nos dirigimos a comisaría. Virginia quería informar al comisario, esto era lo que más me jodía, tener que ir a informar al jefe porque él no es capaz de mover el culo de la silla. En mis tiempos de poli, informábamos desde el teléfono de algún bar, con un cigarro en

la mano y un botellín en la otra. Qué tiempos aquellos.

En la comisaría, al final pasó lo que no quería que pasara. Tuve un encontronazo con un inspector. Me quedé solo para que Virginia fuera ella la que informara al calienta sillas. Estaba descansando la espalda en una pared y sumergido en mis cosas, y se me acercó un estúpido de veinte años, con traje, gomina y colonia barata que había llegado a inspector por tener titulación universitaria, de esos polis con muchos títulos pero con poca calle, que es lo que se necesita para ser un policía de verdad. Su actitud era chulesca como si el lugar fuera suyo, con unos andares de palomo cojo y mostrando los dientes. El tipo buscaba guerra.

—Este lugar es para policías.

El comisario me había dado una oportunidad y Virginia confiaba en mí, por eso no entré al juego.

—¿Qué pasa, no me has oído? Digo que este lugar es solo para quienes llevamos placa, no para traidores como tú.

—No quiero problemas, ¿por qué no coges tu pelo engominado, tus aires de palomo cojo y te vas a tomar por culo?

—¿Por qué no me echas tú? Qué pasa, ¿qué andas con esa inspectora y te ha salido una vagina como a ella? Y yo que pensaba que los GAL tenían cojones y resulta que todos sois una pandilla de mierdas.

—No te pases…

—¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a meter en una fosa? ¿O me vas a disparar por la espalda? Eso es lo que os gusta, por la espalda. Sois iguales a los etarras. Vosotros habéis manchado el nombre de este cuerpo.

¿Por qué no se quedó callado? ¿Por qué la gente me viene a tocar los huevos cuando no me estoy metiendo con nadie? Hubiera sido mejor para él estar calladito y en su mesa. Lo peor de todo es que sacó el tema de los GAL.

—No vas a decir nada…

No tuve que haberlo hecho pero aquel engominado estuvo buscándome. Solo le pegué un tortazo en la cara, haciéndole caer contra una mesa. Giré la cabeza a la derecha y la expresión en el rostro de Virginia y el comisario no reflejaba felicidad. Los compañeros ayudaron a levantarse al engominado. Los pasos de ambos se acercaron más a mí.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó el comisario.

—Aquí, el miembro de los GAL, se ha creído que de la ETA y me ha golpeado.

—¿Eso es cierto?

Hubiera sido una estupidez engañarle, toda la planta contempló lo ocurrido.

—Lo es.

—Sí, si lo hemos visto todo —replicó el comisario. —¿Podemos hablar un segundo? —preguntó con muy mala cara.

Sabía lo que me iba a decir. No recordaba la bronca del comisario y a decir verdad, me gustó, me volvía a sentir que era parte del equipo. Echaba de menos esos gritos y esa vena corriendo por su cuello. Me dio la charla en el vestuario, entre taquillas, olor a sudor y agentes que entraban y salían.

—Joder, Andrés, te saco de la mierda de vida y así es como me lo pagas, pegando a un compañero.

—Ese no es mi compañero.

—Ahora trabajas con nosotros, todos somos compañeros. Deberías mostrar más respeto.

—El no ha respetado y me estuvo buscando desde que entré. Créame comisario que he aguantando mucho.

—Vamos a dejarlo como está. Hablaré con el inspector.

—Algo más, comisario.

—Otero me ha contado los avances del caso, dime tú como lo ves.

—Algo la ocurrió hace dos años y alguien lo ha querido tapar. Cuando sepamos que la ocurrió, encontraremos al culpable.

—Ya tenemos los resultados del trozo que encontrasteis. Pertenece a un envoltorio de un caramelo o un chicle. Enrique ha encontrado media huella dactilar, no está fichado.

Ese envoltorio me decía que le pijo tenía algo que ver sin embargo, tenía coartada, su mujer nos dijo que pasó toda la noche con ella. Según la versión del pijo, hacía tiempo que no la veía y si comparábamos esa huella encontrada por Enrique, con una del pijo, nos revelaría que nos engañó en nuestra cara. No obstante, no era una prueba concluyente, su huella nos diría que estuvo en casa de Valeria, pero no que la matara.

—Interesante. Me marcho.

Regresé con Virginia. Parecía nerviosa, preocupada.

—¿Te ha echado mucha bronca?

—Nada que no pueda aguantar. ¿Qué hora tenemos?

—Van a dar las siete y media.

—Quiero ir a ver al marido de Marta, he tenido una idea, ¿te quieres venir?

—Claro, no pensarás que vas a ir sin mí. ¿Cuál es esa idea?

—Te la cuento por el camino.

A ciegas, fuimos a verle a su lugar de trabajo. No sabíamos si le encontraríamos aún trabajando o se había largado a casa. Esperamos con paciencia dentro del coche, me vino a la memoria la última vez que hice una vigilancia con Velarde a un piso franco de la ETA en Basauri, Vizcaya.

Tuvimos suerte, a las ocho en punto aquel pijo salió del portal. Quedó parado un segundo. Se acomodó bien el abrigo y caminó hasta meterse en un bar a doscientos metros de su despacho.

—¿Ahora qué? —preguntó Virginia.

—Ahora a tomar algo, estoy seco.

Entramos al bar. El pijo se ubicaba con el cuerpo ladeado y apoyado en la barra charlando con el camarero. Nos pusimos a su lado.

—Dos cervezas —dije.

El pijo se volvió. No le gustó nada nuestra presencia.

—¿Ustedes otra vez? Voy a tener que denunciarle por acoso.

—Tranquilo, solo venimos a tomar unas cervezas —expresé

—No hay bares en todo Madrid que vienen justo a este.

—Casualidad, el mundo es un pañuelo.

—No tengo nada más que decir. Si me permiten, me voy a casa con mi mujer, es a la única a quien me follo. Luisito, cóbrame.

—Hablando de follar, no tengo entendido eso. Sé que todavía te tirabas a tu cuñada.

—Eso es mentira.

—No, y tú lo sabes.

—¿Quién te ha contado eso? —inquirió en un tono jocoso.

—Un pajarito.

—Hable con mi abogado, no diré nada más.

Hizo ademán de irse.

—¿No me va a dejar invitarle a un botijo? —inquirí.

—Qué le jodan, no diré nada, hable con mi abogado.

Del bolsillo interior del abrigo sacó una tarjeta y me la tiró al pecho para seguido, salir por la puerta dejándome con los dientes apretados y el puño cerrado. El camarero fue a coger el casco del botellín que estaba en la zona del pijo, pero mi voz le frenó en seco.

—¡Espera!, ¿eso lo ha tomado él?

—Sí, ¿por qué?

—Me lo llevo.

El camarero quedo atónito, debió de pensar que para qué cojones quería el casco.

—Es que los colecciono —le dije—. ¿No tendrá una bolsa?

—Tengo la del pan, si le vale.

—Me vale, démela.

Agarré una servilleta y cogí el casco por el cuello para a continuación, meterlo en la bolsa que me dio el camarero.

Ya tenía lo que necesitábamos. Terminado con el pijo, mandé a la inspectora de vuelta a comisaría a dejar el casco. No la acompañé debido a que tenía unos asuntos que requerían toda mi máxima atención. Acabé el cigarrillo que había encendió con anterioridad y

levanté la mano para coger un taxi. Su conductor era un amable señor de sesenta años, con gafas graduadas y una boina que le dejaba al descubierto cuatro pelos a ambos lados.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, ¿adónde quiere ir?

—Al hipódromo.

Hacía buena noche y aunque el frescor seguía endulzando las calles, se podía aguantar. Giró a la derecha en sor Ángela de la cruz para ir hasta la plaza de Cuzco, dio la rotonda y agarró el Paseo de la Castellana. Después enganchó la A6 por donde circulamos unos ocho kilómetros.

El hipódromo se encontraba a pleno rendimiento. Se disputaba el gran premio de Navidad, una carrera para potros enteros de tres años sobre un recorrido de dos mil quinientos metros para que ricos y pobres nos dejáramos los billetes al caballo que tuvieras favorito. Llevaba un tiempo siguiendo la pista a un caballo. Se llamaba Roncero, era rápido, astuto y no se dejaba intimidar.

Las apuestas estaban altas. Mi intención era apostar unos treinta mil duros que saqué del cajero. Era una buena apuesta que si ganaba, me llevaría el doble, si perdía tendría que volver a comer y a cenar los palitos de merluza congelados. Hice la apuesta en la taquilla y antes de subir a la grada sur, paré en el restaurante. Le pedí al camarero, un tipo que vestía de punta en blanco, un whisky. Con la copa en la mano y un cigarro en el labio, subí a la grada. Me senté en un hueco, al lado de un delgaducho que olía a cloaca. Pegué un trago y me dispuse a animar a mi apuesta.

El árbitro dio el pistoletazo de salida. El primer potro que pegó la arrancada fue Poderoso, otro de los favoritos. Le seguía de cerca Macario, Dorado y Bandolero. Mi apuesta salió en quinto lugar. Su arrancada no fue de las mejores pero consiguió adelantar a Macario en la primera curva. Le animé con todas mis fuerzas. Aquel sitio era uno de los muchos donde podía descargar mis frustraciones y olvidarme de ese mundo que me daba la espalda. En esa media hora de mi estancia solo estábamos mi apuesta y mi voz animándole a que ganara. La carrera se mantenía igualada entre Poderoso, dorado Bandolero y mi apuesta.

¡Vamos Roncero, tú puedes!

A cien metros de la línea de meta, Roncero y Poderoso corrían a la par, estaban igualados. ¿Lo lograría o me iría a casa con los bolsillos vacíos? ¿Todo un jodido año esperando a este evento para volverme sin nada? Sin embargo, antes de la línea de meta, mi apuesta sacó una fuerza interior haciendo que metiera el hocico y llevarse la carrera.

Ganar es como correrse en el pecho de alguna fulana y más si te llevas un dinero al bolsillo. Con la felicidad en mi malogrado rostro,

regresé a la taquilla a reclamar lo que me pertenecía. Le entregué el tique y la taquillera me soltó trescientas mil jodidas pesetas. La Navidad había llegado antes para mí.

Mi alegría no duró mucho. Al salir del hipódromo, caminando hasta la parada de taxis, alguien gritó mi nombre. Me di la vuelta y ahí estaba él, mi corredor de apuestas al que le debía pasta.

Tenía a sus dos matones a cada lado. Hay que joderse, siempre me pasa lo mismo, parece que hay una mano negra que no quiere que tenga felicidad ni dinero en el bolsillo.

—Vaya, vaya, ¡mira a quién tenemos aquí! Hacía tiempo que no te veía —declaró.

—He estado ocupado, Toni.

—Mis chicos han ido un par de veces a tu casa a buscarte y nunca te han encontrado.

—Ya te he dicho que he estado ocupado.

—Tranquilo, todos tenemos cosas que hacer. ¿Tienes mi pasta?

—No, pero la tendré. Si me das unos días más, tendrás tu pasta.

—Todos decís lo mismo, siempre llorando, que si no tengo el dinero, que si ya te pagaré… Pensáis que vivimos del aire y encima tengo a mi mujer dando por saco con que este año le haga un bonito regalo de Navidad, quiere que la lleve de crucero por las islas griegas.

—Tiene que ser un lugar bonito.

—Lo que me jode, querido Andrés, es que me digan que no tienen dinero cuando sus bolsillos están llenos. Te hemos visto en la taquilla recoger el dinero del premio. Por cierto, enhorabuena por ganar.

—Gracias.

Sonrió. Esa sonrisa no era buena.

—Agárrale chicos.

Se lanzaron a mi cuello como dos aves de presa a por la misma carroña. Intenté zafarme a base de codazos, patadas y con cualquier otra parte del cuerpo que lograra librarme de ellos. Fue imposible, tres contra uno y en la noche, era una pelea perdida. No sé quién fue ni con qué me dio, pero caí al suelo. Arrastras, me llevaron a campo abierto, a un kilómetro más o menos del hipódromo. No recuerdo gran cosa puesto que la primera patada en la boca de uno de esos matones, me dejó fuera de juego.

Me levanté aturdido, solo en la noche, en un silencio desolador y con unas ganas locas de fumar un jodido cigarro. Me toqué la cara y, a juzgar por los golpes y los dolores en mi costado derecho, tuvieron que darme una buena ensalada de hostias o el menú completo. Metí la mano al bolsillo para sacar la cajetilla y aferrarme a ese cigarro que ansiaba y del que solo me quedaba el que me iba a fumar. Sin moverme del sitio le di lumbre, di dos caladas y metí la mano al otro bolsillo a ver si llevaba el dinero. Voló

En la oscuridad, con la única luz de mi cigarrillo, llegué a una vía principal. Quise pedir ayuda pero ¿a quién? Solo estaba mi cuerpo dolorido vagando por un sendero de tierra. Aquellos dolores eran como cuchillos clavándose a la vez. Cuando parecía que lo había dado todo por perdido, quedé deslumbrado por unos faros. Agité los brazos en señal de ayuda y el coche paró a mi lado. Mi visión no era la mejor, todo estaba oscuro, borroso y una parte lo veía rojo. Una bota se postró en el suelo, intenté descifrar esa silueta. Solo divisé una pistola. ¿Acaso sería el corredor de apuestas que quería terminar el trabajo? ¿No había tenido suficiente? Ya se habían llevado el dinero, ¿Qué más podían quitarme? Lo peor sería que me enterraran allí mismo.

Para mi suerte, era una pareja de picoletos. El conductor era un veterano, un viejo que llevaría toda la vida al servicio del tricornio. De cabeza era redonda, portaba un bigote poblado y unos ojos con grandes bolsas. Su compañero era un imberbe que por sus galones, acababa de entrar en el cuerpo. Ambos portaban unas ametralladoras y esta gente es de la que dispara primero y pregunta después. El imberbe me apuntó con una linterna que llevaba en la mano.

—¿No es un poco tarde para apostar? —preguntó el bigotudo.

Al fijarse más en mi aspecto exclamó:

—¡Menuda curra te han dado! ¿Qué te ha pasado?

Quise contarle quién era y lo ocurrido sin embargo, de mi boca ensangrentada salió una pregunta.

—¿Me da un cigarro?

—Una hostia te voy a dar. Dime que te ha ocurrido.

—Me han atracado.

—¿Quién?

—No tengo ni idea, unos que pasaban por mi lado.

—¿Cuántos eran?

—No sé, todo fue muy rápido.

—Déjame tu documentación.

Hace años que tengo el DNI guardado en un cajón.

—Se han llevado todo.

El bigotudo se empezó a poner nervioso y a acariciar el gatillo.

—¿Seguro qué no la tienes?

—Puede registrarme.

—Niño.

—Si mi teniente.

—Regístralo y mira los brazos a ver si es un drogata.

—A sus órdenes, mi teniente.

No encontró nada en los bolsillos sin embargo, si encontró al levantarme la manga del brazo.

—¡Mi teniente!

—¿Qué ocurre? ¿Tenemos a un drogata?

—Mire.

Ladeó la cabeza hasta mi brazo pero sin dejar de apuntar la ametralladora en mi pecho.

—¡Vaya! Tenemos a uno de los GAL.

—¿Qué hacemos con él?

—Le llevaremos al hospital.

10

Me tiré toda la noche y parte de la mañana en una cama del hospital la Paz. Me hicieron todo tipo de pruebas y me atiborraron a calmantes. La radiografía del costado no mostró ninguna costilla rota, la resonancia en la cabeza indicó no haber lesión. La peor parte se la llevó el ojo, un pequeño derrame que me curaron a base de unas gotas cicatrizantes que me tengo que echar cada cierto tiempo. En el labio tuvieron que darme dos puntos de sutura. Menos mal que no llegaron a partirme ningún diente, eso sí, el labio se me quedó con si un abejorro me hubiera picado. A las once el médico me dio el alta.

En la calle, me acerqué a un quiosco de prensa y compré un cigarro suelto con unas monedas que encontré rebuscando en el pantalón y la chaqueta. Me senté en un muro del parquin del hospital y encendí un cigarro. Lo fumé tranquilo, sintiendo cómo cada bocanada me partía el pecho a su vez que me mi mano intentaba calmar los dolores del costado. Al terminarlo anduve hasta la parada de taxis. Me subí a uno para que me llevara a casa. Me moría por darme una ducha caliente, cambiarme de ropa y tumbarme una hora en mi cama a descansar la espalda, que la cama del hospital me dejó la espalda rota. Puesto que no llevaba nada de dinero, —de mi bolsillo solo salía aire—, le hice esperar al conductor en la acera. No le hizo mucha gracia tener que esperar pero aceptó. Subí a casa, agarré algo de dinero del cajón y regresé con el conductor. Le aboné la carrera y le di una buena propina por las molestias.

Con tanto jaleo, no me percaté de la nota que habían dejado por debajo de la puerta. Aquella nota me dejó el cuerpo paralizado, ningún músculo de mi dolorido cuerpo respondía a mi llamada e hizo que mis tripas se revolvieran. Había visto notas como esa, trozos de papel doblados que se meten por debajo de la puerta o se colocan en los parabrisas de los coches a los que quieres dar muerte. Notas que dicen:

ETA va a por ti.

Hacía tiempo que la banda nos había dejado en paz a los miembros de los GAL por eso me extrañó, ¿querían darme muerte? ¿Por qué ahora?

Aquella nota podía doblegarme a pesar de que no pude evitar que las manos me temblasen. Me agaché, la cogí y la leí. Tuve que acercar bien la vista para descifrarla.

«Le espero a la una en el bar Los Galayos, en la Plaza Mayor.

Sea puntual».

La incertidumbre rondaba por mi cabeza como un pájaro ronda su

nido, ¿quién coño sería? Ni un nombre, solo una hora y una dirección. Antes de marchar, dormí media hora. Tenía que ir fresco, con los cinco sentidos agudizados y con la pistola que guardo en el armario por si las moscas. Hacía tanto tiempo que no la sacaba de paseo, que se había creado una capa de polvo alrededor.

A las doce y media salí por el portal. No avisé a Virginia debido a que no sabía que me podía encontrar y era mejor dejarla a fuera de la ecuación.

Era miércoles y la plaza parecía un sábado por la tarde. No cabía un alfiler. El frío persistía pero el sol, sin ninguna nube que lo tapara, daba tregua a las personas que disfrutaban en las terrazas de un día soleado de Navidad. No había ninguna silla libre en las terrazas, todas acaparadas en su mayoría por turistas que venían a disfrutar del cuerpo celeste que en su país está apagado. Los bocadillos de calamares y las raciones volaban por las mesas.

Llegué a la puerta, di la última calada al cigarro y accedí sin saber a quién cojones me iba a encontrar. Como llevaba el revólver, el hablaría por mí. Hice una panorámica del interior. La gente estaba agolpada en la barra, en las mesas y los camareros no dejaban de pasar con la bandeja en la mano. Mi respiración era pausada, de bocanadas cortas debido a que por el olor de las gallinejas y entresijos, sufro unas náuseas terribles. He respirado todo tipo de olores pero con el de las gallinejas y entresijos no puedo, es superior a mis fuerzas. Se me mete hasta la laringe.

Anduve apartando a la gente con el codo, si no es metiendo cuerpo, no te dejan avanzar, ellos siguen con sus risas y su cachondeo. Un brazo se alzó y comenzó a agitarse, haciéndome señas para que fuera hasta él. Estaba sentado en una mesa. Era un fulano de pelo ensortijado y una barba de varias semanas.

—¿Tú eres quién me ha dejado la nota? —pregunté sin apartar mi mirada de la suya.

—Permítame qué me presente, me llamo Carlos. Por favor, siéntese.

—Me la suda como te llames. ¿Te manda la cúpula verdad? Dile a tu jefe que si me va a matar, antes me llevo a unos cuantos etarras conmigo.

—No, creo que se confunde, no soy de la ETA. Soy periodista de investigación.

—Ahora no sé que es peor, si tú o ellos. ¿De qué periódico eres?

—Antes trabajaba para el Diario 16. Ahora trabajo para El Mundo.

—¿Del Diario 16? —inquirí frunciendo el ceño—. Hubiera preferido que fueras etarra. ¿No tuvisteis suficiente con jodernos la vida? ¿Qué quieres, una entrevista? Llevo una vida tranquila y quiero que así siga.

—Entiendo su malestar, pero no he venido a hablar de los GAL.

—Tu identificación, dame el carné del periódico.

—Veo que no se fía.

—Es una de las cualidades que tengo.

Esbozó una mueca de agrado.

—No hay problema.

Introdujo la mano derecha por detrás del pantalón. Hice lo mismo sin embargo, mi mano buscaba el revólver. Había que tener cuidado o quién menos te lo esperas, te salta la tapa de los sesos. Sacó la identificación y me la quiso entregar. Lo paré.

—Déjala en la mesa.

Alargué mi otra mano y la cogí. Todo estaba en su sitio, el fulano era legal.

—¿Qué le ha ocurrido en la cara?

—Resbalé en la bañera. Al grano, ¿qué quieres de mí?

—Sé que estás ayudando en el caso de Valeria Robles, vengo a hablar de ella.

El periodista captó mi atención. Me senté despacio debido a los dolores y encendí un cigarrillo.

—¿Qué sabes de eso? Y lo más importante, ¿cómo sabes que estoy ayudando?

—Llevo un tiempo investigan…

—Espera—interrumpí, había que tomarse un trago para suavizar la conversación.—No sigas. ¡Niño!

El camarero, un joven de treinta años, grasa en el pelo y una mirada de estar harto de de ir dando tumbos de mesa en mesa por cuatro cochinos duros, se acercó a mi grito de guerra.

—¿Qué va a tomar?

Iba a pedir una cerveza pero con todos los calmantes en mi organismo, era mejor dejarla para otra ocasión.

—Una Coca-cola y un vaso de agua, ¿tú quieres algo?

—No, gracias.

—Solo una.

—¿Algo para picar?

—No gracias, no tengo hambre.

—Ahora se lo traigo.

—Tranquilo, no hay prisa. ¿Qué me decías? —continué.

—Llevo un tiempo investigando por mi cuenta a la familia Robles y a la familia de Antonio González. Se mueven en algo turbio.

—Como todos los políticos y empresarios, no es nada nuevo. No me has dicho porqué sabes que estoy en el caso.

—Filtraciones en su comisaría.

—Siempre las ha habido. Continua. ¿Qué negocios turbios?

El camarero dejó la Coca-cola y el vaso de agua en la mesa.

Primero cogí un calmante del bolsillo y me lo tomé con el agua. Tuve que beber por el lado que no estaban los puntos. Seguido, le pegué un trago al refresco. Demasiado frío para el tiempo en que estábamos.

—Trata de personas y prostitución.

—Lo dije, nada nuevo, continúa.

—Investigué al padre de Valeria. Su empresa tuvo beneficios sin trabajo.

—¿Cómo dijiste qué te llamabas?

—Carlos.

—Verás, Carlitos, me estás contando cosas que sabemos todos. Si me has hecho venir hasta aquí para decirme que un político o empresario cobra dinero sin facturar, deberías dedicarte a otra cosa porque como periodista… No te veo futuro.

—Los ingresos proceden de una agencia de modelos.

Volvió a captar mi atención.

—Una agencia de modelos…

—Raro, ¿verdad?

—No es eso, eres la segunda persona que lo menciona.

—Señor Hurtado.

—Llámeme Andrés.

No me gusta que me llamen señor Hurtado, me hace recordar mi época estudiantil con los curas dándome con la regla en las manos.

—Andrés, utilizan de tapadera la agencia de modelos para la prostitución. Captan a chicas mediante la agencia. Conseguí una lista de clientes, el nombre de Valeria Robles aparecía en ella.

—¿Cómo has conseguido esa información?

—Tengo mis fuentes que como bien sabrá, no puedo revelar. También me entrevisté con una de las víctimas.

—Y esa víctima, ¿no lo denunció?

—No, no se atreve, además no está ni en Madrid, se fue a vivir con sus tíos a una ciudad del norte. No quiere saber nada.

—¿Tenemos algún documento o grabación de la entrevista a esa chiquilla? —cuestioné dando otro trago a la cerveza.

—Nada, la única condición que puso fue que ni grabar, ni hacer fotos.

—Entonces, estamos igual, sin nada. Tampoco querrá testificar supongo.

—No cuentes con ella.

—Por lo menos te ha dado algo por donde tirar. ¿Cómo la conociste?

—Se puso en contacto con una compañera del periódico y ella me la presentó.

—¿Qué sabemos de la agencia?

—No mucho, está bastante blindada. A nombre de varios

testaferros. Uno de ellos posee una finca en Toledo. Las que han ido a esa finca, se les hace algo más que fotos para la agencia. Siempre con el mismo fotógrafo.

—¿Sabemos su nombre?

—Miguel Ramírez.

Ya tenía ganas de conversar con él.

—Tendré que hacerle una visita a Miguelito.

—¿Quiere la dirección de la finca?

—Sería un punto por tu parte.

—¿Tiene algo para apuntar?

¿Qué si tenía algo? Que iba a tener si no apunto ni la lista de la compra. Agarré el servilletero, arranqué una servilleta con el logotipo del bar y se la entregué. Sacó un bolígrafo de la chaqueta y comezón a escribir. Mientras, mi cuerpo se terminaba las babas que le quedaba al refresco.

—Aquí tienes.

La guardé en el pantalón.

—Cambiando de tema y vamos a lo importante. ¿Qué quieres por esta información? Porque esto no lo harás gratis y tampoco creo qué lo hagas porque te importe la chiquilla.

—Voy a serle sincero. Quiero la exclusiva. Quiero ser el primero con el que hables cuando saques esta mierda a la luz.

—Eres un cabrón ambicioso. Me gusta.

—Hay que serlo si quieres triunfar en lo que haces.

—De acuerdo.

—¿No lo tiene que consultar?

Estas son las clases de preguntas que me ofenden.

—Nunca he consultado nada y no lo voy hacer ahora. ¿Dónde está la agencia?

—En la calle Boix y Morer 13. Agencia *Fashion Victim*.

—Aclárame una duda, ¿Por qué no has ha ido con esta historia a algún superior? ¿Por qué a mí? Has pensado que siendo de quién era hija la víctima, no ibas a llegar ni a la vuelta de la esquina. Te hubieran parado los pies.

—Leí su nombre en la carpeta de los GAL en el archivo del periódico, tiene una pasado… complicado. Por eso le contacté, porque sé que irías hasta el final.

—A ti la chica te da igual, solo quieres la exclusiva.

—Soy periodista, mi trabajo es informar al país de lo que ocurre. Siento lo de esa chica pero quizás, con mi reportaje, salvaremos a más mujeres de esa gentuza.

El tío estaba tocándome la fibra. Tenía razón, su trabajo era el de informar y el mío era ir a por esos mal nacidos.

—¿Vas a ir hasta el final? —preguntó con la barbilla apoyada en la

mano.

—Esa es mi intención. Pase lo que pase, me pondré en contacto contigo.

—Tenga mi tarjeta.

—No, cuando sepa algo le llamaré al periódico. Una cosa más, no hable con nadie de esto, ni con compañeros, ni con su jefe ni con su pareja. ¿Queda claro?

—Como el agua.

—Nos vemos.

—Antes de irse, tome esto.

Abrió una carpeta y me entregó un folio.

—¿Esto qué es?

—El ingreso a la cuenta de Tomás Robles procedente de la agencia.

Lo observé y lo guardé en la chaqueta.

—Por cierto, ¿cómo están Melchor y Pepe?

—Bien.

—Me alegro, ¿y el de los tirantes horteras?

—Todos están bien —pronunció como una voz temblorosa.

—Tranquilo, ya no les guardo rencor. Dales recuerdos de mi parte.

Me levanté no sin antes dejar unas monedas por el refresco que había tomado y dejé atrás el bar. La plaza seguía envuelta de personas. Al lado de uno de esos puestos que venden figuras de Jesús, los Reyes Magos y toda esa parafernalia para que puedas montar el nacimiento de Cristo en tu casa, hallé una cabina. Tenía que compartir la información con Virginia, era su caso y sería injusto y una cabronada por mi parte no hacérselo saber. Eché varias monedas y marqué el número de la comisaria. El tipo de la centralita me puso con la mesa de la inspectora. Había tensión en esa voz tan dulce.

—Ya es hora de que dieras señales de vida, ¿dónde estás? Llevo llamándote toda la mañana.

Parecía la típica novia enfadada.

—Tengo algo que te gustará, es sobre el caso.

—¿Has estado investigando sin mí? Te recuerdo que soy tu superiora y que trabajamos juntos.

—No te enfades bombón, tuve que salir disparado, vente a buscarme, estoy en la Plaza Mayor.

—Ahora estoy terminado de comer, en cuanto termine voy.

—Sin prisa, yo también voy a comer. Te veo en una hora.

—Allí estaré.

Colgué el teléfono y me metí en el bar de enfrente. El camarero no tenía ninguna mesa libre. Para lo que iba a tomar no hacía falta mesa, con sentarme en la barra me bastaba. Pedí un bocadillo de cinta de lomo con pimientos y otro vaso de agua. Lo disfruté con el noticiero de fondo. La casualidad se cernió haciendo que hablaran del crimen

de Valeria.

Me largué del bar hacia las cuatro de la tarde. Virginia ya estaba esperándome. Encendí un cigarro y caminé hasta ella. La saludé pero no estaba receptiva. Sus ojos se salían de las órbitas.

—Venga, no te pongas así. Fue todo muy rápido.

—Ya, pero podías haberme avisado.

—No tuve tiempo. No volveré hacer nada sin ti, de verdad.

Llevé mi mano a su mejilla derecha y se la pellizqué. Se ruborizó.

—¿Para qué me has hecho venir?

—Recuerdas lo que nos dijo Laura sobre una agencia de modelos.

—Sí.

—Pues resulta que un periodista ha contactado conmigo, me dejó una nota para que viniera a verle a un bar de aquí. Hemos estado hablando. Resulta que la agencia contrata a chicas para prostituirlas en fiestas privadas. Lo más seguro es que Valeria fuera una de esas chicas.

—¿Tenemos pruebas?

—Eso es lo que falta, el periodista solo tiene una entrevista que le hizo a una víctima pero no la tiene grabada, es como si no tuviéramos nada. Me ha entregado una hoja con un ingreso a la cuenta de Tomás Robles procedente de la agencia.

—¿Qué significa?

—Todavía no sé. Vamos a la agencia.

La agencia se ubicaba cerca de Rio Rosas, en el barrio de Chamberí. Aparcamos en una esquina y entramos en la agencia. Era un local pequeño, pintado de rojo y decorada con fotos de chicas ligeras de ropa, parecía más un club de alterne de carretera que una agencia de modelos. En el centro, se encontraba el mostrador con una rubia de ojos azueles y unas tetas de goma que te incitaban a darles un mordisco y a meter la cabeza en su canalillo.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Queremos ver a Miguel Ramírez. Quiero que le haga unas fotos a mi representada.

—Miguel no está, se encuentra en Toledo haciendo una sesión de fotos Un segundo, le llamaré.

—No, no se moleste. Ya venimos otro día.

Virginia se quedó con cara de póquer porque no la hice ninguna pregunta más. ¿Para qué? Ya tenía la información suficiente, con saber dónde se encontraba el fotógrafo era suficiente. La dirección del chalet la tenía. Nada más salir de la agencia, nos pusimos camino a Toledo.

Estaba anocheciendo cuando enfilamos por la A42. Seguido de unos treinta kilómetros, nos desviamos por la salida de Cassaruebuelos

del Monte. Gracias al mapa y a las señas que me brindó el periodista, tomamos una carretera secundaria para volver a desviarnos por un coto de caza hasta que una verja que daba entrada a la finca, aquella verja nos cortó el paso. Tardamos una hora y cuarto en llegar.

La casa o mejor dicho, aquella mansión, se encontraba bien escondida. Un lugar perfecto para ejercer la prostitución a sus anchas. Observé a Virginia, se tocaba el cuello le sudaban las manos y su respiración era acelerada.

—¿Cómo vamos a entrar? Teníamos que a ver pedido una orden y refuerzos.

—No te pongas nerviosa. Esto lo he hecho ciento de veces. No necesitamos ni orden ni refuerzos. Espera aquí.

Descendí del coche y con los hombros encogidos y bajo el amparo de la noche, fui hasta la verja. Aquel estúpido se la había dejado abierta. Supongo que pensó que nadie iría a molestarle. Abrí la verja y Virginia metió el coche despacio.

—¿Ahora qué?

—Tu quédate dentro, apaga el motor y las luces. El tipo esta dentro de la casa, ese debe de ser su coche.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Espera y lo verás.

Con la oscuridad y con un cielo estrellado de aquella ciudad tan medieval, anduve hasta la puerta. Los grillos cantaban y la luna resplandecía fijando su reflejo en mi cara. Era una buena noche para mí y una mala noche para el fotógrafo. Llamé al timbre con insistencia y me aparté a la derecha. Si miraba por la mirilla solo vería una brillante oscuridad. Los pasos del fotógrafo se acercaron.

—¿Quién es?

No contesté. Como no lo hice, el tipo volvió sobre sus pasos. Volví a llamar con más insistencia.

—¡¡¡Qué quien coño es!!!

Hizo lo que esperaba que hiciera, abrir la puerta. Salí de mi oscuridad y salté a por él. De un empujón le metí al interior que cayó al suelo.

Se lo debía de estar pasando bien porque el fulano estaba en calzoncillos.

—¡Qué quieres, no me hagas daño! Llévese lo que quiera pero por favor, no me haga daño.

—Nadie va hacerte daño, de momento. Soy policía.

Virginia apareció detrás de mí. Se situó a mi lado y le enseñó la placa para que sus piernas dejaran de temblar, y no llenara de meado aquella bonita alfombra.

—Venimos a que nos hagas unas fotos para el calendario de policía —expresé haciendo gala de mi buena educación.

—¿Enserio? —preguntó calmado.

—No, mira que eres estúpido. Levanta, vamos a hablar.

—De qué quiere hablar.

—De barcos no te jode, de que va a ser, de tu trabajo en la agencia de modelos.

—¿Qué agencia? Yo no trabajo para ninguna.

—¡Eh! No quieras insultar mi inteligencia.

—Podemos hablar aquí.

—No. Llévame a la habitación en la que estabas, viéndote de esa guisa, estarías pasándotelo bien. Tengo curiosidad de ver a la hembra.

—Estoy solo, no hay nadie más conmigo.

—¿Vienes desde Madrid a Toledo para cascártela tu solo? No me lo creo, venga, levante.

Se puso de pie. Las piernas no paraban de temblar, sudaba en exceso y con unos ojos inyectado en miedo. Sin embargo, no era ese miedo porque estuviéramos nosotros, o miedo por hablar más de la agencia, no, ese miedo era por algo que tenía escondido y no quería que lo encontrásemos. Le hice andar a base de empujones. Nos condujo hasta una habitación con un sofá, al lado una mesa y encima un espejo con una línea, una cuchilla y un billete enrollado. A la izquierda un fondo blanco que caía del techo, y una lámpara que daba una luz ámbar. Delante del fondo blanco se hallaba una cámara de fotos puesta en un trípode y una antorcha apagada enfocando al centro del fondo.

Tumbada en ese sofá, el tipo tenía lo que no quería que viéramos. Era una cría de catorce años con la cara tapada con las manos y un cuerpo casi desnudo.

Lo tenía que haber matado en ese jodido momento sin mediar ni una palabra. Un tiro en la nuca y al bar. Como se hacía antes. Sin embargo, hacerlo sería como retroceder sobre mis pasos.

—¿Y esto? ¿Te querías montar una fiesta con la cría?

Antes de que aquel mal nacido pudiera responder, la chica rompió en llanto y corrió a abrazar a Virginia. Tuve que contenerme, joder que si lo hice.

—Virginia, iros al coche y esperarme allí.

—¿No iras a hacer una tontería?

—Tu vete el puto coche.

—Vamos cariño.

A solas, con el hijo de puta del fotógrafo, sus ojos ya no rezuman miedo, ahora era terror.

—¿Qué quieres? Dime… —preguntó con todo el cuerpo temblando.

—Quiero que te pongas unos pantalones.

—¿No me vas a hacer nada, no?

—Debería de pisarte el cuello aquí y ahora, pero no lo voy a hacer

si me cuentas lo que quiero oír.

Sus piernas y manos eran como flanes. Una vez ya con los pantalones puestos, le ordené sentarse.

—¿En este lugar es dónde violáis a las chicas?

—Yo no he violado a nadie.

—¡Cállate!

Le agarré su cabeza y empecé a hacer presión con los dedos en sus ojos. Quise con todas mis fuerzas dejarlo seco, pero no con un tiro en la nuca, esta clase de gente merece que les quites la vida con tus propias manos. El hijo de puta quería abusar de esa pobre niña. Dejé de apretar su asquerosa cabeza y le di lumbre a un cigarro a ver si me relajaba.

—¿Conoces a Valeria Robles?

—No me suena.

—No te suena…

Su cara pedía a gritos un guantazo con la mano abierta. Como soy un caballero, accedí a esa petición. El golpe hizo eco en toda la casa.

—Empecemos de nuevo y no juegues conmigo. ¿Conoces a Valeria Robles?

—Le digo que no —contestó entre lágrimas.

—Sí, claro que la conoces, una chica rubia, de piel de porcelana y que es la hija de Tomás Robles. ¿No te suena?

—No.

Hice además de darle otro guantazo.

—¡Espera! La conozco. En la agencia se la conoce como Alexia.

—¿Alexia?

—Sí, las chicas utilizan nombres de ese tipo para parecer más exóticas.

—Y así venderlas mejor.

No contestó. No hizo falta, su mirada al suelo me lo dijo todo.

—¿Para quién trabajas?

—Para la agencia.

—No me refiero a eso, me refiero a quién maneja el tinglado, el dueño de esto.

—Yo solo hago las fotos.

Continuaba con la mirada puesta en el suelo. Cuando hablo, me gusta que me miren. Si no parece que estoy hablando solo como los locos.

—Mírame.

Levantó la mirada, sus ojos se hallaban vidriosos.

—No quiero hacer nada de lo que me pueda arrepentir. Y créeme, me gustaría arrancarte los huevos y hacértelos tragar.

—No hace falta, le diré todo lo que sé.

—Cuéntame acerca de Valeria.

—Una mañana de diciembre del 87, vino a la agencia. La hicimos un «falso contrato», consiste en rellenar un papel ficticio para hacerlas creer que han entrado en la agencia y a continuación, unas cuantas fotos para que se lo creyera.

—¿Fotos desnuda?

—Sí, y con minifaldas, camisetas cortas, cosas de ese estilo.

—Continua.

—Después, la dijimos que iba a tener una reunión con unos productores de televisión, que iba a ganar mucho dinero pero que antes tenían que verla en persona.

—Entonces la trajisteis hasta aquí.

—Sí, a la noche siguiente.

—¿Sola?

Le di una calada al cigarro y le expulsé el humo en la cara.

—Ella y a dos chicas más.

—¿Estabas tú?

—Sí, suelo venir a estas sesiones a documentarlo.

—¿Qué documentas?

—Hago fotos y videos comprometedores con las chicas y los empresarios. A veces las chicas no quieren ceder y estos acaban…

—Violándola.

No contestó.

—Eso es lo que pasó con Valeria. La violaron, ¿verdad? —continué.

—Sí, las chicas que no ceden, acaban de esa manera, pero yo no hice nada lo juro, solo me limito hacer las fotos.

—¿Las violaban forzándolas o drogándolas?

—Esa gente son unos monstruos, no se andan con tonterías. Se tomaban varias copas, se metían su droga e imagínese, para ellos, las chicas son juguetes rotos. Solían salir llenas de moratones, labios rotos y vaginas desgarradas.

—¿Qué ocurre después?

—Se llevaban a las chicas al médico, uno de confianza. Este las curaba por una suma de dinero considerable. Seguido, las amenazaban con difundir sus fotos desnudas o incluso con la muerte.

—Con Valeria, ¿Qué pasó?

—Tres hombres se la llevaron a una de las habitaciones preparada para ello. Yo me pongo en el otro lado de la habitación y a través de un falso espejo, hago las fotos y los videos. Valeria empezó a desnudarse y a bailar. Cuando la ofrecieron dinero por acostarse con ellos, Valeria se negó. Uno de los hombres la garró, la lanzó contra la cama y la sujetó por los brazos. Otro comenzó a pegarla, la abrió las piernas y la violó. Aunque no podía escuchar los gritos debido al falso espejo, sí los podía escuchar en mi cabeza.

—¿Y el otro hombre?

—Solo se limitaba a mirar y a sonreír.

Acabé el cigarro, lo arrojé al suelo y lo aplasté dejando una bonita quemadura en la madera.

—¿Quién es el dueño de la agencia?

—Tanto no sé.

—Eso no es lo que quiero oír, ibas muy bien, no lo jodas ahora. Dime, ¿Cuánto llevas en la agencia?

—Tres o cuatro años, ya no lo recuerdo.

—En ese tiempo seguro que te enteraste quién es el que mueve los hilos. Venga, pónmelo fácil y dame un nombre.

—De verdad que no puedo…

—¿Tienes miedo? No te preocupes, nosotros te daremos protección. Escupe.

—Antonio González.

—¿El político?

—Exacto. Por eso lo documenta y hace las fotos. Con eso obtiene chantaje a los empresarios si estos no colaboran con él.

—¿Qué empresarios estaban aquella noche?

—De todas clases, pero no conocía a ninguno. No solo hay empresarios, también hay jueces, fiscales, políticos… Al que sí conocía era al hijo del señor Antonio González.

—¿David González?

—Sí, era el tercer hombre, el que solo miraba en la habitación. Fue él quien la trajo junto al padre de Valeria.

—Espera, ¿has dicho a su padre?

—Sí, estaba aquella noche.

—¿Vio lo que hicieron a su hija?

—Verlo no porque se fue antes, pero saberlo sí.

La saliva desapareció de mi boca y no pude articular palabra, ¿el padre de Valeria estaba en el ajo? El hijo de puta me mintió en mi cara y yo me lo tragué como un novato.

—¿Puedo irme ya?

—No, no puedes.

—Ya le dije todo lo que se. ¿Qué más quiere des mí?

—Querías forzar a esa chiquilla, solo tiene catorce años, ¿las has convencido con uno de esos contratos? ¡Eh! ¡Jodida mierda! Si piensas qué te voy a dejar marcharte, eres más estúpido de lo pensaba.

—¿Qué me vas a hacer?

Consideré hacerle pagar por sus actos pero, ¿para qué? Si le hubiera hecho tragar sus sucias pelotas, hubiera sido otro fantasma más en mi cabeza, otra voz para escuchar por las noches y con las que ya tenía eran suficientes. No merecía la pena volver a algo que una vez fui, y que tanto trabajo me costó ir olvidando.

—Supongo que mi compañera habrá dado aviso. Estoy esperando a

que venga la guardia civil.

—¡No por favor! ¡Deja que me vaya!

Se echó a llorar. Un olor desagradable subió hasta mi nariz. El cabrón se había meado y había dejado el suelo con un charco amarillento.

—No quiero imaginar cuántas chicas habéis violado en este asqueroso lugar…

—Yo no quería…

—¿Y esas chicas sí lo que querían? ¿Crees qué Valeria lo quería?

—No, lo siento mucho.

—Eso ya da igual. ¿Sabes una cosa? Me das mucha pena y por eso voy a ofrecerte un trato.

—De qué trato hablas.

—Es sencillo, tú me firmas un papel confesando lo que se hace en esta casa, que el padre de Valeria y su yerno estuvieron presentes cuando violaron a Valeria, quién es el dueño de la agencia, y que se dedica a captar a muchachas para prostituirlas.

—¿Y yo qué gano?

—Que no te raje de arriba abajo. No, en serio, dejo que te vayas. ¿Qué dices? ¿Tenemos un trato?

Quedó unos segundos pensando.

—Date prisa porque me están entrando ganas de abrirte en canal.

—De acuerdo, acepto.

—Una buena elección. ¿Tienes papel y boli?

—En el cajón.

Caminé hasta el escritorio y lo abrí. En su interior tenia folios y un bolígrafo. Agarré un folio y el bolígrafo.

—Toma, tienes un minuto. Lo que tardo en fumarme un cigarro. ¡Ah! Y con una letra que se entienda.

Empezó a escribir. Saqué el tabaco y encendí uno. Antes de que lo pudiera terminar, paró de escribir y me lo entregó.

—Aquí lo tienes. Una confesión jurada.

—Déjame ver.

Estaba bien escrito y con una letra legible. Una confesión escrita, jurada y firmada. Lo doblé por la mitad y lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta junto al otro folio que me facilitó el periodista.

—Buenas noches, eres Hurtado.

Me giré. Los picoletos habían hecho acto de presencia.

—Andrés Hurtado.

—Su compañera nos ha puesto al día.

—Aquí le tenéis. Llevaros a esta basura.

—Procederemos a su detención. Tenemos otro coche ahí fuera, nosotros llevaremos a la chica y los otros compañeros a este señor al cuartelillo.

—¡Espera un momento! ¡Dijiste que no me a pasar nada! ¡Eres un hijo de puta mentiroso! ¡Me has engañado!

—Chaval, cuida tu lenguaje —expresó un picoleto.

—¡Cómo has podido engañarme así!

—Mejor eso que no hacerte lo que tenía pensado. Todo vuestro. Me vuelvo con mi compañera.

De vuelta al coche, no sé qué hora sería puesto que no miré el reloj. La oscuridad ahora se mezclaba con un hermoso recital de grillos. Virginia estaba en el asiento del copiloto. Parecía estar preocupada, no era la misma, estaba decaída y mirando a la alfombrilla del coche.

Quise saber el motivo. Arranqué el coche y puse dirección a Madrid. Estuve esperando a ver si me decía algo sin embargo, pasaban los kilómetros y se mantenía en silencio.

—¿Te pasa algo? —inquirí.

—Nada.

Cuando una mujer dice que no la pasa nada, es que le pasa algo bastante gordo.

—Como que nada, algo te pasa.

—No me pasa nada —dijo con un tono arisco.

—Nos queda un largo camino, ¿no me lo vas a decir?

—Ya te dije que no me pasa nada.

—Bueno, como quieras.

No traté de insistir. Si ella no lo quería decir, no la podía obligar. A la altura de Yuncos volví a abrir la boca.

—¿Qué te dijo la chica?

Una gota se deslizó por su hermosa mejilla.

—La quería violar el hijo de puta.

—Lo sé, ¿por eso estás así?

—Si no llega a ser por nosotros… —mencionó con una voz ahogada.

—Ha tenido mucha suerte pero tú… Estás afectada. Algo te ocurrió ¿verdad?

—No quiero hablar de ello.

—A veces es mejor sacarlo y no comértelo tu sola. Te lo digo por experiencia.

—Fue a mi hermana, en las fiestas del pueblo. Cinco hombres abusaron de ella.

Eso me partió. Era la segunda vez en un día que me tocaban la fibra.

—¿Lo denunció?

—Sí, le dijeron que no era para tanto. Que seguro que ella lo iba buscando.

—¿Y tu padres?

—Ellos si la apoyaron. Hicieron todo lo posible para que los culpables pagaran, pero nada. Por eso aquella cría… me recordó a mi hermana.

—¿Sabes quienes fueron?

—No estoy segura. Mi hermana solo recuerda a tres.

—Por eso me dijiste que querías justicia. Ahora lo entiendo. Lo siento mucho.

—Gracias, ¿tú que tienes?

—El marido de Marta, y el padre de Valeria, están en el ajo. La prometieron hacerse famosa. Todo para venderla al mejor postor. A la que no querían la violaban. Por eso Valeria llevaba esos dos años distinta. Cargaba un gran secreto a su espalda.

—¿Por qué matarla?

—Lo más seguro es que quisiera contarlo todo y la silenciaron.

—Coge la salida de Leganés, es la que va a mi casa.

—¿No será mejor que me dejes a mí en casa y te lleves tu coche?

—Hoy no vas a tu casa.

—¿Estás segura?

—Bastante.

11

Amanecí rodeado de sus brazos, con su delicada respiración cruzándose con la mía, nuestra piel fundiéndose en una sola y una sonrisa de oreja a oreja que por mucho que intentaba que se fuera, era imposible. Aquella noche que pasé con ella, es algo digno de llevarse a la tumba. Los muelles de su cama tuvieron un enorme trabajo. No me dejó hacer nada. Me tumbó en la cama y descargó toda su frustración con mi cuerpo. Mi cuerpo descargó otra cosa dentro de ella. No era la más guapa del baile pero sí la que mejor se movía en la pista.

He estado con varias mujeres a lo largo de mi vida, siempre se me han dado bien. Sin embargo, cuando se desnudó enfrente de mí con ese cuerpo con curvas que parecía cincelado por el mismo Miguel Ángel, ese culo con celulitis, despertó sentimientos que tenía enterrados desde que me abandonó mi mujer. A ver si me estaba enamorando. No, no lo creo, para mí fue una noche más, una noche que les contarías a tus amigos tomando unas cervezas viendo el partido. ¿Y ella? ¿Qué pensaría? Somos distintos, su corazón es un océano y el mío un mar embravecido.

No soy partidario de dar amor a las compañeras de trabajo, donde tengas la olla no metas la polla, que luego vienen las situaciones incómodas y el típico de: No me has llamado y frases de ese estilo. Es una regla que tengo. Ella era esa excepción.

Abrió los ojos y no pudo evitar apartar su cara de mí. Estaba incómoda, con la sensación de querer que la tierra la tragase allí mismo. Tuvimos una conversación fría y avergonzada. Al terminar, preparé el desayuno y se lo llevé a la cama. No quería que pensara que era el típico que se las folla y si te he visto no me acuerdo, que a veces lo he hecho, pero quería que se sentiría bien, que no tenía nada de qué avergonzarse, que lo hecho, hecho está.

Lo de la cría a la que querían violar, le seguía afectando. La tranquilicé y la dije que se quedara en casa descansando. No quiso permanecer en casa, quería continuar para hacer justicia a Valeria. La recomendé que si iba a seguir, lo mejor era mantener la cabeza fría y los sentimientos en el cajón. No quería que, por estar afectada, hiciera una locura y perder lo que le había constado conseguir. Si alguien hacía una locura, llevaba el apellido Hurtado.

Descolgué el teléfono y llamé al comisario desde su casa.

—Dígame.

—Comisario, soy Andrés.

—Andrés, ¿cómo lleváis la investigación?

—Bien, hemos estado esta noche en una finca en Toledo. Al parecer

captaban a mujeres a través de una agencia para prostituirlas a los empresarios. Valeria era una de ellas, todo bajo las órdenes de Antonio González.

—¿El político?

—Sí, el padre de Valeria y su yerno, también tienen algo que ver. Pero todavía no sabemos el porqué.

—Entonces, ir a por ellos.

—No, primero quiero ir a hablar con Marta.

—¿Con la hermana?

—Sí. Su marido se trincaba a Valeria y según me contó una amiga de ellas, Marta lo sabía. Quizás sepa más de lo que nos contó. El problema es que el marido tiene coartada para esa noche. Su mujer dijo que pasó toda la noche con ella.

—La investigación es vuestra, hacer lo que creáis conveniente, pero mantenerme informado.

—Lo haré.

—¿Y tu compañera, cómo está?

—Bien, ahora la tengo dormida.

—Joder Andrés…

—Sé lo que me va a decir comisario, ahórreselo. Ya le llamaré. Adiós.

12

A las diez de la mañana nos presentamos en casa de Marta. Con Virginia no hablé nada de nuestro encuentro nocturno, la costaba mirarme a los ojos, supongo que se sentía avergonzada. Solo hablamos de la investigación. El portero nos reconoció nada más vernos. Antes de subir, le pregunté si el pijo estaba en su casa. No quería hablar con Marta estando su marido.

—El señor González se fue en la mañana a su despacho.

—Gracias —respondí.

Subimos hasta la última planta. El descansillo había cambiado el olor a limón por la lavanda. Marta nos abrió la puerta. Vestía ropa de deporte y un delantal manchado con pintura de varios colores. En la mano portaba un pincel.

—Inspectores, no les esperaba, pasen por favor.

La seguimos hasta una habitación donde ella pintaba sus cuadros. Era una habitación de paredes color crema, en el centro tenía un caballete sujetando un lienzo que estaba terminando. Era un retrato de su hermana. Me quedé observándolo.

—Lo empecé al día siguiente de estar con ustedes.

—Bonitos colores —dije.

—¿Sabe quién mató a mi hermana?

—Deberíamos de hablar en el salón —continuó Virginia—. Es importante.

—Lo que ustedes digan.

Se quitó el delantal y fuimos hasta el salón. Nos sentamos en el sofá y ella en frente nuestro.

—Verá, lo que tenemos que contarla puede ser muy duro —mencioné.

—Cuente lo que sepa.

—Antes, ¿le importa si me fumo un cigarro?

—No.

—Gracias.

Le di lumbre a un pitillo.

—Supongo que estaría al tanto de la relación de su hermana y su marido.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—No, tú sabías que se seguían viendo. Tu amiga Laura nos contó que la llamabas cuando tenían esos encuentros.

—Vale, sí, lo sabía, ¿y qué tiene eso que ver? ¿Piensa que la maté por celos?

—No, sabemos que usted no la mató y no es un crimen pasional.

Fue el hijo de puta de tu marido.

—Qué pasa con usted, ¿Cada vez qué va a venir a mi casa va a faltar el respeto a alguien?

Le di otra calada al cigarro.

—Su marido tiene un chiringuito montado con su padre para prostituir a chicas, y a tu hermana la querían prostituir pero no se dejó y acabaron violándola.

—Eso es imposible, el nunca haría algo así.

—¿Estás segura? —inquirió Virginia.

—Por supuesto, le conozco muy bien. ¿Por qué la iba a matar?

—Porque tu hermana iba a contar lo que la hicieron. Sé que fue tu querido marido.

—El estuvo conmigo toda la noche.

—Eso es algo que me retumbaba en el cerebro hasta que me di cuenta que a él le dio tiempo ir a casa de tu hermana, matarla y regresar a tu lado. Tú no te enteraste porque estabas dormida gracias a las pastillas.

—¿Qué pastillas?

—Las que vi en su baño junto a unos medicamentos.

—Ahora que me acuerdo, esa noche no las tomé. Es imposible que se marchara sin yo saberlo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir protegiéndolo? —cuestionó Virginia.

—No le protejo, le digo la verdad.

—Y yo le digo que está mintiendo —seguí—. Esa noche, como todas, tomó las pastillas. Esas pastillas llevan *diazepam*, son bastante adictivas y crean una fuerte dependencia. Me extraña que esa noche no las tomara.

Sus ojos entornaron a vidriosos. Estaba a punto de derrumbarse.

—Si necesita sacarlo, ahora es el momento.

—Al principio no supe que estaban liados pero esas cosas se acaban sabiendo, ya sabe, manchas de carmín por el cuello, oliendo a ella, miradas y sonrisas, tonterías que hacían a una sospechar.

—¿No habló con él?

—Me decía que eso era agua pasada, que no sentía nada por ella.

—¿Con su hermana no habló del tema?

—Sí, y me decía que era una paranoica. Cuando se ponía a la defensiva, era muy difícil hablar con Valeria.

—¿Por qué lo intentaba proteger?

—Es mi marido y le quiero.

—¿Cuándo empezaste con las pastillas? —cuestionó Virginia.

—Al mes de enterarme. Me daban ataques de ansiedad, no podía dormir por las noches, adelgacé cinco kilos.

—¿Estabas al tanto del negocio de prostitución? —continuó.

—Sí. Una noche vino mi suegro a casa para cenar. Después de la

cena me dijeron que les dejara solos para hablar de sus asuntos. Me fui a la cocina, nunca he escuchado sus conversaciones pero se estaban riendo y me entró curiosidad de saber el motivo. Desde el pasillo escuché lo que decían.

—¿Qué escuchaste?

—Tenían a varias chicas para ofrecérselas a los empresarios que estaban dispuestos a pagar un buen dinero por ellas. La que no quería, seguían un protocolo con ellas, pero eso no lo entendí.

—Ese protocolo, era violarlas —indiqué.

—Dios mío… He estado con un violador.

— Y un asesino. ¿Sabías qué Valeria estaba en ese negocio?

—No, eso no, se lo juro.

—Hay una cosa más —expresé.

—¿El qué?

—Tu padre también está involucrado. La vez que violaron a tu hermana, tu padre y tu marido estaban presentes.

Su cuerpo se entumeció, su cara cambió a un blanco lechoso.

—Me estoy mareando…

Me levanté y la ayudé a recostarse en el sillón.

—Inspectora, traiga un poco de agua.

—En seguida.

—Tranquila, respire hondo.

Virginia trajo un vaso de agua y se lo dio a beber.

—¿Mejor? —inquirió Virginia.

—Sí, gracias. ¿Dijo qué mi padre también?

—Eso me temo. Aunque se fue antes de que la violasen, pero tu querido marido estaba en la habitación.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué haría algo así mi padre?

—Eso no lo sabemos, pero lo averiguaremos. Siento decírselo, pero está detenida.

—No he hecho nada.

—Acabas de confesar que estabas al tanto del negocio. Te detenemos por encubridora.

—Lo hice por amor, no le podía delatar.

—Y se amor te llevará a la cárcel. Y no es amor, es obsesión.

Virginia llamó a una patrulla, mientras le puse los grilletes a Marta.

13

Con Marta en el calabozo, fuimos directos a ver a su padre. Ese viejo tenía que darnos muchas explicaciones y mi mente andaba con poca paciencia. Dejamos el coche en la entrada de la casa. La misma señora nos abrió la puerta.

—El señor está en su despacho, le avisaré.

—No, ya le avisamos nosotros, dónde está el despacho.

—En la planta de arriba, segunda puerta a mano derecha.

Subimos cinco escalones y golpeé la puerta un par de veces.

—Adelante.

—Qué hay —alegué.

—Con ustedes quería yo hablar. Hace un rato me llamó mi hija desde comisaría, llorando e insultándome. ¿Se puede saber qué coño le han dicho y por qué la han detenido?

—Su hija está detenida por encubridora y de usted, le dijimos la verdad —expresé.

—¿La verdad es llamarme violador? Ahora mi hija no quiere saber nada de mí. ¿Me queréis joder la vida? ¡Eh! ¿Es eso?

—La vida te la has jodido tú solo. No se haga la víctima. Lo sabemos todo por Miguel Ramírez.

—¿Quién cojones es ese?

—Es el fotógrafo de la agencia *Fashion Victim*. La misma en la que estuvo su hija —replicó Virginia.

—Es la primera noticia que tengo.

—Eres un puto mentiroso —continuó.

—Niña, ¿a quién llamas mentiroso? Tú mejor cállate que no sabes con quién estás hablando.

—No me da la gana callarme.

Virginia cerró el puño de su mano derecha, sus intenciones no parecían buenas. Si la hubiera dejado, no sé que hubiera hecho. Intercedí para calmar esa tensión que se cortaba con un cuchillo dando un golpe en la mesa que aún me duele la mano.

—Mire, no me toque los cojones y vamos a llevarnos bien, que ya somos mayorcitos. Sé que usted estuvo en una fiesta junto a su yerno en una finca en Cassaruebuelos, sé que en esa jodida fiesta, usted permitió que a su hija la violaran. Estuve en ese chalet, el fotógrafo de la agencia me lo contó todo. Le encontramos en el interior a punto de abusar de una cría de catorce años.

—Será mejor que llame a mi abogado.

Descolgó el teléfono pero le agarré con fuerza la mano.

—Nada de abogados. Eso lo vamos a solucionar aquí y ahora, por

el bien de Valeria. La agencia es de Antonio González, el padre de su yerno. ¿Cierto?

—Le digo que no sé de qué cojones habla.

—Entonces, ¿no estuvo la noche en que violaron a su hija?

—No, ¡cómo voy a permitir yo eso! ¿Por qué clase de padre me ha tomado?

—¿Tampoco tiene nada que ver con la agencia de modelos? —inquirió Virginia.

—Nunca he escuchado de esa agencia hasta que la han comentado ustedes.

—¿Seguro? —indiqué.

—Sí, seguro.

Me abría la chaqueta y cogí el folio que me había entregado el periodista. Lo desdoblé y se lo puse encima de la mesa.

—¿Qué me dices de esto?

Comenzó a leer por encima.

—¿Esto qué es?

—Es un ingreso de hace dos años a su cuenta bancaria procedente de la agencia de modelos, y como puedes observar, es una suma muy jugosa, veinte millones de pesetas. ¿Puedes explicarlo?

Me lo volví a guardar.

—No sé, a lo mejor alguna vez hice algún negocio con ellos.

—Acabas de decir que no conocías la agencia —alegó Virginia.

—No recuerdo todos los negocios que hago.

—También tengo en un papel la confesión del fotógrafo en la que jura que usted estuvo aquella noche.

Se la mostré y no pudo evitar hundirse en su miseria. Ya no tenía ninguna salida. Lo tenía acorralado.

—Él era mi socio. Me comentó que tenía una agencia de modelos. Yo no sabía que allí se cometían esos actos.

—Tu estuviste allí la noche que violaron a tu hija.

—No, no, yo me fui antes. No sabía que iba a pasar eso. Lo juro.

—Eso no importa. Lo que importa es el porqué.

—Hace un tiempo me arruiné. Invertí en proyectos que no prosperaron. Tuve que hipotecar mi casa pero las deudas seguían acumulándose. Entonces mi socio me dijo que me prestaba un dinero a cambio de…

—Valeria. Ella se enteró de que la vendiste como un gitano vende melones en la esquina, por eso se apartó de usted y no quiso que se ocupara de ella. Quiso confesar, contar todo la verdad para no seguir cargando ese peso a su espalda, pero tu yerno se adelantó y la asesinó.

—Lo sé, soy una mierda, pero no tuve elección. Iba a perderlo todo…

—Siempre ha elección. Has vendido a tu hija para poder seguir

llevando tu vida de lujo. Eres un hijo de la gran puta, tú eres el que tiene que estar muerto y no ella.

—Escucha, puedo darle pruebas. Tiene registros, transacciones, fotos, todo relacionado con los empresarios y las chicas. Lo guarda en una caja fuerte.

—¿Sabes la combinación?

—Es su nacimiento, el gilipollas no la cambia, piensa que nadie tiene huevos a robarle.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Ahora estará en su despacho. Toma la dirección.

—Bien, así me gusta.

—¿Estoy detenido?

—Por ahora no, le aconsejo que no hable con nadie. Volveré a verle y le pondremos una solución a tu vida. Nos vamos. Piense en lo que ha hecho.

En la calle, Virginia me confesó que se tenía que marchar al pueblo por una cuestión de su hermana.

—Siento dejarte, pero me tengo que ir al pueblo.

—Si es algo urgente, no hay problema.

—¿Te las apañarás bien solo?

—Estos cabrones no me intimidan. Para mí esto es como montar en bicicleta.

—Infórmame con lo que sea. El comisario tiene mi número.

—Lo haré.

14

Era la una de la tarde, una hora magnifica para ir a por el cabecilla de esos hijos de puta violadores. Dejé a Virginia en Atocha y pasé por casa a dejar el folio con el ingreso bancario y la confesión del fotógrafo. Ir a ver al jefe del tinglado con las pruebas en el bolsillo hubiera sido como apostar sin una buena mano, puedes ganar o perder. Perder sería que me quitaran las pruebas y adiós caso, y mi mano quería ganar. Como no me fiaba, se lo dejé al portero puesto que tengo confianza con él. Le dije que si me pasara cualquier cosa, fuera a la comisaría a entregarlo. A continuación me dirigí hasta la dirección que el padre de Valeria me había brindado. Un despacho en una de las torres más altas de la ciudad, la Torre de Madrid. Subí hasta la última planta y como en todos los despachos, una secretaria con pinta de mal follada me cortó el paso.

—Vengo a ver al señor González.

—¿Tiene usted cita?

—No.

—¿Quiere una?

—No gracias, no eres mi tipo.

—Digo con él, le puedo dar la semana que viene.

—He de verle ahora mismo.

La dejé con la palabra en la boca y abrí la puerta sin llamar. Tenía un buen despacho. Encontré a padre e hijo y a un fulano que había comido muchos cereales. Iba a reventar los dorsales de la camiseta. Padre e hijo dejaron lo que estaban haciendo y se me encararon.

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó el padre.

—No pasa nada papá, es el que lleva la investigación de Valeria.

—Me parece bien, ¿pero acaso no le han enseñado educación?

—Papá se pasaba todo el día bebiendo…

—Ya veo, ya. ¿A qué se debe este allanamiento de despacho?

—Es una charla informal, ¿puedo fumar?

—No tengo inconveniente.

Saqué el tabaco del bolsillo. Le di un par de golpes y lo encendí.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

—¿Saben ya quién lo hizo? —cuestionó el pijo.

—Sí, tú.

—¿Yo? Menuda tontería, por qué voy a matar yo a mi cuñada.

—Porque sois una panda de violadores hijos de puta. Tú y tus amiguitos abusasteis de ella.

—¡Oiga! ¿Qué coño dice?

El gorila se me abalanzó Me cogió por el brazo con la intención de levantarme.

—Dile a tu machaca que me suelte.

—Suéltalo Jacobo —ordenó el padre.

—Ya le has oído, suéltame Jacobo —expresé dando una calada.

Me soltó. Me coloqué la ropa que sus manazas habían arrugado y le pegué otra chupada al cigarro.

—Un nombre muy bíblico por cierto, tus padres serán muy católicos.

—Decir que somos unos violadores, es una acusación muy grave. ¿Tiene pruebas de ello? —inquirió el padre.

—Puedo situar a tu hijo en la escena del crimen.

—Eso es imposible. Esa noche estuve con mi mujer. Ella ya se lo dijo.

—Es cierto, también dijo que tomaba pastillas para dormir. Te diré lo que pasó. Ambos os fuisteis a la cama y cuando tu mujer se quedó dormida profundamente a causa de las pastillas, tú aprovechaste para ir a casa de Valeria. Hablasteis, ella te dijo que lo quería contar todo, pero eso tú ya lo sabías, por eso fuiste con los deberes bien hechos; la nota de suicidio, los somníferos, el alcohol y la jeringuilla de morfina que, en un despiste de ella, se lo clavaste en el cuello. Mientras estaba grogui por la morfina, la hiciste firmar la nota de suicido. Seguido la introdujiste en la bañera y colocaste una botella de vino con un blíster de somníferos. Planeaste una buena escena, poniendo botellas de alcohol, colillas en el cenicero y todo para hacernos creer que hubo una gran fiesta y que después se suicidó. Después de matarla regresaste y cuando tu mujer despertó, creyó que habías estado toda la noche con ella.

—Tiene buena imaginación, pero eso no me sitúa ni prueba que yo estuve en casa de Valeria.

—Estúpido pedante mal nacido. Te comiste uno de esos chicles porque necesitabas azúcar y un trozo del envoltorio cayó al suelo. Cuando te vimos en el bar no te seguíamos a ti, necesitábamos algo que hubieras tocado por eso me llevé el casco del botellín. Lo cogimos y lo analizamos, las huellas coinciden. Tú y tu papaíto tenéis montado un buen negocio con la agencia de modelos. Estuve en el chalet de Toledo, tuve una corta pero intensa charla con vuestro fotógrafo Miguel Ramírez. Estaba a punto de abusar de una cría de catorce años. Tengo una confesión jurada de que estuviste la noche en que la violasteis puto enfermo hijo de puta. El padre de Valeria también ha cantado. Me ha dicho que le vendió Valeria a tu padre.

—Cada palabra que oigo es una sarta de estupideces —alegó el pijo.

—¿Y dice que tiene pruebas? —cuestionó el padre.

—Sí, sobre todo la confesión jurada y un ingreso en la cuenta bancaria del señor Robles procedente de la agencia de modelos.

—Interesante, Jacobo, cachéale.

—¿Piensa que soy tan estúpido de venir con ello aquí?

—Me quedo más tranquilo.

—Si es por su tranquilidad, adelante.

El gorila comenzó a registrarme.

—¡Eh! Cuidado dónde tocas.

—Está limpio.

—Como el culito de un bebé —repliqué.

—Señor Hurtado, ¿alguien más sabe esto? —preguntó el padre.

—No, solo yo.

—¿Y la chica esa con la que va? —continuó el pijo.

—La chica esa es inspectora, un poco de respeto. Tampoco sabe nada.

—Bien, usted y yo sabemos que no tiene nada sólido. La huella es una prueba circunstancial, prueba que estuvo allí, pero no que la matara. Y las confesiones, ¡bah!, mis abogados lo tumbarían en cinco minutos.

—Y, ¿ha pensado en la prensa? Hay un periodista que os sigue la pista, ya ha hablado con una de las chicas a las que violasteis, si voy con todo esto, ¿cuánto tiempo crees que tardaría en meter el hocico y salir todo a la luz?

—Los periodistas…, no me hagas reír, los periódicos no valen ni para envolver el pescado.

—¡Cállate David! —exclamó el padre—.Vamos a hablar como hombres. ¿Cuánto quiere por el olvidar el asunto?

—¿Me está chantajeando?

—Como estamos en estas fechas, prefiero llamarlo un aguinaldo. Un millón de pesetas, ahora mismo, lo tengo en la caja fuerte. Se iría de aquí rico.

—¿Por qué piensa que voy a acceder a su chantaje?

—Porque todo el mundo tiene un precio.

—¿Un kilo? Es una oferta bastante tentadora.

—Qué me dice, ¿un millón y nos olvidamos del tema?

—Usted lo arregla todo con dinero.

—Es la mejor arma que tiene el ser humano, y yo dispongo de mucho.

—Me gustaría darle una vuelta en la cama.

—No hay problema. Pero quiero una respuesta mañana a primera hora. No me gusta estar esperando.

—Me gustaría decirle una cosa más a tu mierda de hijo.

Hizo ademán de lanzase a por mí. Su padre le interceptó. Le tenía que haber dejado, con las ganas que le tenía desde el día que estuve

en su casa la primera vez. Sin embargo, debido a los dolores que aun parecía luego de que me dieran caña en el hipódromo, no estaba para muchas peleas.

—A ver, qué tienes que decirme.

—Tu mujer está detenida por encubridora. Nos ha confesado que sabía de vuestro negocio. Qué paséis un buen día.

Estando en la calle y con un cigarro entre los dedos, comencé a pensar. El tipo tenía razón, no teníamos nada. Tener una huella no era suficiente. Probaba que estuvo allí, no que estuvo esa noche, pudo haber estado uno, dos o incluso tres días atrás con ella. Los testigos se pueden extorsionar o comprar para que en el juicio declaren a favor de quienes ellos quieran. Esa gente podía hundirte la vida solo con chascar los dedos. Lo único con lo que podía hacer algo, era con esos documentos. ¿Cómo hacerlo? Enfrentarse a esos tipos sería peligroso, tampoco iba a entrar dando tiros como un pistolero desquiciado y acabar en el talego siendo la puta de algún preso, no jodas. La cosa estaba mal, ¿qué hacer? ¿Abandonar la investigación y volver a mi vida? Ahora que me estaba gustando esto de volver a sentirme útil. Luego estaba Virginia, ¿Cómo dejarla en la estacada? Con lo que me contó de su hermana, para ella sería un palo terrible que esta gente no pagara por sus acciones.

También estaba el millón de pesetas que me ofreció, un kilo, podía montar un chiringuito en Brasil y llenarlo de mulatas calentorras en tanga moviendo sus culos para mi disfrute personal. La indecisión me comía por dentro.

15

Esa misma tarde, necesité un hombro amigo que me diera consejo, y ese no podía ser otro que el padre Felipe. A este buen hombre, lo conocí al poco de salir de la policía y que mi pareja me abandonase. Me encontró tirado en la puerta de su iglesia, maldiciendo a todo aquél y con un bote de cerveza en la mano. Nunca he sido religioso, para mi es más poderoso alguien con una pistola en la mano que la palabra de un señor crucificado no obstante, el padre Felipe me recogió y me dio lo que necesitaba, un oído al que hablar. Monté en el coche y me dirigí a la Iglesia Corazón de María, una parroquia pequeña en la calle Embajadores. En aquel lugar de incienso y pecado se encontraba gente haciendo sus oraciones. Hallé al padre Felipe en el confesionario, dando confesión a una maruja que seguro había tenido pensamientos impuros con algún vecino o vecina, quién sabe. Al terminar la maruja, me arrodillé e hice memoria de cómo iba eso.

—Ave María no se qué.

—Purísima.

—Eso, Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, ¿hace mucho que no te confiesas?

—Desde mi primera comunión.

—¡Uff! Esos son muchos pecados hijo mío.

—Ni se lo imagina, no hay Padre Nuestro que los solvente.

—Hace mucho que no vienes a verme, Andrés.

—He estado ocupado, padre. Y a usted, ¿cómo le trata la vida?

—Sigo sirviendo a Dios y ayudando a los más necesitados.

—A eso vengo, padre.

—Escuché que estabas investigando el crimen de esa chica.

—¿Cómo sabe eso?

—Los curas lo sabemos todo. Pobrecilla, recé por su alma. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito consejo.

—Has venido al lugar adecuado.

—Tengo a unos hijos de puta…

—¡Eh! Esa boca, estás en la casa de Dios.

—No creo que a él le importe como hable.

—Pero a mí, sí.

—Perdón, padre. Tengo a unos señores que han matado a esa muchacha, seguro que los conocerá, han sido el político Antonio González y su hijo, bueno y el padre de la chica que la vendió… es una historia muy larga. Sé que no les va pasar nada, esa gente tiene los medios para que no les pase. Lo que quiero sabes es si debo hacer

mi propia justicia. La chica se lo merece. También tengo a mi compañera, está bastante afectada, vivió un caso parecido con su hermana y si ahora estos señores se libran…Será una mazazo para ella.

—¿Tienes una compañera? Desde que te pasó aquello con tus antiguos compañeros, creí que no volverías a tener uno.

— Y yo creí que no volvería a investigar un crimen. Lo que son las cosas, padre.

—Háblame de tu compañera.

—Se llama Virginia y es inspectora, una mujer fuerte padre, aunque todavía está verde. Sé que llegará lejos por sus propios medios.

—Quiero qué me digas si lo haces por redimir tu alma o porque de verdad ellas te importan.

Me dejó fuera de juego. Siempre tenía las palabras justas para desmoronar mi mundo. Si quería una contestación, la iba a tener.

—No le voy a engañar, padre. Lo hago por ellas pero también por mí. Me gustaría volver a ser el que era.

—Es una respuesta desde el corazón.

—No sé si desde el corazón, pero es una respuesta sincera.

—Te conozco hace mucho tiempo, Andrés. Eres buena persona y sé que harás la correcto. Pero si estás hablando de quitarles la vida… Tengo que decirte que busques otra alternativa. Mi consejo es que no lo hagas.

—Hay unos documentos que podían hacerles caer.

—Hazte con esos documentos.

—No sé por dónde empezar.

—Algo se te ocurrirá, y será lo correcto.

—Eso espero, gracias padre.

Me puse en pie. Las rodillas me crujían de estar tanto tiempo en esa maldita postura.

—¡Espera! Tengo que ponerte penitencia. Reza cinco padres nuestros.

—También lo intentaré.

—Yo te absuelvo, *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Amén. Me ha alegrado verte. Deja algo en el cepillo, tenemos que hacer obras.

16

Aquella fue una mala noche. Estuve dando vueltas en la cama, con pensamientos que ejercían una tensión en el cuello y clavándome el muelle de un colchón que no cambio en años. Eran las dos de la madrugada y mis ojos seguían abiertos como platos, ¿Cómo conseguir esos dichosos documentos? Estaba oxidado para discernir un plan que fuera bueno.

Serían las tres de la mañana cuando fui hasta la nevera, la abrí y esa luz que emite fue directa a los ojos haciendo que los entornara. Agarré el último bote de cerveza que quedaba. Encendí un cigarro y salí a la terraza. La luna estaba en esa posición que llamo de cuna y en la calle había una neblina que cubría parte de los coches. Me fumé el cigarro tranquilo, contemplando al camión de la basura y a los basureros coger los cubos, vaciarlos y dejarlos en otro portal que no el suyo. Le di unos cuantos tragos a la cerveza y la dejé apoyada en una mesa que tengo en un esquinazo. Al terminar el cigarro lo lancé a la calle, golpeando el techo de un coche y haciéndole caer al suelo. Regresé a clavarme el jodido muelle.

A la siete de la mañana desperté sobresaltado debido a que la almohada me dio la clave. Me levanté, me metí un café entre pecho y espalda y me largué al despacho. Antes, pasé la por la comisaría a recoger lo que necesitaba para que mi plan saliera por lo menos como lo había pensado. A la las nueve me presente en el edificio. Subí hasta su despacho, la secretaria ni me miró.

—Le está esperando.

En el interior solo estaba el padre.

—Un hombre puntual, me gusta. Por favor, siéntese.

Le hice caso.

—¿Ha deicidio ya? Espere, antes de que me conteste, le estuve investigando.

—No es el único.

—Así que un GAL… Sabe, ambos no somos tan distintos.

—¿No me diga? ¿Lo dice porque los dos somos asesinos?

Esbozó una sonrisa falsa.

—No vaya por ese camino si quiere que nos llevemos bien. Lo digo porque los dos buscamos una España mejor.

—Lo que usted diga. Voy a coger el dinero. He pesando que no les debo nada, con ese dinero me puedo largar de esta maldita ciudad.

—Una decisión acertada. ¿Y el tema de mi hijo?

—Como bien dices, no hay nada que tus abogados no puedan aplastar. Con que te quites a los testigos, no hay problema.

—¿Y esa confesión que tienes?

—Eso es ya papel mojado.

—Me gusta. ¿Qué hay de ese periodista?

—No tiene que preocuparse de eso, déjemelo a mí.

—Sabía yo, que era una persona con dos dedos de frente.

—Tengo un poco deprisa, si me das el dinero, no volverás a verme.

Se puso en pie y caminó hasta la caja fuerte. Se hallaba detrás de un retrato que el estúpido egocéntrico tenía de sí mismo.

—Qué le parece si pongo un par de copas de ese whisky caro que tiene para celebrarlo —expresé.

—No se confunda, no somos amigos, esto es un negocio.

—¿Y qué mejor que cerrar un negocio con una copa? Esto es España, ¿no?

Sin hacer ningún movimiento, se me quedó mirando. Mantuve la mirada. Mi cuerpo por fuera expresaba tranquilad, pero por dentro se hallaba alterado por si rechazaba mi petición y mi plan se iría a la mierda.

—Como no le voy a volver a ver, voy a darle esa satisfacción. Adelante, sírvase usted mismo.

Puse dos copas encima de la mesa, agarré el whisky y vertí un par de dedos. A su vez que el giraba la rueda de la caja fuerte, tuve que darme bastante prisa. Abrí tres cápsulas de los sedantes que encontramos en casa de Valeria y los eché en una copa. Seguido lo removí con el dedo. Anduve hasta él y le entregué esa copa.

—Aquí tienes tu millón.

Me entregó un sobre abierto. Con el dedo índice lo conté por encima, el olor a billetes nuevos es uno de los mejor olores que la vida puede ofrecerte.

Lo cerré y lo guardé en el bolsillo de la chaqueta. En el interior de la caja fuerte había más dinero, un montón de papeles y una pistola.

—¿No lo cuenta?

—¿He de contarlo?

—No, soy un hombre serio y de palabra.

—Espero que así sea, si no mi boca diría cosas feas de usted. Brindemos.

El sonido de las copas chocando envolvió el despacho. Seguido, ambos nos bebimos entera la copa. No llegó ni a un minuto cuando los sedantes y el alcohol hicieron efecto. Antes de que se desplomara le agarré y con suavidad, le fui dejando en el suelo. Aquella situación me colmó de felicidad. Recordé que se podía hacer un trabajo fino sin dar tiros ni golpes y sin que nadie resultara muerto. Pude buscar los papeles con todo el tiempo del mundo.

Me puse los guantes que tengo para que mis manos no se congelen en estos tiempos invernales. No me podrían acusar de haber tocado

esa caja fuerte, estar allí sí, es lógico puesto que era parte de la investigación, pero no de meter mano a la caja. Estuve un par de minutos rebuscando. Había papeles de todo tipo, cuentas de la empresa, pagos a acreedores y un montón más de papeles que no sabía que eran. Los que necesitaba para mandarlos a todos al infierno, los encontré debajo de todos ellos. Era una carpeta marrón con el nombre de la agencia. La abrí y eso que tengo el estómago fuerte pero aquello era asqueroso. El fotógrafo se quedó corto con lo que mostraban aquellas imágenes. Alargué la mano y me llevé la pipa. Hice un completo, documentos, dinero y la pistola.

Limpié las huellas de mi vaso y el borde por el que había bebido, y lo dejé encima de su escritorio. El vaso en el que bebió él con los sedantes, me lo guardé para tirarlo en algún cubo de basura. Antes de dejar atrás el despacho, le dije una cosa al oído:

Tú y yo no somos iguales.

La secretaria seguía a sus cosas, no se había enterado de nada.

—Me dijo el señor González que no quiere ser molestado en una hora.

—Pero, si ahora tiene una reunión en veinte minutos.

—No mate al mensajero, solo digo lo que él ha dicho. Me abro. Un placer conocerla.

Salí de allí pintando como alma que lleva el demonio. Hacía tiempo que no tenía tanta adrenalina circulando por mis venas.

A las once de la mañana estaba entrando en casa. Sin dar ninguna luz, me arrinconé en el suelo de mi dormitorio, al lado de la cama. Lo hice para anticiparme al paso que daría el político, supuse que el pájaro no iba a denunciar el robo, ¿cómo va a denunciar algo que le puede hacer caer? Sin embargo, que mandaría a su machaca a por mí, seguro. Eso sí, hubiera dado parte de mi pierna izquierda por contemplar la cara de tonto que puso al despertarse de su inducida siesta y ver su querida caja fuerte asaltada. No llamé ni a Virginia ni al comisario.

Me mantuve toda la tarde encerrado en casa, con las luces apagadas, el estómago vacío y sin hacer el mínimo ruido. Observé el reloj de la mesilla, a las manecillas le faltaban quince minutos para dar las ocho. Estaba sumergido en la oscuridad de las cuatros paredes, sentado con los brazos en las rodillas, la cabeza agachada y los ojos entreabierto cuando empezaron a aporrear la puerta. ¿Quién coño sería? ¿El comisario? Virginia no podía ser porque se marchó a Ciudad Real. ¿El político reclamando lo que es suyo o quizás mi corredor de apuestas reclamando lo que le debía? Sul golpes eran fuertes y enfadados, seguro que era el machaca del político pidiendo mi cabeza.

Si era él, no me podía quedar quieto como un perro asustado, no podía ser. Si iba a morir sería con los pies por delante.

Ayudándome con las manos en la pared, me fui levantando, intentado hacer el mínimo ruido. Deslizaba un pie con suavidad, después el otro hasta llegar a la puerta. Los golpes se acentuaban con más intensidad unida a una voz que decía:

—¡Sé qué estás ahí!

Eché mano a la pistola y deslicé el percutor. Si de verdad se trataba del gorila, lo iba a dejar tieso en el descansillo. Abrí la puerta sin titubear y encañoné a la sombra que me reclamaba.

—¡Ahora qué hijo de puta!

—Calma, Andrés, soy yo.

Contuve mi dedo en el gatillo y observé con determinación para saber quién era. Resultó ser mi vecino Luis. ¿Qué coño quería este ahora?

—¿Qué pasa, qué quieres?

—Es la noche de póquer. Todos están esperando arriba.

Había olvidado la dichosa partida. Suelo jugar una vez al mes con mi vecino y sus amigos. Sin embargo, no era una noche para estar de cachondeo cuando había gente buscándome por las calles para cortarme la cabeza.

Observé en derredor el descansillo.

—¿Te ha seguido alguien?

—Qué dices, vengo de mi casa. ¿Estás bien?

Vaya pregunta. Saltaba a la vista que no lo estaba.

—Vamos a tener que dejar la partida para otro día.

Cerré la puerta, puse los pestillos y me fumé un cigarro de dos caladas.

Las horas pasaron y el cansancio hizo que los ojos ya no aguantaran más tiempo abiertos. Me tumbé en la cama y me quedé dormido.

17

El día de Noche Buena había llegado y la gente ya ultimaba sus compras de navidad. Acontecía las nueve de la mañana y nadie me había llamado, eso era buena señal. Quise llamar a Virginia sin embargo, no lo hice hasta tener las cosas bien atadas por seguridad. A quien sí llamé fue al periodista. Teníamos un trato y había que cumplirlo. Gracias a su información supe por dónde tirar y ahora, quería cumplir mi parte. Es más, mejor, si lo sacaba en el periódico se iba a enterar todo el país y a los jueces no le quedaría más remedio que sentarlos en el banquillo.

Le telefoneé a la redacción. Una voz femenina me puso con su extensión. Mantuvimos una breve charla, no más de un minuto, lo suficiente para decirle hora y lugar. No quede en ningún bar, con el día que era, todos los bares de la ciudad estarían a reventar de gente calentando sus gargantas para cantar villancicos en la noche. Aparte de que no me apetecía meterme en un lugar con tanta gente. Qué agobio. ¿Entonces, dónde podíamos vernos? ¿En el parque del Retiro? No, demasiado frío, aunque tenía un lugar predilecto, un lugar que me identifico con él, la estatua del Ángel caído, tengo algo en común con esa escultura. ¿En un subterráneo? Demasiado visto en las películas. Necesitaba un sitio tranquilo, de paz y alejado de ojos ajenos. Me vino a la cabeza el mejor lugar que podía haber, el cementerio de San Isidro, en la otra punta de la ciudad, un lugar donde nadie se levantaría para observar que estábamos haciendo. Le di las instrucciones, claras y sencillas; que entrara por la puerta principal, caminase varios metros, girase a la derecha hasta un banco que hay enfrente de las lápidas y se sentara en el.

Estando dentro del portal quedé parado, ¿y si estaba el machaca del señor González? Tenía que tener cuidado por si me esperaba para darme un correctivo por meter la mano en la caja fuerte de su señor.

Lo mejor que se me ocurrió era hablar con el portero. Se encontraba sentado, con los pies en la mesa y con los ojos puestos en el Marca.

—Vicen.

Dejó de leer el periódico y me prestó atención.

—¿Coño, Andrés? No te había visto. ¿Qué te cuentas?

—Poca cosa, necesito que me hagas otro favor.

—Mientras no sea dinero…

—Sal a fuera y mira si hay alguien esperando, es un tipo fuerte, si está, estará rondando.

—¿Debes dinero? —inquirió sorprendido

—Algo así.

—No hay problema.

Dejó el periódico en la mesa, se puso en pie y caminó hasta el portal. Salió y comenzó a contemplar la calle en derredor, hizo un poco el paripé estirando la espalda, colocándose el pantalón, y retornó a dentro.

—Hay una persona apoyada en un coche.

Lo sabía.

—¿Quieres qué le diga algo? Le puedo decir que se vaya.

—No, que siga donde está.

Ahí vino el problema, ¿a quién llamar? Si llamaba al comisario se enteraría y el trato con el periodista se iría a la mierda. Me comprometí con él y no lo iba a joder, un trato es un trato. Descolgué el teléfono de la portería y marqué el 091.

—Policía, dígame.

—Agente, hay un chico con malas pintas, creo qué está vendiendo droga, hay chavales que no dejan de venir.

—¿Puede darme la dirección?

Se la di.

—Está parado en el portal.

—Enseguida va una patrulla.

No fue larga la espera. A los cinco minutos, las luces y la sirena eclipsaron la calle. El piloto tiró del freno de mano y descendió junto a su compañero.

Con el cazador cazado, fue el momento de salir. Le pedí al portero una bufanda y me la enrollé al cuello, tapando boca y nariz. En la calle, no miré atrás, di cuatro zancadas y me puse en la esquina de ronda de Valencia. Al primer taxi que vi libre, le levanté la mano y nos dirigimos al cementerio. Llegaba tarde.

Antes de ir a la cita, le hice al conductor que parase en una esquina donde había un fotomatón y una fotocopiadora para hacerte las copias tú mismo.

Hice un par de copias de los documentos y regresé al taxi. Este me dejó en el Paseo de la Ermita del Santo. Crucé la puerta principal y fui hasta el banco. Encontré al periodista sentado, encorvado hacia adelante y con la pierna izquierda agitada. Su cuerpo me sugería que no quería estar mucho tiempo. Me acerqué a él y deje caer mi culo para sentarme a su lado.

—No esperaba su llamada, ¿ha conseguido algo?

Dejé una copia de los documentos entre ambos.

—Ahí tienes tu regalo de navidad, fechas, nombres, cantidades de dinero, fotografías… Todo lo necesario para darles una patada en sus apestosos culos. ¿Cuándo saldría?

—Mañana mismo en una edición especial. ¡Dios! ¡Esto es un

bombazo!

—Lo sé. Quiero verlo en primera página, con un titular bien grande.

—¿Solo hay esta copia?

—Hice un par antes de venir, una para entregársela al comisario y la otra para guardarme las espaldas, nunca se sabe.

—Esto es oro puro —alegó con una sonrisa que le cubría todo el rostro.

—Digamos que con esto, tu jefe te dará un buen plus de Navidad.

Agarró los documentos y los guardó en un portafolio que llevaba.

—Nuestro acuerdo queda zanjado —le dije.

—Para mí sí. ¿La policía lo va a detener?

—No les queda más remedio. El asesinato de Valeria Robles hará caer a esos cabrones.

—Espero que volvamos a trabajar juntos.

—No te equivoques, esto solo ha sido un cruce de caminos.

—Pues espero que se vuelvan a cruzar. Un gusto en conocerle.

Ahora sí me había ganado una cerveza, aquella chiquilla tendría la justicia que se merecía. Me di cuenta que no era tan cabrón como pensaba. Abandoné el campo santo y anduve hasta la calle Antonio Leyva, en la esquina con la glorieta de Marqués de Vadillo. Me metí en el primer bar de la calle, uno de barrio, donde los vecinos estaban tomando su aperitivo. Me pedí una y la disfruté con una sonrisa de oreja a oreja.

A eso de la tres, acudí a la comisaría. En el cielo, la bóveda grisea de nubes esperaban para arruinar el día de Noche Buena. En el interior saltaban chispas puesto que llevaba sin dar señales un par de días y el comisario estaba que se subía por las paredes. Una agente muy guapa me paró para decirme que Virginia había llamado y preguntado por mí. En la misma mesa de la agente, descolgué el teléfono y la llamé. La voz de un señor se escuchó al otro lado.

—¿Quién es?

—¿Está Virginia?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Soy Andrés.

—Un segundo.

En ese segundo le di lumbre a un cigarro.

—No esperaba tu llamada…

—¿Qué tal estas?

—Liada con mi madre y la cena de Nochebuena.

—Como las niñas buenas…

—¿Cómo va el caso?

—Resuelto. Ya te contaré con calma cuando vengas. ¿Todo bien

por allí?

—Sí.

—Me alegro. Te dejo, voy a contárselo a tu jefe. Feliz Navidad, Virginia.

—Feliz navidad, Andrés.

Colgamos al mismo tiempo. Apagué el cigarro en un plato que tenía la agente encima de su mesa bajo su mirada incrédula por mi gesto y fui hasta su despacho. Llamé una vez y entré.

—Coño, mira quién se diga a venir. Ya es hora de que des señales de vida.

—Tranquilo comisario, sé que soy irresistible, pero…

—Pero déjate de tonterías y dime qué coño has estado haciendo.

—Resolver el caso.

—Explícate.

—El padre de Valeria estaba arruinado y vendió a Valeria a su socio Antonio González. Este manejaba una red de prostitución de lujo a través de una agencia de modelos dando servicio a empresarios, políticos y jueces. Y la que no quería… la violaban. Valeria estuvo en una de las fiesta que hacían, ella no quiso entrar en ese juego y entonces, jugaron con ella. El hijo de puta de David, el marido de Marta fue quién la mató. Valeria quería contarlo todo.

—¿Tienes pruebas de ello?

—Tengo las mejores pruebas que pueden haber.

—¿Y dónde están?

Le lancé una copia a la mesa.

—Aquí tienes todo para cogerles.

Lo abrió y le echó un vistazo.

—No sé qué decir.

—Puede empezar con decir, buen trabajo.

—Buen trabajo, supongo.

—Parece que te cuesta decirlo, Félix. ¿Qué va a pasar ahora? —inquirí encendiendo un cigarro.

—Pediré una orden de detención para el padre de Valeria, el hijo y su padre. Tardará unas cuantas horas, hoy es Noche Buena, a ver si pillamos al juez de turno. A Marta hemos tenido que soltarla.

—Su abogado…

—La ha sacado en menos de una hora.

—Estaba cantado. ¿Qué ha dicho?

—No ha contestado a ninguna pregunta.

—Ya las contestará. ¿Y conmigo qué?

Imaginé que me iba a echar otra bronca por mi actuación pero no lo hizo. Abrió el cajón de su escritorio y lo puso encima de la mesa. Ahí estaba, brillando como el primer día, como si el tiempo no hubiera pasado por aquel trozo metálico. Fue la alegría de mi vida y

lo que me hizo caer en el abismo.

—Es tuya si la quieres —dijo con una sonrisa.

La cogí. Fue como volver a tener las riendas de mi vida, recuerdos inundaron mi cabeza.

—¿Qué pasa, no la reconoces? Es tu placa.

Se la devolví.

—No la quieres.

—Antes, tengo que solucionar una cosa.

—No quiero saberlo. Tomate tu tiempo.

18

Me marché a solucionar lo último que quedaba para dejar todo zanjado. Pasé por casa y recogí la llave que iba a redimir el alma de Tomás de Robles. Fui hasta su chalet. Me extrañó que fuera él quien abriera. No saludamos con ese saludo que haces a quien te cae mal y aun así lo haces por educación. Quiso llevarme a su despacho. No hacía falta ir hasta allí, en el mismo salón bastaba. Permanecimos sentados en el sofá.

—Señor Robles, ya estoy con usted.

—¿Consiguió los documentos?

—Sí, y he de darle las gracias por eso.

—¿Le puedo preguntar algo?

—Adelante.

—¿Cómo los consiguió?

—Digamos que abrió la caja fuerte, y se quedó dormido —mencioné para seguido esbozar una sonrisa picara.

—Iba a tomar un whisky, ¿le apetece acompañarme?

—No, ahora no me apetece.

—He de insistir, no me gusta beber en soledad.

Quedó callado un instante.

—La soledad… qué mala es —continuó.

—Eso es depende de cómo se mire. No es lo mismo estar solo que sentirse solo.

—¿Y usted, cómo se siente?

—No he venido a hablar de mí.

—Es usted un hueso duro de roer.

Se levantó y caminó hasta un mueble de dos puertas. Abrió una de ella y sacó un Cardhu.

—¿De verdad qué no le apetece?

—No, no insista.

Se puso una copa.

—¿Qué va a pasar conmigo? ¿Va a detenerme?

—Debería pero creo que no lo voy a hacer, ¿acaso serviría de algo?

—No.

—Cómo pudo ser tan miserable, vender a su propia hija, sangre de su sangre. ¿Es capaz de dormir por las noches?

—Hace tiempo que no lo consigo.

—La primera vez que le vi, me preguntó por qué ya no era policía. Fui un GAL. He hecho y he visto cosas que harían llorar al mismo diablo. Lo que nunca haría es vender a mi hija. Hubiera preferido vender pañuelos para los mocos en un semáforo.

—Tuve muchos problemas de dinero.

—Dinero, siempre es lo mismo…

—¿Qué va a pasar con Antonio y con Marta?

—Le detendremos a él y a su hijo. El abogado de Marta la ha sacado del calabozo. Supongo que cuando caiga todo, la imputaran por encubridora.

—¿La caerán muchos años?

—Depende del juez. Por eso no tiene de qué preocuparse. Si quiere hacer algo por Valeria, le voy a dar la solución.

Apoyé encima de la mesa la pistola que robé de la caja fuerte de su socio.

—¿Y esto?

—Esto le ayudará a dormir por las noches.

Quedó observando la pistola.

—¿Va a apretar el gatillo?

—No señor Robles, es usted el que decide si quiere redimir su alma. Solo le puedo decir, que con esto puede dejar esta vida con algo de dignidad.

—¿Esto es lo que entiende por justicia?

—He aprendido que no toda la justicia lleva a la cárcel.

Se mantuvo en silencio y con los ojos puestos en la pistola. Di unos pasos en dirección hacia la salida y al abrir la puerta…

Un disparo se escuchó.

Su cuerpo cayó al suelo.

—Feliz navidad.

No me giré para ver su cuerpo sin vida o dónde se había disparado, si había sido en la frente, la sien o en la boca, solo abandoné aquella casa y me perdí por la calle fumando un cigarro y con la lluvia sobre mis hombros que comenzó a caer.

19

Faltaban dos horas para la cena. Estaba tirado en el sofá con una pierna colgando, un botellín en la mano y viendo las reposiciones de los programas del año. Todos estaban con sus familias y yo echaba de menos tener una. Me levanté con un cigarro en la boca sin encender y me dirigí a la cocina. Abrí la nevera para ver qué podía hacerme de cena, y en las baldas solo encontré un yogur, un limón ennegrecido y cajas de palitos de merluza. No supe que cojones hacer. ¿Cenar otra vez congelados? Eso lo ceno a diario, ¿y si voy a ver al padre Felipe? Sabía que en esta noche reparte cenas en el comedor social.

Así hice.

Antes de salir de casa, fui al armario de mi habitación. Cogí el kilo que tenía guardo en una caja de zapatos y aparté tres montones. Tres cientos mil para el bombón de Virginia y cien mil para el padre Felipe. ¿Y para mi corredor de apuestas? Ese que se joda, no me volverá a pillar desprevenido. El resto se queda en mi caja de zapatos.

Me arreglé para la ocasión, tampoco mucho, debido a que mi estilo es ir desaliñado sin embargo, me puse una corbata que me regaló Blanca por mi cumpleaños. Coger el coche no me pareció lo más sensato puesto que después de la cena, iba a beber como un albañil recién cobrado. En la calle fue casi imposible coger un taxi a esas horas en un día tan señalado en los calendarios. Encogido de hombros y frotándome las manos y tras varios cigarros, pude coger uno al cabo de tres cuartos de hora.

Llegué al comedor social llamado La hermandad del Refugio, situado en la Corredera de San Pablo. En su interior se agolpaba una multitud para comer caliente. Inmigrantes que habían venido de otros países para trabajar en la construcción y al acabar las obras, fueron despedidos y con ello, su sueño de un futuro mejor.

De igual forma, había gente con enfermedades a los que la sociedad había engullido y escupido en la acera. Y los drogatas, esa gente que por una noche, había cambiado la heroína por una cena, y la jeringuilla por una familia.

El padre Felipe se hallaba detrás de un mostrador largo. Vestía su sotana, un delantal y una rejilla en la cabeza.

—Andrés, ¿qué haces tú por aquí?

—Ya ve padre, disfrutando de una noche familiar.

Me miró con cara de pena, una cara que no me gusta que me pongan. Me encendí un cigarro.

—¿Resolviste eso al final?

—Sí.

—¿Todo bien?

—Bueno, digamos que tendrá que poner un nuevo nombre a sus oraciones.

—Joder Andrés…

En tanto le daba una calda, me tocaron el hombro. Era uno de los drogatas que circulaban. Sabía lo que quería solo con mirarlo a los ojos.

—¿No te han enseñado que no se molesta cuando estaban hablando dos personas?

—Lo siento, tío.

—Qué quieres, ¿un cigarro?

—Si puede ser.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta, saqué el tabaco, le di dos golpes en la parte trasera para que uno se dejara ver, y se lo ofrecí.

—¿Me das fuego?

—Joder, ¿te lo fumo también?

—Tranqui colega, no te pongas así, que es Navidad —mencionó mostrándome los cuatro dientes que le quedaban. Seguido, le di lumbre.

—Dabuti, colega.

Se largó y continué conversando con el Padre Felipe.

—¿Qué hay de cenar?

—Cordero con patatas, ¿quieres?

—Me gustaría.

—Aquí eres bienvenido.

—Antes, ¿podemos hablar?

—Claro, Lucía—dijo a una voluntaria de su lado—. Sigue tú, ¿quieres?

—No hay problema, padre Felipe.

—Me llevó hasta el cuarto donde iban a cenar las monjas cuando hubieran terminado de repartir la cena.

—Tú dirás.

—Toma.

Le entregué el fajo de billetes.

—¿Y esto? —preguntó con los ojos abiertos.

—Mi regalo.

—Pero…, no puedo aceptarlo.

Extendió su brazo y con la mano empujó el mío. Lo aparté.

—Déjese de tonterías de la ética, padre. Cójalo y gástelo en una buena causa.

—¿De dónde lo has sacado?

—Eso no importa, acéptelo. Haga que me sienta bien.

—Podía arreglar parte del techo de la iglesia, que se está cayendo a

cachos. Eso con una parte, la otra podemos comprar más comida para la cena de Noche Vieja.

—Lo que usted quiera, padre.

—Con esto, ¿buscas el perdón?

—No.

—¿Y qué buscas?

—No sentirme una mierda.

Nos fundimos en un abrazo cálido.

—Ahora cenemos. Feliz navidad, Andrés.

—Feliz navidad, padre Felipe.

Sígueme en redes sociales:

A.J Raven | Facebook

A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter